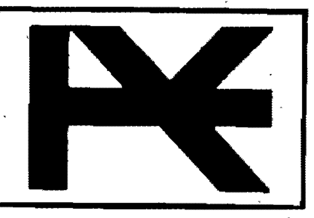
Sección: Humanidades

Umberto Eco, Furio Colombo,
Francesco Alberoni, Giuseppe Sacco:

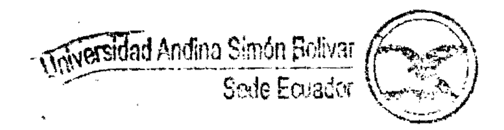
La nueva Edad Media

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *Documenti su il nuovo medioevo*
Traductor: Carlos Manzano

Primera edición en "El Libro de Bolsillo": 1974
Cuarta reimpresión en "El Libro de Bolsillo": 1997



Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
ISBN: 84-206-1524-2
Depósito legal: M. 23.354-1997
Impreso en Lavel, S. A., Pol. Ind. Los Llanos
C/ Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

UMBERTO ECO

La Edad Media ha comenzado ya

Recientemente, y desde muchas y diferentes posiciones, se ha empezado a hablar de nuestra época como de una nueva Edad Media. El problema reside en saber si se trata de una profecía o de una comprobación. En otras palabras: ¿hemos entrado ya en la Nueva Edad Media? ¿o bien, tal como se ha expresado Roberto Vacca en un libro inquietante, se producirá una «Edad Media en un futuro próximo»? La tesis de Vacca se refiere a la degradación de los grandes sistemas típicos de la era tecnológica; éstos, por ser demasiado vastos y complejos como para que una autoridad central pueda controlarlos e incluso para que pueda hacerlo individualmente un aparato de administradores eficaz, están destinados al colapso y, a consecuencia de su interdependencia recíproca, a producir un retroceso de toda la civilización industrial. Repasemos brevemente la hipótesis más apocalíptica concebida por Vacca, en una especie de «escenario» en el futuro de apariencia muy convincente.

Proyecto de Apocalipsis

Un día, en Estados Unidos, la coincidencia de un atasco en la carretera y de una parálisis del tráfico ferroviario impedirá que el personal de relevo llegue a un gran aeropuerto. Los interventores, sin relevar, vencidos por la tensión mental, provocan la colisión entre dos aviones a reacción, que se precipitan sobre una línea eléctrica de alta tensión, cuya carga, repartida por otras líneas ya sobrecargadas, provoca un apagón como el que ya conoció Nueva York hace unos años. Sólo que esta vez es más grave y dura varios días. Como nieva y las calles permanecen bloqueadas, los automóviles crean desórdenes monstruosos; los empleados de oficinas encienden fuegos para calentarse y se declaran incendios que los bomberos no pueden sofocar por no poder llegar hasta ellos. La red telefónica queda bloqueada a consecuencia del impacto de cincuenta millones de aislados que intentan comunicarse telefónicamente unos con otros. Inician marchas por las calles nevadas y llenas de muertos.

Los viandantes, privados de toda clase de suministros, intentan apoderarse de refugios y artículos, entran en acción las decenas de millones de armas de fuego vendidas en América, las fuerzas armadas se hacen cargo de todos los poderes, pero también ellas son víctimas de la parálisis general. Se producen saqueos de supermercados, en las casas se acaban las reservas de velas, aumenta el número de muertos de frío, de hambre y de inanición en los hospitales. Cuando se restablezca la normalidad trabajosamente algunas semanas después, millones de cadáveres dispersos por la ciudad y el campo comenzarán a difundir epidemias y a producir nuevos azotes de proporciones semejantes a las de la peste negra que en el siglo XIV acabó con las dos terceras partes de la población europea. Surgirán sicosis parecidas a las que se habían producido en el pasado con respecto a los «untadores» * y se consolidará un nuevo maccartismo mucho más cruento que el primero. La vida política, presa de una crisis total, se subdividirá en una serie de subsistemas autónomos o independientes del poder central, con milicias mercenarias y administración autónoma de la justicia. Mientras dure la crisis, los habitantes de las zonas subdesarrolladas, preparados ya para subsistir en condiciones de vida y de competencia elementales, serán quienes consigan superarla con mayor facilidad, y se producirán amplias migraciones con fusiones y amalgamas raciales, importaciones y difusiones de ideologías. Al declinar la fuerza de las leyes y haber quedado destruidos los catastros, la propiedad se apoyará exclusivamente en el derecho de usucapión; por otra parte, la rápida decadencia habrá reducido las ciudades a una serie de ruinas alternadas con casas habitables, y habitadas por quien se las adueñe, mientras que pequeñas autoridades locales podrán conservar cierto poder constituyendo recintos y pequeñas fortificaciones. En ese momento, la estructura será ya totalmente feudal, las alianzas entre los poderes locales se apoyarán en el compromiso y no en la ley, las relaciones individuales se basarán en la agresión, en la alianza por amistad o comunidad de intereses, renacerán costumbres elementales de hospitalidad para el viandante. Frente a esa perspectiva, nos dice Vacca, no queda más remedio que empezar a pensar en planificar instituciones equivalentes a las comunidades monásticas que, en medio de una decadencia tan grande, se ejerciten para mantener con vida y transmitir los conocimientos técnicos y científicos útiles para el advenimiento de un nuevo renacimiento. Los capítulos finales (y en gran medida discutibles) del *Medio Evo prossimo venturo* («Una Edad Media en un futuro próximo») tratan, entre otros, los problemas de cómo organizar dichos conocimientos, cómo impedir que se vayan corrompiendo en el proceso de transmisión o que ciertas comunidades los utilicen con fines de poder particulares. Pero la cuestión (como decíamos al principio) es diferente. Se trata, sobre todo, de decidir si el de Vacca es un escenario apocalíptico o la exageración de algo que ya existe. Y, en segundo lugar, se trata de

* Nombre que recibieron, durante la peste que hizo estragos en Milán en el siglo XVII, las personas que, según se creía, la difundían untando muros y puertas con ungüentos y sustancias infectas. (N. del T.)

liberar el concepto de Edad Media del aura negativa con que la han envuelto ciertos publicistas culturales de inspiración renacentista. Así, pues, intentemos comprender lo que se entiende por Edad Media.

Proyecto alternativo de Edad Media

En primer lugar, advertimos que el nombre define dos momentos históricos muy distintos: uno que va de la caída del Imperio romano de Occidente hasta el año 1000, y es una época de crisis, de decadencia, de asentamientos de pueblos por la violencia y de choque de culturas; el otro va del año 1000 a lo que en la escuela nos definen como Humanismo, y no es casualidad que muchos historiadores extranjeros lo consideren ya una época de pleno florecimiento; más aún, hablan de tres Renacimientos: uno carolingio, otro en los siglos XI y XII y el tercero el conocido como Renacimiento propiamente dicho.

Suponiendo que se llegue a sintetizar la Edad Media en una especie de modelo abstracto, ¿con cuál de las dos se hará corresponder nuestra época? Cualquier clase de correspondencia de término a término sería ingenua, entre otras cosas porque vivimos en una época de procesos enormemente acelerados, en la que lo que sucede en cinco de nuestros años puede corresponder en ciertos casos a lo que entonces sucedía en cinco siglos. En segundo lugar, el centro del mundo se ha ampliado a todo el planeta: en la actualidad, conviven civilizaciones y culturas que se encuentran en etapas distintas de desarrollo, y en términos de sentido común nos vemos obligados a hablar de las «condiciones medievales» de las poblaciones bengalesas, mientras vemos Nueva York como una Babilonia muy próspera o Pekín como el modelo de una nueva civilización renacentista. De ahí que, en caso de hacer un paralelo, debe establecerse entre algunos momentos y situaciones de nuestra civilización planetaria y momentos diferentes de un proceso histórico que va del siglo V al XIII de la era vulgar. Es cierto que comparar

un momento histórico concreto (hoy) con un período de casi mil años, parece un simple juego sin sentido, y carecería de sentido si así fuese. Pero lo que aquí estamos intentando hacer es elaborar una «hipótesis de Edad Media» (casi como si nos propusiésemos construir una Edad Media y pensásemos en cuáles serían los ingredientes necesarios para producir una eficaz y plausible).

Dicha hipótesis, o dicho modelo, tendrá las características de todas las criaturas de laboratorio: será resultado de una elección, de una filtración, y dicha elección dependerá de un fin concreto. En nuestro caso, el fin es disponer de una imagen histórica con arreglo a la cual medir tendencias y situaciones de nuestro tiempo. Será un juego de laboratorio, pero nadie ha dicho nunca que los juegos sean inútiles. Jugando aprende el niño a estar en el mundo, precisamente porque finge hacer lo que después se verá obligado a hacer (o querrá hacer) de verdad.

¿Qué hace falta para construir una buena Edad Media? Ante todo, una gran Paz que se desmembra, un gran poder estatal internacional que había unificado el mundo en cuanto a lengua, costumbres, ideologías, religiones, arte y tecnología y que en determinado momento, por su propia complejidad ingobernable, se derrumba. Se derrumba porque en las fronteras están presionando los «bárbaros», que no son necesariamente incultos, sino que traen nuevas costumbres y nuevas visiones del mundo. Dichos bárbaros pueden penetrar con violencia, porque quieran apropiarse una riqueza que se les había negado; o pueden infiltrarse en el cuerpo social y cultural de la *Pax* dominante haciendo circular nuevas fes y nuevas perspectivas de vida. Al comienzo de su caída, el Imperio romano no estaba minado por la ética cristiana; se había minado solo al acoger de forma sincrética la cultura alejandrina y los cultos orientales de Mitra y de Astarté, jugueteando con la magia, con las nuevas éticas sexuales, con varias esperanzas e imágenes de salvación. Había acogido a nuevos componentes raciales, había eliminado por necesidad muchas divisiones de clase rígidas,

había reducido la diferencia entre ciudadanos y no ciudadanos, entre patricios y plebeyos; había conservado la división de las riquezas, pero había mitigado las diferencias entre las funciones sociales, cosa que, por cierto, no podía dejar de hacer. Había presenciado fenómenos de aculturaciones rápidas, había colocado en el gobierno a hombres de razas a las que doscientos años antes habrían considerado inferiores, había suavizado el dogmatismo de muchas teologías. En el mismo período el gobierno podía adorar a los dioses clásicos, los soldados a Mitra y los esclavos a Jesús. Por instinto, perseguían la fe que, a distancia, parecía más peligrosa para el sistema, pero por lo general una gran tolerancia represiva permitía aceptar todo.

El colapso de la *Gran Pax* (militar, civil, social y cultural a un tiempo) abrió un período de crisis económica y de falta de poderes, pero ha sido sólo una reacción anticlerical justificable la que ha permitido que se considerase la Era de las Tinieblas como una época tan «obscura»; efectivamente, incluso la alta Edad Media (y puede que más que la Edad Media posterior al año 1000) fue una época de increíble vitalidad cultural, de diálogos apasionantes entre las civilizaciones bárbaras, la herencia romana y las semillas cristiano-orientales, de viajes y encuentros, con los monjes irlandeses que atravesaban Europa difundiendo ideas, promoviendo lecturas, inventando locuras de todas clases... En pocas palabras, en ella maduró el hombre occidental moderno, y en este sentido es en el que el modelo de una Edad Media puede servirnos para comprender qué está sucediendo en nuestros días: a la ruina de una gran *Pax* sucedieron crisis e inseguridad, chocaron civilizaciones diferentes y se fue dibujando lentamente la imagen de un hombre nuevo. Esta no se iba a revelar con claridad hasta después, pero los elementos fundamentales ya estaban presentes, borbollando en un caldero enorme y dramático. Boecio, que divulgó la obra de Pitágoras y releyó la de Aristóteles, no repetía de memoria la lección del pasado, sino que inventaba una forma nueva de actividad cultural, y, aunque fingió ser el último de los romanos, en realidad constituyó el primer centro de estudios de las cortes bárbaras.

Crisis de la *Pax Americana*

Que hoy estamos viviendo la crisis de la *Pax Americana* es ya un lugar común de la historiografía del presente. Sería pueril fijar en una imagen precisa a los «nuevos bárbaros», entre otras cosas, por la connotación negativa y equívoca que el término «bárbaro» sigue presentando para nosotros: resulta difícil decir si serán los chinos o los pueblos del Tercer Mundo, o la generación de la impugnación; o los inmigrados meridionales que están creando en Turín un nuevo Piamonte que nunca antes había existido; y si presionan en las fronteras (donde se encuentran) o trabajan ya en el interior del cuerpo social. Por otra parte, ¿quiénes eran los bárbaros en los siglos de la decadencia imperial, los hunos, los godos o los pueblos asiáticos y africanos que implicaban el centro del imperio en su comercio o en sus religiones? Lo único que estaba desapareciendo concretamente era el «romano», de igual forma que hoy está desapareciendo el «hombre liberal», empresario de lengua anglosajona, que había tenido en el *Robinson Crusoe* su poema primitivo y en Max Weber a su Virgilio.

En las villas de las afueras, el ejecutivo medio de pelo cortado a cepillo personifica todavía al romano de antiguas virtudes, pero su hijo lleva ya los cabellos como los indios, viste con poncho de mejicano, toca el sitar asiático, lee textos budistas o libelos leninistas y consigue muchas veces (como ocurría en el bajo imperio) conciliar a Hesse, el zodíaco, la alquimia, el pensamiento de Mao, la marihuana y las técnicas de guerrilla urbana; basta con leer el *Do it* de Jerry Rubin * o pensar

* Uno de los *yippies* (del nombre del partido que fundó con Abbie Hoffmann: *Y[outh] I[nternational] P[arty]* —«Partido internacional de la juventud»—), que propugnaban una síntesis

en los programas de la *Alternate University*, que hace dos años organizaba cursos sobre Marx, la economía cubana y la astrología. Por otra parte, también ese romano superviviente, en los momentos de aburrimiento, juega al intercambio de las esposas y pone en crisis el modelo de la familia puritana.

Inserto en una gran corporación (gran sistema que se degrada), dicho romano del pelo cortado a cepillo está viviendo ya, de hecho, la descentralización absoluta y la crisis del poder (o de los poderes) central, reducido a una ficción (como era ya el Imperio) y a un sistema de principios cada vez más abstractos. Véase el impresionante ensayo de Furio Colombo *(Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal*, en las páginas 29-62 de este libro), del que emerge la contemporaneidad de una situación típicamente neomedieval. Todos sabemos, sin necesidad de hacer sociología, hasta qué punto, ya en nuestros días, son formales muchas veces las decisiones del gobierno con respecto a decisiones aparentemente periféricas de grandes centros económicos; y no es casualidad que estos últimos estén empezando a constituir su consejo ejecutivo privado, incluso usando las fuerzas del público, y sus universidades, encaminadas a obtener resultados de utilidad particular, con respecto a la Caída del Distribuidor Central de Adiestramiento. Todo el mundo sabe hasta qué punto puede hoy la política del Pentágono o del FBI actuar de forma absolutamente independiente con respecto a la Casa Blanca.

«El golpe de mano del poder tecnológico ha privado de contenido a las instituciones y ha abandonado el centro de la estructura social», observa Colombo, y el poder «se organiza abiertamente fuera de la zona central e intermedia del cuerpo social, hacia una zona libre de deberes y responsabilidades generales, con lo que

entre las acciones revolucionarias de marxistas y anarquistas y las nuevas formas de vida de los *hippies*, y que intervinieron de forma destacada en las manifestaciones de 1968 ante la Convención Demócrata de Chicago. (N. del T.)

revela abierta e imprevistamente el carácter accesorio de las instituciones».

Las convocaciones ya no se hacen en términos de jerarquía o de función codificada, sino de prestigio y de presión efectiva; Colombo cita el caso de la rebelión en las cárceles de Nueva York en octubre de 1970, cuando la autoridad competente, el alcalde Lindsay, sólo pudo actuar mediante exhortaciones en favor de la moderación, pues la negociación entre presos y guardias de la cárcel, primero, y, después, entre periodistas y autoridades de la cárcel, se realizaba con la mediación efectiva de la televisión.

La vietnamización del territorio

A consecuencia de la actividad de esos intereses privados, que se autoadministran y consiguen mantener compromisos y equilibrios recíprocos, con policías privadas y mercenarias a su servicio, con sus centros fortificados de reunión y de defensa propios, presenciamos lo que Colombo llama una progresiva vietnamización de los territorios, batidos por nuevas compañías de mercenarios (¿qué son, si no, los *minutemen* y los *black panthers?)*. Probad a aterrizar en Nueva York con un avión de la TWA: entraréis en un mundo absolutamente privado, en una catedral autoadministrada que no tiene nada que ver con la terminal de la *Panamerican*. El poder central, que siente la presión de la TWA de forma especialmente intensa, proporciona a dicha compañía un servicio de aduana más rápido que los otros. Si voláis con la TWA, entráis en Estados Unidos en cinco minutos exactos; con otras compañías tardaríais una hora. Todo depende del feudatario a quien os confiéis, y los *missi dominici* (que tienen poder también para condenar y absolver ideológicamente) quitarán a unos excomuniones que para otros presentarán obstáculos mucho más dogmáticos, a la hora de eliminarlas.

No hace falta ir a América para descubrir las modificaciones que se han producido en el aspecto exterior de la sala central de un banco de Milán o de Turín, y para comprobar, al intentar entrar en el edificio de la RAI, en el paseo Mazzini de Roma, qué complejo de controles, ejercidos por policías interiores, hay que pasar antes de poner el pie en un castillo más fortificado que los demás. El ejemplo de la fortificación y premilitarización de las fábricas es también hoy de dominio público. En este momento, el policía de servicio sirve y no sirve, refuerza la presencia simbólica del poder, que a veces puede convertirse en brazo secular efectivo; pero muchas veces bastan las fuerzas mercenarias interiores. Cuando la fortificación herética (piénsese en las zonas industriales de Milán, con su territorio franco provisto de privilegios «de hecho») llega a ser incómoda, entonces el poder central interviene para restablecer la autoridad de la Imagen del Estado; pero en la Facultad de Arquitectura de Milán, transformada en ciudadela, el poder central no intervino hasta que no decidieron los señores feudales de varias extracciones, industrias, periódicos, Democracia Cristiana de la ciudad, que debía conquistarse la ciudadela enemiga. Sólo entonces se dio cuenta, o fingió creer, el poder central que la situación era ilegal desde hacía años, e incriminó al consejo de la facultad. Hasta que la presión de los feudatarios más poderosos no llegó a ser insostenible, aquel pequeño feudo de templarios aberrantes o monasterio de monjes disolutos gozó de libertad para autoadministrarse con sus reglas y sus ayunos, o sus libertinajes [1].

[1] Los estudiantes protestan porque las aulas están abarrotadas y la enseñanza es demasiado autoritaria. Los profesores quisieran organizar el trabajo en seminarios con los alumnos, pero interviene la policía. En un encuentro, cinco estudiantes resultan muertos (año 1200). Se introduce una reforma que da autonomía a los profesores y a los estudiantes; el canciller de Nôtre Dame prohíbe los libros de Aristóteles. Los estudiantes, con el pretexto de los precios elevados, invaden y destruyen una hostería. El jefe de

Un geógrafo italiano, Giuseppe Sacco, ha desarrollado hace un año el tema de la medievalización de la ciudad. Una serie de minorías que rechazan la integración se constituyen en clan, y cada clan individualiza un barrio, que se convierte en su propio centro, muchas veces inaccesible: estamos ante el «cuartel» medieval (Sacco es profesor en Siena). Por otra parte, también al espíritu de clan responden las clases acomodadas que, siguiendo el mito de la naturaleza, se retiran fuera de la ciudad, al barrio ajardinado con supermercados autónomos, con lo que dan vida a otros tipos de microsociedad.

También Sacco desarrolla el tema de la vietnamización de los territorios, teatros de tensiones permanentes, a causa de la desaparición del consenso: una de las respuestas del poder es la tendencia a descentralizar

policía interviene con una compañía de arqueros e hiere a unos viandantes. Grupos de estudiantes llegan procedentes de las calles próximas y atacan a la fuerza pública, arrancando el pavimento y lanzando los adoquines. El jefe de policía ordena la carga; tres estudiantes muertos. Huelga general en la universidad, se forman barricadas en el edificio, delegación al gobierno. Estudiantes y profesores desfilan hacia universidades periféricas. Después de largas negociaciones, el rey establece una ley que regula a bajo precio los alojamientos para estudiantes y crea colegios y comedores universitarios (marzo de 1229). Las órdenes mendicantes ocupan tres de las doce cátedras. Rebelión de los profesores seculares que les acusan de constituir una mafia de barones (1252). El año siguiente estalla una lucha violenta entre estudiantes y policía, los profesores seculares se abstienen de impartir las clases por solidaridad, mientras que los catedráticos de las órdenes regulares siguen dando sus clases (1253). La universidad entra en conflicto con el Papa, que da razón a los profesores de las órdenes regulares, hasta que Alejandro IV se ve obligado a conceder el derecho de huelga, si la decisión la toma la asamblea de la facultad por mayoría de dos tercios. Algunos profesores rechazan las concesiones y quedan destituidos: Guillaume de Saint-Amour, Etudes de Douai, Chrétien de Beauvais y Nicolas de Bar-sur-Aube quedan procesados. Los profesores destituidos publican un libro blanco titulado *El peligro de los tiempos recientes*, pero una bula de 1256 condena el libro por «inicuo, criminal y execrabe» (cf. Gilette Ziegler, *Le défi de la Sorbonne*, Paris, Julliard, 1969).

las grandes universidades (una especie de *defoliation* * estudiantil) para evitar concentraciones masivas. En este cuadro de guerra civil permanente, presidido por un combate entre minorías opuestas y sin centro, las ciudades van camino cada vez más de convertirse en lo que podemos encontrar en algunas localidades latinoamericanas, habituadas a la guerrilla, «en las que la fragmentación del cuerpo social está simbolizada perfectamente por el hecho de que el portero de los edificios de apartamentos suele estar armado de una ametralladora. En esas mismas ciudades los edificios públicos parecen fortalezas y en algunos casos, como los palacios presidenciales, están rodeados de una especie de barrera de tierra que los protege de los ataques de los bazooka.»

Naturalmente, nuestro paralelo medieval debe estar articulado de tal forma, que no tenga razones para temer las imágenes opuestas simétricamente. Porque, mientras que en la otra Edad Media veía estrechamente relacionados el descenso de la población, el abandono de las ciudades y la carestía del campo, las dificultades de comunicación, el deterioro de las calzadas y de las postas romanas, y la crisis del control central, hoy parece producirse (con respecto a las crisis de los poderes centrales y sobre ella) el fenómeno opuesto: el exceso de población que se combina con el exceso de comunicaciones y de transportes para hacer que las ciudades sean inhabitables, no por destrucción y abandono, sino por paroxismo de actividad. A la hiedra que corroe las grandes construcciones en ruinas sustituye, por ahora, la contaminación atmosférica y la acumulación de basuras que deteriora y vuelve irrespirables las grandes construcciones que se renuevan; la ciudad se llena de inmigrantes, pero se vacía de sus antiguos habitantes, que la usan para trabajar y, después, corren a las afueras (cada vez más fortificadas, después de la matanza de Bel Air). Manhattan va camino de quedar habitada sólo

* Operación utilizada por el ejército americano en la guerra de Vietnam con la que aclaraba la selva, al eliminar las hojas de árboles y plantas con una sustancia química. (N. del T.)

por negros, Turín por meridionales, mientras que en las colonias y en las llanuras cercanas surgen castillos patricios, vinculados por etiquetas de buena vecindad, desconfianza recíproca y grandes ocasiones de reuniones ceremoniales.

El deterioro ecológico

Por otra parte, la gran ciudad, que hoy no se ve invadida por bárbaros beligerantes ni resulta devastada por incendios, sufre de escasez de agua, de crisis de energía eléctrica disponible, de parálisis del tráfico. Vacca recuerda la existencia de los grupos *underground,* que, para intentar dañar en la base la convivencia tecnológica, invitan a destruir todas las líneas eléctricas usando al mismo tiempo cuantos más electrodomésticos posibles y a mantener fresca la casa dejando la nevera abierta. Como científico, Vacca observa que, al dejar la nevera abierta, la temperatura no disminuye, sino que aumenta: pero los filósofos paganos tenían objeciones mucho más graves que hacer a las teorías sexuales o económicas de los primeros cristianos, y, sin embargo, el problema no era ver si las teorías eran eficaces, sino reprimir el abstencionismo y la negativa a colaborar que rebasasen determinado límite. Los profesores de Castelnuovo se ven acusados, porque no registrar las ausencias a causa de una asamblea equivale a no hacer sacrificios a los dioses. El poder teme el debilitamiento de los ceremoniales y la falta de respeto a las instituciones, fenómenos en los que ve la voluntad de sabotear el orden tradicional y de introducir nuevas costumbres.

La alta Edad Media se caracterizó también por una fuerte decadencia tecnológica y por el empobrecimiento del campo. Escaseaba el hierro, de forma que un campesino que dejase caer en el pozo la única hoz que tuviera debía esperar la intervención milagrosa de un santo que se la recuperase (como atestiguan las leyendas); en caso contrario, estaba perdido. El pavoroso

descenso de la población no volvió a remontarse hasta después del año 1000, precisamente gracias a la introducción de cultivos de judías, lentejas y habas, de gran poder nutritivo, sin lo cual Europa habría muerto de debilidad (la relación entre las judías y el renacimiento cultural fue decisiva). Hoy, el paralelo se invierte para llegar al mismo punto: un inmenso desarrollo tecnológico provoca infartos y trastornos y la expansión de una industria alimenticia se convierte en la producción de alimentos venenosos y cancerígenos.

Por otra parte, la sociedad de consumo al máximo nivel no produce objetos perfectos, sino aparatitos que se deterioran fácilmente (si queréis un buen cuchillo, compradlo en Africa; en Estados Unidos, la segunda vez se rompe) y la civilización tecnológica va camino de convertirse en una sociedad de objetos usados e inservibles; mientras que, en el campo, presenciamos talas de bosques, abandono de los cultivos, contaminación del agua, de la atmósfera y de la vegetación, desaparición de especies animales, etc., por lo que cada vez resulta más urgente una inyección, ya que no de judías, por lo menos de elementos genuinos.

El neonomadismo

En cuanto al hecho de que al mismo tiempo hoy los hombres vayan a la luna, se transmitan partidos por satélite y se inventen nuevos compuestos, coincide perfectamente con la otra cara, generalmente desconocida, de la Edad Media a caballo de los dos milenios, que se define como la época de una primera revolución industrial importantísima: en un período de tres siglos se inventaron los estribos, la collera dorsal que aumentaba el rendimiento del caballo, el timón posterior articulado que permitía navegar barloventeando, el molino de viento. No lo parece, pero eran pocas las ocasiones que tenía un hombre de ver Pavía en su vida y muchas las de acabar en Santiago de Compostela o en Jerusalén. La Europa medieval estaba surcada por caminos de peregrinaje (enumerados por sus excelentes guías turísticas, que citaban las iglesias abaciales, como hoy citan los moteles y los Hilton), de igual forma que nuestros cielos están surcados por líneas aéreas que hacen que sea más fácil ir de Roma a Nueva York que de Spoleto a Roma.

Se podría objetar que la sociedad seminómada medieval era una sociedad de viajes inseguros; salir de viaje equivalía a hacer testamento (piénsese en la partida del anciano Anne Vercors en *La Anunciación a María* de Claudel) y viajar significaba encontrarse bandidos, bandas de vagabundos y fieras. Pero la idea del viaje moderno como una obra maestra de comodidad y seguridad hace ya tiempo que ha perdido su validez, y subir a un *jet,* después de pasar a través de los diferentes controles electrónicos y los registros contra secuestros restablece íntegramente la antigua sensación de inseguridad aventurera, que es de suponer que esté destinada a aumentar.

La Insecuritas

«Inseguridad» es una palabra clave: hay que colocar dicha sensación dentro del cuadro de las angustias milenaristas: el mundo está a punto de acabarse, una catástrofe final pondrá fin al milenio. Los famosos terrores del año 1000 son una leyenda, ya está demostrado, pero igualmente demostrado está que durante todo el siglo x se difundió rápidamente el miedo al fin (sólo que hacia finales del milenio la sicosis ya había pasado). Por lo que se refiere a nuestros días, los temas, que se repiten una y otra vez, de la catástrofe atómica y de la catástrofe ecológica (además de la presente) bastan para indicar vigorosas corrientes apocalípticas. Como correctivo utópico, había entonces la idea de la *renovatio imperii* y hoy hay la de «revolución», bastante modulable; ambas con sólidas posibilidades reales, si exceptuamos diferencias finales con respecto al proyecto (no iba a ser el Imperio el que se renovase, sino que iban a ser el renacimiento ciudadano y las monarquías nacionales las que iban a vencer la inse-

guridad). Pero la inseguridad no es sólo «histórica», es también sicológica, forma un todo con la relación hombre-paisaje, hombre-sociedad. El hombre medieval erraba por los bosques de noche y los veía poblados de presencias maléficas, no se aventuraba fácilmente fuera de las zonas habitadas, iba armado; condiciones de las que está cerca el habitante de Nueva York, que a partir de las cinco de la tarde no pone los pies en Central Park o procura no equivocarse para no coger un metro que lo deje en Harlem, ni coge solo el metro a partir de la medianoche, ni mucho antes si es una mujer. Entre tanto, mientras que en todas partes las fuerzas de policía empiezan a reprimir las rapiñas mediante matanzas indiscriminadas de buenos y malos, se instaura la práctica del atraco revolucionario y del secuestro de embajadores, de igual forma que cualquier Robin Hood podía capturar a un cardenal con su séquito y canjearlo por un par de alegres compañeros del bosque condenados a la horca o al potro. La última pincelada al cuadro de la inseguridad colectiva la constituye el hecho de que, como entonces y a diferencia de los usos instaurados por los liberales modernos, la guerra ya no se declara (salvo al final del conflicto, como en el caso de la que ha habido entre India y Paquistán) y nunca se sabe si se está en estado de beligerancia o no. Por lo demás, basta con ir a Livorno, a Verona o a Malta para darse cuenta de que en los diferentes territorios nacionales hay tropas del Imperio estacionadas como guarniciones permanentes, y se trata de ejércitos que hablan varias lenguas diferentes, cuyos almirantes sienten continuamente la tentación de usar dichas tropas para guerrear (o hacer política) por cuenta propia.

Los Vagantes

Por esos territorios dominados por la *insecurtitas*, vagan bandas de marginales, místicos o aventureros. Aparte de que en la crisis general de la universidad y en el plano de la desorganización de las becas, los estudiantes

están volviendo a convertirse en *vagantes* y recorren siempre y exclusivamente a maestros no oficiales y rechazan a sus «profesores naturales», tenemos, por un lado, bandas de *hippies* —auténticas órdenes mendicantes— que viven de la caridad pública y van en busca de una felicidad mística (entre la droga y la Gracia divina hay poca diferencia, entre otras cosas porque varias religiones no cristianas asoman por entre los pliegues de la felicidad química). Las poblaciones locales no las aceptan y las persiguen, y, para que, cuando los hayan expulsado de todos los albergues de juventud, el hermano de las flores escriba que allí está la alegría perfecta.

Como en la Edad Media, muchas veces el límite entre el místico y el ladrón es mínimo: Manson no es sino un monje que se ha entregado, como sus antecesores, a ritos satánicos (por otro lado, aun cuando el hombre con poder provoca la envidia del gobierno legítimo, se ve comprometido por él, como hizo Felipe IV el Hermoso con los templarios, cuando el escándalo de los bailes verdes). La excitación mística y el rito diabólico están muy cercanos, y Gilles de Rais, quemado vivo por haber asesinado demasiados niños, era compañero de armas de Juana de Arco, guerrillera carismática como el Che. En cambio, grupos políticos reivindican, desde otro punto de vista, otras formas afines a las de las órdenes mendicantes, y el moralismo de la Unión de los marxistas-leninistas tiene raíces monásticas, con su llamada a la pobreza, a la austeridad de costumbres y al «servicio del pueblo».

Si los paralelos parecen desmesurados, piénsese en la enorme diferencia que, bajo la aparente cobertura religiosa, mediaba entre monjes contemplativos y holgazanes, que en la clausura del convento hacían de las suyas, franciscanos activos y populistas, y dominicos doctrinarios e intransigentes, si bien todos ellos se marginaban voluntariamente y de formas diferentes del contexto social ordinario, fuente de neurosis, de «alienación». Aquellas sociedades de renovadores, divididas entre una furiosa actividad práctica al servicio de los

desheredados y una discusión teológica violenta, se calumniaban con recíprocas y continuas imputaciones de herejías y excomuniones. Cada grupo fabricaba sus propios disidentes y sus propios heresiarcas; los ataques que se dirigían mutuamente dominicos y franciscanos no diferían de los que se dirigen trotskistas y estalinistas, cosa que no era señal, como recalcarían los indiferentistas, de un desorden sin objetivo, sino, al contrario, señal de una sociedad en la que fuerzas nuevas buscaban imágenes nuevas para la vida colectiva y descubrían que no podían imponerlas de otra forma que mediante la lucha contra los «sistemas» establecidos, practicando una intolerancia teórica y práctica consciente y rigurosa.

L'Auctoritas

Existe un aspecto de la civilización medieval que una óptica laica, ilustrada y liberal nos ha conducido a deformar y a juzgar erróneamente por exceso de celo polémico: la práctica del recurso a la *auctoritas*. El estudioso medieval finge siempre no haber inventado nada y cita continuamente una autoridad anterior. Dicha autoridad puede ser los padres de la Iglesia Oriental, San Agustín, Aristóteles o las Sagradas Escrituras o estudiosos pertenecientes a época tan reciente como el siglo anterior, pero en aquella época no había que sostener algo nuevo sin revelarlo como ya dicho por algún autor anterior. Pensándolo bien, es exactamente lo opuesto de lo que se iba a hacer desde Descartes hasta nuestro siglo, época en la que el filósofo o el científico de algún valor son precisamente los que han aportado algo nuevo (y lo mismo podemos decir del artista, desde el Romanticismo, e incluso desde el Manierismo, en adelante). Los medievales, no; hacían exactamente lo contrario. Así, las obras cultas medievales parecen, desde fuera, enormes monólogos sin diferencias, porque todas procuran usar el mismo lenguaje, los mismos argumentos, el mismo léxico, y al oyente exterior le parece que

siempre digan la misma cosa, exactamente igual que le sucede a quien llega a una asamblea estudiantil, lee la prensa de los grupúsculos extraparlamentarios o los escritos de la revolución cultural.

En realidad, el especialista en temas medievales sabe reconocer diferencias fundamentales, de igual forma que hoy el político se desenvuelve con soltura a la hora de identificar diferencias y desviaciones entre una intervención y otra y sabe clasificarlas inmediatamente. La razón es que los medievales sabían perfectamente que de la *auctoritas* se podía hacer lo que se quisiera: «La autoridad tiene una nariz de cera que se puede deformar como se quiera», decía Alano de Lille en el siglo XII. Pero, ya antes, Bernardo de Chartres había dicho: «Somos como enanos a hombros de gigantes»; los gigantes eran las autoridades indiscutibles, mucho más lúcidas y previsoras que ellos; pero ellos, al apoyarse en aquéllas, veían mucho más lejos. Así, pues, por un lado, existía, la conciencia de estar innovando y avanzando, y, por otro, la innovación debía apoyarse en un *corpus* cultural que garantizase ciertas creencias indiscutibles y un lenguaje común. Lo cual no era sólo (aunque a veces llegase a serlo) dogmatismo, sino que constituía la forma en que los medievales reaccionaban ante el desorden y la disipación cultural de finales del Imperio Romano, ante el crisol de ideas, religiones, promesas y lenguajes del mundo helenístico, en el que cada cual se encontraba solo con su tesoro de sabiduría. Lo primero que había que hacer era restaurar una temática, una retórica y un léxico comunes, en los que poder reconocerse; de lo contrario, no se podía ya comunicar ni (lo más importante) echar un puente entre los intelectuales y el pueblo, cosa que los medievales hacían, de forma paternalista y a su modo, a diferencia de los intelectuales griegos y romanos.

Ahora bien, la actitud de los grupos políticos juveniles de hoy es del mismo tipo exactamente: representa la reacción contra la disipación de la originalidad romántico-idealista y contra el pluralismo de las perspectivas liberales, vistas como envolturas ideológicas que,

bajo la pátina de las diferencias de opiniones y de métodos, ocultan la sólida unidad del dominio económico. La búsqueda de los textos sagrados (ya sean los de Marx o de Mao, ya los de Guevara o Rosa Luxemburgo) tiene esta función primordial: establecer una base lingüística común, una colección de autoridades reconocibles, sobre las cuales establecer el juego de las diferencias y de las propuestas de ataque. Todo ello con una humildad completamente medieval y del todo opuesta al espíritu moderno, burgués y renacentista; ya no cuenta la personalidad de quien propone, y la propuesta no debe figurar como descubrimiento individual, sino como fruto de una decisión colectiva, siempre, y rigurosamente, anónima. Así, una reunión en asamblea se desarrolla como una *quaestio disputata,* la cual daba al extraño la impresión de un juego monótono y bizantino, cuando, en realidad, se debatían en ella no sólo los grandes problemas del destino del hombre, sino también las cuestiones concernientes a la propiedad, a la distribución de la riqueza, a las relaciones con el Príncipe o a la naturaleza de los cuerpos terrestres en movimiento y de los cuerpos celestes inmóviles.

Las formas del pensamiento

Cambiando rápidamente (por lo que se refiere a la actualidad) de escenario, pero sin alejarnos ni un centímetro por lo que se refiere al paralelo medieval, entremos en un aula universitaria donde Chomsky divide gramaticalmente nuestros enunciados en elementos atómicos que se ramifican en dos partes, o Jakobson reduce a rasgos binarios las emisiones fonológicas, o Lévi-Strauss estructura en juegos antinómicos las relaciones de parentesco, o Roland Barthes lee a Balzac, a Sade y a San Ignacio de Loyola como los medievales leían a Virgilio, rastreando ilusiones opuestas y simétricas. Nada está más cerca del juego intelectual medieval que la lógica estructuralista, de igual forma que nada está más próximo a él que el formalismo, en definitiva, de la

lógica y la ciencia física y matemática contemporáneas. No debe sorprender que en el mismo territorio antiguo podamos encontrar los paralelos con el debate dialéctico de los políticos o con la descripción matematizante de la ciencia, precisamente porque estamos comparando una realidad en acto con un modelo resumido: pero, en ambos casos se trata de dos modos de enfrentarse a la realidad que no tienen paralelos satisfactorios en la cultura burguesa moderna y que dependen, en ambos casos, de un proyecto de reorganización, frente a un modo cuya imagen oficial se ha perdido o ha resultado rechazada.

El político argumenta con sutileza, apoyándose en la autoridad, para fundamentar sobre bases teóricas una praxis en formación; el científico intenta dar forma nueva, mediante clasificaciones y distinciones, a un universo cultural que ha explotado (igual que el grecorromano) por exceso de originalidad y por la confluencia conflictiva de aportaciones demasiado diferentes: Oriente y Occidente, magia, religión y derecho, poesía, medicina o física. Se trata de mostrar que existen abscisas del pensamiento que permiten recuperar a modernos y primitivos bajo el estandarte de una misma lógica. Los excesos formalistas y la tentación antihistórica del estructuralismo son los mismos que los de las discusiones escolásticas, de igual forma que la tensión pragmática y modificadora de los revolucionarios, que entonces se llamaban reformadores o herejes *tout court,* debe (como debía entonces) apoyarse en diatribas teóricas furibundas y cada matiz teórico suponía una praxis diferente. Incluso las discusiones entre San Bernardo, partidario de un arte sin imágenes, puro y riguroso, y Suger, partidario de las catedrales suntuosas y pululantes de comunicaciones figurativas, corresponden exactamente, en varios niveles y desde varios puntos de vista, a la oposición entre constructivismo soviético y realismo socialista, entre abstractistas y neobarrocos, entre teóricos rigoristas de la comunicación conceptual y partidarios macluhianos de la aldea global de la comunicación visual.

El arte como «bricolage»

Sin embargo, cuando pasamos a los paralelos culturales y artísticos, el panorama se vuelve mucho más complejo. Por un lado, tenemos una correspondencia bastante perfecta entre dos épocas que en formas diferentes, con iguales utopías educativas e igual disfraz ideológico de un proyecto paternalista de dirección de las conciencias, intentan paliar la diferencia entre cultura docta y cultura popular pasando a través de la comunicación visual. Ambas son épocas en que la *élite* razona sobre los textos con mentalidad alfabética, pero después traduce en imágenes los datos esenciales del saber y las estructuras que sostienen la ideología dominante. Civilización visual la Edad Media, en la que la catedral era el gran libro de piedra, y, de hecho, era el anuncio publicitario, la pantalla de televisión, el tebeo místico que debía contar y explicar todo: los pueblos de la tierra, las artes y los oficios, los días del año, las estaciones de la siembra y de la cosecha, los misterios de la fe, las anécdotas de la historia sagrada y profana, y la vida de los santos (grandes modelos de comportamiento, como hoy los divos y los cantantes, *élite* sin poder político, como explicaría Francesco Alberoni, pero con enorme poder carismático).

Junto a esa sólida empresa de cultura popular, se desarrolla el trabajo de composición y *collage* que la cultura docta realiza con los restos de la cultura pasada. Cojamos una caja mágica de Cornell o de Armand, un *collage* de Ernst, una máquina inútil de Munari o de Tinguely, y nos encontraremos en un paisaje que no tiene nada que ver con Rafael o Canova, pero tiene muchísimo que ver con el gusto estético medieval. En poesía, son los centones y las adivinanzas, las *kenningar* * irlandesas, los acrósticos, los entramados verbales de citas múltiples que recuerdan a Pound y a Sanguinetti; los juegos etimológicos insensatos de Virgilio de

* Nombre metafórico, generalmente compuesto. Ejemplo: *whalepath* («camino de ballenas») por *sea* («mar»). (N. del T.)

Bigorre y de Isidoro de Sevilla, que tanto se parecen a algunas cosas de Joyce (Joyce lo sabía), los ejercicios de composiciones temporales de los tratados de poética, que parecen un programa de Godard, y sobre todo el gusto por la recopilación y el inventario. Que entonces se concretaba en los tesoros de los príncipes o de las catedrales, en los que se recogían indistintamente una espina de la cruz de Jesús, un huevo encontrado dentro de otro huevo, un cuerno de unicornio, el anillo de noviazgo de San José, el cráneo de San Juan [2].

Y no había la menor distinción entre objeto estético y objeto mecánico (Harún al Rachid recibió como regalo de Carlomagno un autómata en forma de gallo, artísticamente tallado, alhaja cinética, si las hay), y no había diferencia entre objeto de «creación» y objeto de curiosidad, sin distinción entre artesanal y artístico, entre «múltiple» y ejemplar individual y, sobre todo, entre *trouvaille* curiosa (la lámpara *liberty,* igual que el diente de ballena) y obra de arte. Todo ello dominado por el sentido del color agudo y de la luz como elemento físico de goce, y ninguna importancia tiene el hecho de que entonces se tratase de vasos de oro incrustados

[2] *Objetos contenidos en el tesoro de Carlos IV de Bohemia:* El cráneo de San Adalberto, la espada de San Estéfano, una espina de la corona de Jesús, trozos de la Cruz, el mantel de la Ultima Cena, un diente de Santa Margarita, un trozo de hueso de San Vidal, una cestilla de Santa Sofía, la barbilla de San Eobano, una costilla de ballena, un colmillo de elefante, una vara de Moisés, vestidos de la Virgen. *Objetos del tesoro del duque de Berry:* Un elefante cubierto de paja, un basilisco, maná encontrado en el desierto, un cuerno de unicornio, nuez de coco, anillo de casamiento de San José. *Descripción de una exposición de* pop art *y* nouveau réalisme: Muñeca destripada de la que salen cabezas de otras muñecas, un par de gafas con ojos pintados en los cristales, una cruz con botellas de Coca-Cola clavadas y una lamparita en el centro, un retrato de Marilyn Monroe multiplicando, una ampliación de un tebeo de Dick Tracy, una silla eléctrica, una mesa de ping-pong con bolas de yeso, partes de automóvil prensadas, un casco de motorista decorado al óleo, una pila eléctrica de bronce sobre un pedestal, una caja que contiene tapones de botellas, una mesa vertical con un plato, un cuchillo, un paquete de *Gitanes* y una ducha colgada sobre un paisaje al óleo.

con topacios colocados para reflejar los rayos refractados por una vidriera de iglesia, y ahora se trate de la orgía en *multimedia* de cualquier *Electric Circus,* con proyecciones *polaroid* tornasoladas.

Decía Huizinga que para comprender el gusto estético medieval hay que pensar en el tipo de reacción que produce a un burgués estupefacto un objeto curioso y precioso. Huizinga pensaba en términos de sensibilidad estética postromántica; hoy, veríamos que ese tipo de reacción es la misma que la que produce a un joven un *póster* que represente un dinosaurio o una motocicleta, o una caja mágica transistorizada en que giren haces luminosos, a medio camino entre el modelito tecnológico y la promesa fantástico-científica, con componente de orfebrería bárbara.

El nuestro es un arte de aditivos y de composiciones, como el medieval; hoy, como entonces, coexiste el experimento minoritario y refinado con la gran empresa de divulgación popular (la relación entre miniatura y catedral es la misma que la que existe entre el *Museum of Modern Art* y Hollywood), con intercambios y préstamos recíprocos y continuos: y el aparente bizantinismo, el gusto apasionado por la colección, por el catálogo, por el *assemblage,* por la acumulación de cosas diferentes se debe a la exigencia de descomponer y volver a juzgar los restos de un mundo anterior, quizá armónico, pero ya anticuado, que hay que vivir, diría Sanguinetti, como si fuese una *Palus Putredinis* ya atravesada y olvidada. Mientras Fellini y Antonioni ensayan sus Infiernos y Pasolini sus Decamerones (y el *Orlando* de Ronconi no es, de hecho, una fiesta renacentista, sino un misterio medieval en la plaza y para el vulgo), alguien intenta desesperadamente salvar la cultura antigua, por considerarse investido con un mandato intelectual, y se acumulan las enciclopedias, los digestos, los almacenes electrónicos de la información, con los que contaba Vacca para trasmitir a los descendientes un tesoro de saber que corre peligro de disgregarse en la catástrofe.

Los monasterios

Nada hay más semejante a un monasterio (perdido en el campo, rodeado por hordas bárbaras y extranjeras, habitado por monjes que no tienen nada que ver con el mundo y realizan sus investigaciones privadas) que un *campus* universitario americano. A veces el Príncipe llama a uno de esos monjes, lo nombra consejero suyo y lo envía como embajador a Catai; y éste pasa del claustro al siglo con indiferencia, se convierte en hombre de poder e intenta gobernar el mundo con la misma perfección aséptica con que coleccionaba sus textos griegos. Tanto si se llama Gerberto de Aurillac como si se llama Mac Namara, Bernardo de Clairvaux o Kissinger, puede ser hombre de paz u hombre de guerra (como Eisenhower, que vence algunas batallas y después se retira al monasterio, al pasar a ser director de un *college,* sólo que después vuelve al servicio del Imperio, cuando la multitud lo llama como a un héroe carismático).

Pero es dudoso que vaya a corresponder a dichos centros monásticos la tarea de registrar, conservar y trasmitir el fondo de la cultura pasada, quizá mediante complicados aparatos electrónicos (como sugiere Vacca) que la restauren gradualmente, estimulando su reconstrucción sin revelar nunca a fondo todos sus secretos. La otra Edad Media produjo al final un Renacimiento que se divertía haciendo arqueología, pero, de hecho, la Edad Media no hizo una labor de conservación sistemática, sino de destrucción casual y de conservación desordenada: perdió manuscritos esenciales y salvó otros completamente irrisorios, borró poemas maravillosos para escribir sobre ellos adivinanzas y oraciones, falsificó los textos sagrados interpolando pasajes y con esos procedimientos escribía «sus» libros. La Edad Media inventó la sociedad municipal sin haber tenido noticias precisas de la *polis* griega, llegó a China creyendo encontrar hombres con un solo pie o con la boca en el vientre, puede que llegase a América antes que Colón usando la astronomía de Tolomeo y la geografía de Eratóstenes...

La transición permanente

De esta nuestra nueva Edad Media se ha dicho que será una época de «transición permanente» para la cual habrá que utilizar nuevos métodos de adaptación: el problema no será tanto el de conservar científicamente el pasado, cuanto de elaborar hipótesis sobre el aprovechamiento del desorden y entrar en la lógica de la conflictividad. Nacerá, como ya está naciendo, una cultura de la readaptación continua, alimentada de utopía. Así fue como el hombre medieval inventó la universidad, con la misma falta de prejuicio con que los *clerici vagantes* de hoy la están destruyendo, y quizá transformando. La Edad Media conservó a su manera la herencia del pasado, pero no mediante la hibernación, sino mediante nuevas y continuas traducciones y utilizaciones: fue una inmensa operación de *bricolage* en equilibrio entre nostalgia, esperanza y desesperación.

Paradójicamente, bajo su apariencia inmovilista y dogmática, fue un momento de «revolución cultural». Naturalmente, todo el proceso se caracterizó por pestes y matanzas, intolerancia y muerte. Nadie dice que la nueva Edad Media represente una perspectiva absolutamente alegre. Como decían los chinos para maldecir a alguien: «¡Ojalá vivas en una época interesante!»

FURIO COLOMBO

Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal

1. ¿Es el estado un muro de papel?

Si las zonas avanzadas de la concentración tecnológica, desarrolladas a través de la ausencia de control y de la protección del secreto, se hubiesen liberado de toda clase de relaciones con el mercado y con la opinión pública, si hubiesen alcanzado un grado suficiente de autonomía y de poder, a través de los vínculos entre investigación científica, producción industrial y organización militar, en ese caso el consenso y la adhesión de la mayoría de los ciudadanos dejarían de ser necesarios. Y tampoco sería necesario conservar la imagen que muestra una coincidencia entre las instituciones y dichas concentraciones de poder, la imagen que coloca dicha coincidencia en un «centro» ideal respecto al cual se calibran moderaciones, extremismos, intereses y equilibrios y en torno al cual se sitúan las leyes. En ese caso, su propia racionalidad y economía induciría a dichas concentraciones de poder a proteger directamente sus intereses, a evitar los trámites ritualizados e inconve-

nientes de las estructuras jurídicas, a desacreditar tanto el centralismo de las instituciones como el formalismo de la vida política tradicional. El desplazamiento de un peso semejante del centro hacia las zonas autónomas de poder efectivo, liberadas de las exigencias de mediación con «los intereses de todos»», determinaría bien un fuerte desequilibrio de todas las demás zonas de la estructura social (arrojada cada una de ellas fuera de las zonas tradicionales), bien una fragmentación en núcleos autónomos de las estructuras anteriores. Eso provocaría también la necesidad —esperada y no imprevista— de una serie de choques conflictivos, que una primera interpretación tiende a mostrar, sin embargo, como olas desagradables y peligrosas de sublevación contra el poder. En esa nueva situación, el poder separado del centro podría beneficiarse a lo largo del choque entre las olas de sublevación y las estructuras vacías y abandonadas de las instituciones, desde las Bolsas hasta las policías y los gobiernos locales.

En un paisaje transformado radicalmente, se descubriría que las tecnoestructuras no son un *continuum* que asciende orgánicamente del nudo industrial, productivo y económico más pequeño al más grande, porque los comportamientos estancos del secreto y de la importancia militar ya han separado unas zonas enteras de otras, con lo que han roto los vínculos con el mercado y han transformado los contenidos de la investigación y del trabajo. Y habría caído el muro de la separación, después de haberse apropiado la mayor parte de la investigación y de haber delimitado la mayor parte de la producción, de las necesidades y de las alternativas técnicas universales, durante un tiempo demasiado largo.

Fuera de los nuevos muros quedarían vastos fragmentos sin coordinar de actividad industrial y económica entre los cuales se mueven los teorizadores de las planificaciones imposibles, los empresarios aventureros que aceptan recorrer el camino que separa los grandes riesgos de los grandes beneficios, los economistas liberales rezagados de un mercado fatalmente expuesto a toda clase de sacudidas. En esa zona abierta y asimétrica marcada por los armazones vacíos del poder estatal y jurídico, permanecerían los jueces, las policías, los administradores y otros materiales humanos perecederos abandonados al choque. Masas cada vez mayores de hombres —precedidas a veces por grupos más nerviosos y sensibles— errarían buscando nuevas identificaciones, nuevas referencias y nuevas polaridades en los espacios abiertos entre las instituciones insignificantes y, mientras tanto, se dedicarían a la tarea primaria de sobrevivir.

Y antes de la aparición de una nueva racionalidad habría una enorme Edad Media postindustrial, poblada por rebeldes, monjes, vagabundos y soldados, en torno a los nuevos castillos en que se ha instalado el poder.

Los bloques de concentración tecnológica, después de algunos intentos de camuflaje, dejarían de identificarse mediante polos de «civilización» y se aproximarían y alejarían en función de afinidades y estabilidades de poder. Todo el resto quedaría abandonado a «gobiernos locales», cuya identificación nacional llegaría a ser todavía menos importante que su identificación política (régimen y constitución). Y la totalidad del territorio expuesto al control superior y remoto de los nuevos bloques quedaría *vietnamizado* (del nombre del país y de la época en que ese fenómeno ha empezado a producirse), en el sentido de quedar abierto y disponible para cualquier clase de conflicto y para cualquier clase de operación de poder, de acuerdo con lógicas que no conciernen ni a la población ni al lugar. La *vietnamización* sería la perspectiva de acuerdo con la cual se consideran sacrificables (para el choque, para la destrucción) los territorios que no son la sede principal de las concentraciones tecnológicas.

La fisiología de la fragmentación, acercamiento y contraposición de los grupos —el análisis del planeta desquebrajado— se convertiría así en un momento natural del intento de reinterpretación del paisaje social. No para contraponerlo a la ideología, sino para insertar en el lenguaje político la comprobación de que las zonas más fuertes del poder han calculado oportunamente la vulnerabilidad de las instituciones y de las organizacio-

nes tradicionales. Y las han abandonado, al dar el primer paso, al abrir —desde el punto de vista de las formaciones sociales— una nueva época.

Habría entonces que responder a algunas preguntas referentes a las épocas intermedias. ¿Qué hay del comercio, del consumo, de la distribución de los productos, de los núcleos abandonados de concentración económica, de las industrias anticuadas a pesar de su volumen, de la investigación profundamente deformada, de las ciencias prácticas como la medicina, privada de casi todos sus instrumentos? Y más aún: ¿quiénes son los soldados, los policías, los mercenarios? Y aún: ¿combatirán durante mucho tiempo los rebeldes contra otros rebeldes y contra los armazones abandonados de las instituciones y de las ex capitales, antes de advertir la nueva dislocación del poder? ¿O seguirán perdiendo la vida en caminos escogidos en el pasado, con la mente vuelta hacia un estado monolítico, coherente, pesado y fácilmente vulnerable, que parece haber dejado ya de existir?

Por ejemplo: combatir en los caminos podría provocar una nueva normalidad, si el sufrimiento siguiese siendo intranscendente para las ciudadelas tecnológicas y hubiese una cantidad suficiente de guardias a los que emplear (desperdiciar) durante un tiempo suficientemente largo, mientras las televisiones transforman el dolor en espectáculo difuso, descentrado e individual del horror, y muy por encima pasan los helicópteros desde y hacia los lugares de las decisiones remotas. Las supuestas *zonas de sufrimiento* (el proyecto de «hacer saltar» las ciudades, de volver difícil o desagradable la vida) podrían resultar *zonas de indiferencia*. Más aún: asestar golpes contra la ciudad visible, contra la institución visible, contra el uniforme disponible de lo que se supone que es señal del poder, la malla más cercana de un supuesto tejido coherente de estructuras, conduciría al desorden. Pero dicho desorden podría ser el material ya incluido en los planes de *vietnamización,* el circo de la muerte predispuesto para absorber y gastar olas revolucionarias esperadas y consideradas próximas e inevitables.

Si todo eso ocurriese, significaría que la clase media y, en general, quienes apoyan voluntariamente y desde fuera a los centros tecnológicos de poder, son sacrificables (transformados en mercenarios o bien ofrecidos a la destrucción de las oleadas de choque); que las ciudades, símbolo de la cultura y de la estabilidad de las instituciones, son sacrificables; que las Bolsas son sacrificables, una vez que el cinturón defensivo y del mercado libre financiero han dejado de tener utilidad, y el hombre de negocios se ha convertido en un socio inútil (lo cual explicaría las presiones «pacifistas» de los mercados financieros, apremiantes pero desatendidas); que la búsqueda del consenso es sacrificable, desde el momento en que las condiciones conflictivas, al fracturar inevitablemente grandes conjuntos electorales, impulsarán a una parte cada vez más importante a pedir ayuda y protección a los nuevos señores y a los nuevos castillos, la parte que se vea víctima designada e inevitable de las primeras olas de choque. Las condiciones tradicionales de protección del consumo son sacrificables, si se considera que algunas alternativas generales, tecnológicas, científicas y organizativas, seguirán determinando durante mucho tiempo hasta el comportamiento síquico y las alternativas de los propios rebeldes (el sueño de la metralleta y del tomavistas, las condiciones de los trasportes, los objetos de la supervivencia cotidiana) y que las zonas designadas para el choque serán, como ha ocurrido siempre en los conflictos en zonas subordinadas, mercados peligrosos pero fértiles. Todo eso podría indicar que algunas intuiciones políticas tienen su núcleo original más en la invitación a proyectar zonas organizadas de supervivencia durante largo tiempo (las «comunas» americanas) que en modelos transitorios de comportamiento estratégico local (guerrilla), aun cuando a veces el mensaje llegue alterado, en cuanto a perspectiva y valor, a sus destinatarios.

Y permitiría deducir la imagen de la sociedad del desorden, que bulle entre fermentos de revolución y

de militantismo represivo, en torno a las instituciones vacías y abandonadas. Sólo la tenaz supervivencia de la imaginación cultural tradicional podría superponer durante mucho tiempo la sensación de unidad, estabilidad y homogeneidad del estado industrial e impedir la recepción de las vistosas señales de autonomía, tanto de los nuevos centros de poder como de los grupos nacidos de la fractura y del desequilibrio.

Semejante perspectiva parece forzada y paradójica. Pero podría ser útil experimentalmente recorrer algunos caminos, acumular algunos indicios. Las pruebas que se obtienen son coherentes de forma curiosa. Componen un *identikit* * —incompleto y confuso— que, no obstante, coincide claramente en algunos puntos con las hipótesis de partida: el golpe de mano del poder tecnológico ha vaciado las instituciones y ha abandonado el centro de la estructura social para garantizar de forma más racional y económica sus propios intereses. De ese modo ha arrojado a la organización completa de los estados a una situación de desequilibrio, con lo que ha provocado un desquebrajamiento progresivo de los centros, de los grupos, de los partidos, de las formaciones y de las relaciones sociales de cualquier tipo y ha invitado al choque. Material útil para el choque es todo lo que no se refiere directamente al sostenimiento de las nuevas concentraciones tecnológicas, desde los símbolos de las instituciones hasta las clases identificadas tradicionalmente con el centro de la estructura social, desde los nuevos grupos de rebeldes hasta las oposiciones tradicionales, desde esa parte del aparato económico —la Bolsa, la «democracia económica», las industrias anticuadas— que ha dejado de ser necesaria hasta la parte del aparato político que ahora puede definirse como envoltura externa y aparente del poder. Esa iniciativa garantiza que la lucha siga librándose en el terreno más conveniente económicamente, con condiciones y gastos

* Método usado por la policía para intentar reconstruir el aspecto físico de una persona buscada, mediante la combinación de varios datos somáticos proporcionados por los testigos.

que se puedan controlar. Y está expuesta no al riesgo de los combates que la propia iniciativa ha provocado, sino a la posibilidad de que los nuevos grupos nacidos del desquebrajamiento desarrollen hacia lo desconocido recursos creativos de cantidad y calidad no prevista.

Entre los castillos de las concentraciones tecnológicas, los súbditos que reclaman protección, y los grupos que emigran y se vuelven a preparar para nuevos usos de la autonomía y del autodidactismo, se encuentra el terreno «vietnamizado» del choque abierto, del riesgo, de la aventura y de las perspectivas sin defensa y sin límites. Está la nueva Edad Media postindustrial en la que se busca a tientas el perfil de una sociedad alternativa, a través de un nuevo tipo de actitud, en la que cada persona vuelve a fabricar todas las cosas directamente y por cuenta propia, desde el libro hasta la familia, desde la identidad personal hasta el sentido de la agresión, desde las técnicas de la defensa hasta las formas de supervivencia.

2. Para una descripción de las concentraciones tecnológicas

a) Frente a la sospecha difusa y cada vez mayor con respecto a la verdadera dislocación del poder en las sociedades complejas y de alto desarrollo industrial, el camino que con mayor frecuencia se ha seguido ha sido el de realizar *un censo de las bases del poder.* Esa investigación suele partir de la comprobación de una «irresponsabilidad» de enormes zonas de decisión que intervienen en la organización de la vida, de los territorios y de las condiciones sociales de un estado o de un grupo de estados sin responder a control alguno.

Dicho censo de las bases del poder se perfecciona pasando de la lamentación moral al análisis que intenta dibujar el nuevo mapa, una línea que va de Galbraith a Paul Goodman, desde el pensamiento crítico interno a la cultura dominante hasta una imaginación basada ya en fragmentos de cultura alternativa.

El censo de Galbraith muestra un poliedro formado por la industria electrónica, la industria nuclear y el aparato militar en el vértice, cerca de cuatrocientos «puntos de fuerza» en un catálogo larguísimo. Pero en el tipo de investigación de Galbraith la pasión por la revelación de los nombres, la denuncia de los «responsables» revela un sentido de la justicia semejante al de las policías, más inclinadas a compilar el registro de las bandas delincuentes que a captar el sentido del fenómeno social a que se enfrentan. En el fondo hay un *continuum* coherente. En el *continuum* se advierten las anomalías. Denunciarlas significa reforzar el *continuum*. El estado de las tecnoestructuras es el paisaje intacto en que opera el fervor político destinado a restaurar las zonas de choque.

Y, sin embargo, hasta en la literatura de protesta industrial de Galbraith emergen continuamente algunos nudos dramáticamente nuevos en el comportamiento social del poder tecnológico. Si se analizasen las consecuencias hasta su punto máximo de revelación, dichos nudos deberían indicar que la presencia del poliedro tecnológico-militar en el cielo del estado cambia la naturaleza de la estructura social, produce alteraciones fisiológicas mucho más profundas que la interferencia política y el desorden moral.

El poder sin control de las concentraciones tecnológicas, cuando penetra en las estructuras sociales y estatales, tiende a reproducir sus modos «normales» de comportamiento aun a costa de desquebrajar los diafragmas constitucionales y jurídicos. Ejemplo de ello es la tendencia en aumento a buscar o reconocer inmediatamente las condiciones que justifican medidas de emergencia, ataques preventivos, represiones ejemplares, situaciones de leyes marciales y de código militar.

Matar siempre ha sido un incidente de las policías, que había que minimizar u ocultar para proteger las exigencias sicológicas, morales y jurídicas del estado liberal. Matar y aceptar públicamente la ejecución denota una nueva ambientación del episodio conflictivo en que prevalece el dato militar y la rapidez organizativa sobre

las exigencias tradicionales del estado mediador. De ese modo, un poder se reorganiza abiertamente fuera de la zona central e intermedia del cuerpo social, hacia una zona libre de tareas y responsabilidades generales, con lo que revela de improviso y abiertamente el carácter accesorio de las instituciones.

Ese fuerte impulso excéntrico y la brusca superposición de otros órdenes de conveniencia y prioridad, extraños al cuerpo político tradicional, podrían explicar la crisis que está trastornando las imágenes de los partidos y las funciones de los gobiernos en las grandes democracias liberales. De hecho, las necesidades de equilibrio de las nuevas centrales no corresponden a las necesidades de equilibrio tradicionales del cuerpo social, ni siquiera en su versión más prudente y conservadora, pues ni siquiera la mediación más prudente con los intereses generales es necesaria técnicamente. Y en ese salto reside una causa primera de la larga y creciente secuencia conflictiva. En ese proceso de redistribución de los términos de la estructura social, el poder se desdobla de la autoridad al vaciar las instituciones que eran sede de los controles y produce el primer impulso hacia el nacimiento de una autoridad de hecho, a medida que el movimiento desequilibrador genera nuevas autonomías, reagrupamientos y unidades de agresión, de defensa y de supervivencia y se crean territorios privilegiados y zonas de sacrificio.

En realidad, los puntos de fuerza de la concentración tecnológica son también puntos de referencia física, no todo el territorio de la imagen tradicional del estado-nación, sino algunas zonas preferentes en relación con la economía, con la racionalidad, con las exigencias de equilibrio y de defensa de los nuevos castillos.

En consecuencia, las zonas pobres, subdesarrolladas o que se hayan convertido en *ghetto* o subcultura por la razón que sea no forman parte de los territorios protegidos. Ni tampoco las grandes aglomeraciones residenciales de la pequeña y laboriosa clase media, que con sus tensiones, con sus miedos, con su febril identificación con el poder, podrá servir de masa absorbente del

choque, pero más allá de los muros. De hecho, la cantidad y el carácter fungible de dicha masa absorbente no justificarían el costo de la protección; mientras la persuasión, la educación y la imaginación, ya profundamente condicionada, funcionen como las baterías de un satélite errante, generando energías y motivaciones que hay que combatir por un tiempo, pero suficientes para realizar la misión. Por esas razones, la explosión, el incendio, la destrucción de los centros urbanos tradicionales —y antes que nada de las *zonas de sufrimiento* de dichos centros— pueden incluirse en la columna de los costos intranscendentes, y a veces de los acontecimientos preferibles (el consumo de energía en el conflicto marginal en lugar de la acumulación de recursos que hagan de cebo explosivo en el tronco de una revolución general, en la cima de su impulso creativo). Lo demuestra el hecho de que con frecuencia se tienda a preferir cualquier intervención que agrave el conflicto a cualquier intervención que descongestione sus causas.

Y así se explica por qué se pierde en el vacío la petición de remedios, mejoras, prevenciones. Es cierto que éstos podrían limitar o aplazar el conflicto, pero sólo en caso de que estuviesen adaptados a la imagen del estado industrial coherente, articulado, extendido hasta su antigua coincidencia con todos los ciudadanos, con todo el territorio y con todas las estructuras.

Como ha demostrado Jerome Wiesner, hasta cierto punto las operaciones de las concentraciones tecnológicas producen una especie de estabilidad interna e internacional (de la que quizás constituyan un capítulo la guerra fría y la «generación silenciosa» de los años cincuenta). Más allá de ciertos límites de expansión (a los que no se puede renunciar porque responden a impulsos internos de crecimiento, pero que no deben responder, en cambio, a interés general alguno), el desarrollo se alarga con el propio alivio de la tensión y de la inseguridad, con lo que impele al conjunto social a una situación natural de desequilibrio y de desorden.

Evidentemente, en el ámbito de períodos de tiempo bastante largos y de zonas extensas de control absoluto, dicho desorden se considera tolerable e incluso preferible a la espera de las olas de rebelión contra los bastiones difíciles de defender de las instituciones (a menos que se produzca un cambio profundo de las instituciones, pero no parece que se haya considerado esa hipótesis).

Y la independencia del desorden calculado resulta basarse en la evidente autonomía de las nuevas concentraciones del paisaje económico circunstante, en el sentido de que toda la economía es tributaria del complejo tecnológico-militar, pero, a cambio, sólo recibe *by-products* * sin relación con la media y la medida de las necesidades y de los intereses generales e independientes de las alternativas del consumo.

Y ello porque, fuera de los nuevos castillos, nadie participa en las decisiones sobre la calidad y los fines de la organización social.

Un ejemplo de la autonomía económica de las concentraciones tecnológico-militares que vuelve tributarios a los territorios subordinados y arbitrario el orden de las alternativas y la estrategia del desarrollo, lo ofrece Nigel Calder (*Technopolis, The Social Control of the Use of Science,* 1969 [«Tecnópolis, El control social del uso de la ciencia»]): la acumulación de las armas atómicas a partir de 1950. El mecanismo de recaudación a partir de la sociedad tributaria (es decir, la totalidad de la comunidad social y política) está organizado a través de un rebote de la responsabilidad que desvía el control y realiza una especie de movimiento perpetuo burocrático-administrativo. El gasto corre a cargo del productor y, en este ámbito particular, está justificado por el crecimiento de la Agencia que hace el pedido, aumento de prestigio y aumento de poder. Por otra parte, a la Agencia no se la puede controlar, a causa del secreto de las investigaciones que realiza. Por esa razón, el conjunto de la organización estatal no podrá hacer otra cosa que recoger el dinero necesario y dirigirlo hacia la central productiva.

* «Productos secundarios, residuos.» (N. del T.)

Desde el interior de una imagen tradicional, que percibe esos acontecimientos como una anomalía, Calder habla de un «error de gobierno» evidente.

Para Paul Goodman la ambientación de dicho «error» es más amplia y más dramática: «Desde 1945 la mitad de las inversiones nuevas se ha dedicado a productos que no están sujetos ni al control del mercado ni al de ningún órgano político. A partir de 1967, el ochenta y seis por ciento de las inversiones para las investigaciones se han hecho dentro del complejo técnico-militar.

»Sois los productores de objetos tecnológicos de factura exquisita y refinada que no responden a fin ni uso social alguno, excepto los que vosotros mismos os habéis fijado basándoos en consideraciones y circunstancias desconocidas, dado que están bloqueadas por el secreto.»

Por eso, la concentración tecnológico-militar se articula en bloques autónomos y estabilizados de gran poder y de amplia autonomía, que escapan a cualquier expediente de control, desde el debate político hasta las cotizaciones de Bolsa.

Las fronteras tecnológicas quedan salvaguardadas por el secreto, que ha bloqueado oportunamente gran parte del conocimiento científico, al deformar la lógica del desarrollo de las sociedades avanzadas, al interrumpir todos los debates hacia el exterior y al desacreditar la actividad política tradicional en su totalidad. De ahí nace la crisis de credibilidad que ha invadido a la clase política, a la que se ha dejado una función de representación externa y formal, semejante a la de un notario o a la de un abogado para un cliente que no desea comparecer en persona.

Por tanto, al desequilibrio social provocado por dichas concentraciones se añade el desequilibrio institucional provocado por el traslado de fuerzas potentes y tecnológicamente muy avanzadas del centro del estado hacia nuevos emplazamientos.

En un progresivo oscurecimiento de los límites jurídicos y de las identificaciones políticas, potentes voluntades de hecho están en condiciones de controlar el campo de la investigación, es decir, la determinación de los fines y de las alternativas, al provocar la sensación de una obligatoriedad de los destinos (o bien la necesidad de una rebelión incluso ciega, de una guerrilla incluso sin esperanza, de una irracionalidad que puede impulsarse hasta los límites de la locura), que vuelve a crear sin lugar a dudas algunas condiciones de la cultura y de la economía feudales. La estrategia de defensa-ataque del poder tecnológico denuncia así una reorganización activa, creativa, dinámica. Pero realiza también el movimiento que declara abierta una fase fatal y objetivamente conflictiva, la cual se encarna en el desorden creativo de los espacios subordinados, en las reservas de choque.

b) Un segundo recorrido de la investigación sobre las nuevas bases del poder es la *redefinición de los modos de decisión*. En este caso, una importante contribución para organizar en una perspectiva sensata fenómenos que, en caso contrario, parecerían absolutamente anómalos, misteriosos e inexplicables, es la imagen del *gobierno invisible* propuesta por Galli («Tempi Moderni», verano de 1970). Esa tesis sugiere que el poder se ha desplazado fuera del proceso normal de decisión a una zona que no está clara ni se conoce, pero que, a pesar de todo, indican llamativamente formas y tipos de decisión absolutamente inéditos y extraños al estado industrial liberal, porque falta la correspondencia con sus procedimientos además de con sus intereses.

Puede que sea útil relacionar esta tesis con hechos de importancia relativamente menor y, aun así, ejemplares, que pueden encontrar en este caso ambientación e interpretación.

El modelo de ese tipo de control alejado del centro parece ser, por un lado, el carácter *privado* (es decir, relativo a los intereses exclusivos de los grupos incluidos) de la decisión; por otro, la connotación *militar* (rápida, secreta, indiscutible, disuasora, ejemplar) de las intervenciones.

Y parece indicar, al contrario de los diagnósticos tradicionales sobre los hechos violentos, basados en la relación inmediata con la crónica periodística, que la *fractura no se ha producido en los márgenes de la estructura social, sino en su centro.* Y que a partir del centro (o del vacío del centro) se esparcen líneas de desequilibrio que, desde luego, responden al modo político en que se las vive y se las interpreta, pero expresan, en cualquier caso, la fisiología de una disgregación inevitable.

Y confróntense esas hipótesis con el caso, limitado pero ejemplar, de la rebelión en las prisiones de Nueva York (3-6 de octubre de 1970). En aquella ocasión la ciudad tuvo que verificar y mostrar que su centro de autoridad formal carecía de conexiones reales tanto con el poder de hecho de los prisioneros rebeldes como con el poder de hecho de los cuerpos represivos (guardias de prisiones y policía). Y que un poder como el que da origen a la rebelión se forma no sólo en relación con la mecánica del exceso (brutalidad de los guardias), sino también cuando resulta claro que la mecánica del exceso deriva del desdoblamiento ya real entre autoridad (corruptible) y poder (incontrolable). Y, sobre todo, entre intereses generales (que imponen a los guardianes de las cárceles ciertas abstenciones en nombre de la protección de la imagen social) e intereses divididos, caso en el que el equilibrio tiende a reconstituirse en el interior de cada uno de los grupos, por su propia afirmación directa. Por esas razones, la autoridad política de Nueva York sólo pudo maniobrar mediante llamadas desde el exterior, *recomendando* a unos ceder y a otros no ensañarse. Y no basándose en leyes y reglamentos ni en valores comunes de convivencia social siquiera, sino utilizando el único instrumento disponible; como habrían podido hacer el Papa o Bertrand Russell en circunstancias semejantes. Una llamada de presión y de prestigio, es decir, no de jerarquía y de función, lo que constituye una ilustración extraordinaria de la separación, ya muy avanzada, entre instituciones y poder. Es interesante observar también que la «reestructuración» de la rebelión de las cárceles de Nueva York se

produjo no mediante los procedimientos de reocupación de la imagen social y del relativo poder central, que es la forma en que los sociólogos explican el final del mayo francés, sino mediante una serie de intervenciones y de garantías, de ofertas y contraofertas, entre grupos autónomos.

Por ejemplo: los periodistas organizaron la retirada de los presos de las torres en que estaban atrincherados mediante grúas iluminadas con reflectores, con el fin de impedir la matanza de los rebeldes que, después de haber aceptado rendirse, volvían a entregarse a los guardias. Y todo aquello en presencia del alcalde (que en América es el administrador de las cárceles y responsable de la policía) y de los ciudadanos, que se veían en la misma imposibilidad de controlar el acontecimiento o de tomar decisiones relativas a él.

Desde luego, debemos recordar de nuevo que, en casos así, se trata de fenómenos periféricos, no de la ilustración del origen de dichos fenómenos. Pero hay razones para pensar que no podrían producirse, si no fuesen repetición y amplificación de fenómenos ya producidos en el centro de la estructura social.

Existen testimonios procedentes de arriba y de abajo, desde la experiencia del desorden hasta la crítica de los fenómenos de fractura.

c) El tercer recorrido de una investigación encaminada a verificar la mutación de las bases del poder se orienta hacia *el análisis de las formas del crecimiento,* busca en ellas la prueba de un salto cualitativo que podría haber cambiado definitivamente el paisaje social, al sustituir el aparato unitario de la sociedad industrial por una economía de pueblos y castillos. Un primer dato podría ser: *el crecimiento de los nuevos centros del poder no depende de la acumulación.* Por el contrario, el crecimiento depende (como propone Alain Touraine en *La sociedad postindustrial)* de la capacidad de elaborar e imponer una programación que se superpone sin diálogo sobre todo el paisaje social. La consecuencia de ello es que *el desarrollo de los centros de poder queda confiado, no al mercado, sino al conocimiento,* es decir,

a la investigación y a la capacidad para apoderarse de ella oportunamente. Como no hay duda de que dicha apropiación se ha producido, ha creado fatalmente condiciones de subordinación para cualquier actividad, intelectual, práctica y organizativa, al exigir que cada una de dichas actividades contribuya para alimentar el desarrollo de los nuevos castillos. Ello convierte en secundarias todas las relaciones basadas en la contratación de mercado, por extensas y complejas que sean, como se deduce del hecho de que el interés por defender dichas relaciones resulta más relevante al nivel de las declaraciones que al nivel práctico y real.

En ese sentido, un dato parece ser la regresión de la propiedad privada en el nivel más bajo de los costos tradicionales, es decir, el de la vida humana. Pueden incendiar un almacén, de igual forma que pueden matar a quienes lo hayan incendiado, con tal de que, en ese nuevo cuadro, se mantenga estable la única condición importante, es decir, la de que todos los grupos son igualmente tributarios de programaciones en las que no participan, a las que están sometidos por la forma de la donación o de la percepción. Los propietarios, las policías y todos aquellos que se sienten amenazados por el desorden natural (inevitable) de los territorios sometidos, proporcionarán el militantismo agresivo-defensivo necesario. Pero puesto que «dicha sociedad de aparatos, dominada por grandes organizaciones... está más orientada que nunca hacia el poder, hacia el control propiamente político tanto de su funcionamiento interno como de lo que la rodea» (Touraine), es natural que posea una capacidad enorme para generar expulsión, rechazo, desafección, hostilidad. Los núcleos de desafección son territorios fértiles para la búsqueda de nuevas identidades.

Por eso, la creatividad hostil se convierte en la polarización de las nuevas autonomías que produce el bloque (sometimiento) del conocimiento. Y resulta evidente que el desarrollo de las concentraciones tecnológicas, y de su capacidad de dominio, y el crecimiento de la creatividad hostil de los grupos de supervivencia en los

territorios del desorden, están en relación directamente proporcional.

El hecho de que la creatividad hostil de algunos grupos parezca propensa a «abandonarse» a la irracionalidad, a formas neorreligiosas, a la magia, a la locura (una venganza inmediata por la apropiación de la racionalidad científica por parte de las concentraciones tecnológicas) no debería privarlos del significado que tienen con respecto a renacimientos creativos encaminados intensamente a la producción de alternativas prácticas. No al nivel descriptivo de la percepción del nuevo paisaje. En él resulta claro que *cualquier forma de creatividad alternativa es la promesa de un obstáculo cuyo crecimiento representa la variante incalculable en el territorio del desorden,* el final, desconocido pero real, del estado de subordinación y de la condición tributaria.

Pero existe otro fenómeno social importante que no se puede considerar negativo antes de haberlo colocado en la perspectiva del nuevo paisaje neofeudal. Y es la *tendencia a la disgregación de los grupos.* Tampoco dicha tendencia, como ya hemos visto, es cultural de forma abstracta, sino que es la consecuencia inmediata del proceso de desquebrajamiento iniciado con el desplazamiento de los centros de poder fuera de los ejes del equilibrio de la comunidad general. Por esa razón, la disgregación es proporcional al crecimiento de las nuevas concentraciones de poder y, como tal, resulta ser un mecanismo implícito de dominio. Pero también es proporcional al crecimiento del fermento de la creatividad hostil, y en ese sentido figura entre los datos del cambio revolucionario, y en todo caso debe valorarse fuera de la cultura que sólo conoce el valor y el peso de las grandes concentraciones, que contrapone de forma simplista lo *constructivo* a lo *destructivo* sin haber vuelto a calcular los datos del nuevo paisaje.

3. Territorios y población en la condición neofeudal

Todos los pueblos y todos los territorios son igualmente tributarios de las concentraciones tecnológicas,

deben su vida absolutamente a los nuevos castillos; pueden estar protegidos, pero la protección forma parte de la lógica de su disponibilidad y de su ofrecimiento a la destrucción.

En consecuencia, el tributo primordial es la vida. El tacticismo militar, la percepción del tributo y la amenaza de destrucción son los tipos de intervención en el territorio. Las poblaciones del territorio pueden expresarse enrolándose como mercenarios, combatiendo espontáneamente en defensa de lo que consideran amenazado o dedicándose a la rebelión. Como todos esos actos se producen al descubierto, es decir, sin remisiones simbólicas a las convenciones del derecho y de las formas jurídicas, es necesario que revistan un carácter de teatralidad máxima, renovando continuamente sus señales, para expresar, acentuar y recuperar la identidad de los grupos dispersos en las zonas de los territorios tributarios convertidas en tendencialmente semejantes.

De hecho, en esa perspectiva, el factor nación, la forma del gobierno y la estructura política son irrelevantes: democracias inmaculadas y regímenes de policía sanguinaria, el buen señor y el tirano subordinado, ocupan codo con codo las zonas dependientes, sin que ello turbe o interese a las concentraciones tecnológicas, que extienden sus confines hasta los límites de sus razones internas de equilibrio y poder, hasta los ámbitos sugeridos como racionales y económicos por la programación autónoma.

La propiedad, igual que la acumulación, puede haber dejado de ser la auténtica señal de contradicción. Aquélla sigue siendo material de conflicto en los territorios del desorden, fuera, no dentro, de la zona del poder. La estructura de las concentraciones tecnológicas se apoya en programadores con sueldo elevado, no en propietarios individuales, y la propiedad es corporativa, no individual, se basa en la disponibilidad absoluta, no en la posesión privada de los instrumentos. Pero, si bien, en ese cuadro, la antigua propiedad privada ha pasado a ser de escaso valor y de carácter difícilmente proyectable, la referencia ideológica a la propiedad sigue, desde luego, presidiendo y caracterizando enteramente la imaginación y la concepción del neofeudalismo tecnológico, y más aún: están en su centro, evidentemente. De hecho, *el fenómeno del neofeudalismo consiste precisamente en la privatización de bloques enteros de actividad humana que se han desprendido de la estructura jurídica y organizativa del estado moderno y de su economía y se han reorganizado de forma autónoma,* dependiente de intereses nuevos. En comparación con los originarios de la comunidad, a dichos intereses hay que considerarlos forzosamente como *privados.*

Los hombres, a quienes la exclusión ha convertido en iguales, están igualmente disponibles, desde la sangre de los rehenes hasta la de los rebeldes, y se ven arrojados por el nuevo desequilibrio de la estructura social a torneos en los que el beneficio del poder es el gasto de vidas humanas; cuanto mayor sea el gasto, menos probable será la apertura de momentos frontales de desafío por parte de la nueva fuerza distribuida entre los fragmentos.

En una situación semejante es posible que se formen *grandes cruzadas,* utilizando los impulsos voluntaristas de la intensa tendencia a la disgregación social, los intereses amenazados de forma inmediata por la fragmentación, la necesidad apremiante y natural de creer en las imágenes tranquilizadoras del estado entero y potente, de las instituciones centrales, de los grandes símbolos (siglas y banderas), con una adhesión tan frenética e intolerante como la hostilidad que produce y multiplica la disgregación.

En realidad, las cruzadas constituyen una forma de absorber y de canalizar la cantidad de violencia social y la dislocación del poder fuera de los mecanismos de equilibrio y de control del estado de derecho. Todo hace pensar que la época de las nuevas cruzadas está apenas comenzando. En realidad, hay demasiados intereses expuestos al choque con los grupos hostiles nacidos de la fragmentación de las estructuras jurídicas y políticas, y demasiada necesidad de revestirlos con un

sentido, una fe, una bandera que haga posible batirse por su supervivencia y compensar la soledad provocada en el centro de la estructura social por la emigración del poder.

Por otra parte —piénsese en la situación brasileña—, por las mismas razones se dibuja el fenómeno de *nuevas compañías de aventureros:* la policía, en bandas armadas, se extiende por el territorio desprovisto de ley, porque ve que no puede haber diferencia entre horario de servicio y tiempo libre y comprende su propia condición de material que se puede malgastar, expuesto a encuentros mortales, libre para reorganizarse convenientemente en reagrupamientos que buscan la forma de matar sin el vínculo de una regla.

«El miedo nos induce ya a pensar más en la incolumidad que en la justicia», dijo el ex ministro de justicia americano Ramsey Clark para explicar las cada vez mayores violaciones de la ley por parte de los órganos legales en el mundo. No definió el tipo de desequilibrio que origina el miedo. Pero describió correctamente el proceso de distersión progresiva a que están sujetas las estructuras del poder jurídico vacío. El trauma de la aceptación de la sangre (no ocasional y semiclandestina, sino ejemplar y ostensible) revela que el monolito jurídico-organizativo-moral del estado industrial ya está desquebrajado, que en lugar del imperio existen castillos poderosos, que en lugar de invitaciones autorizadas —aunque aparentes e interesadas— a la paz y a la coexistencia social, se lanzan desafíos rabiosos a la lucha sin cuartel. Sólo desde ese punto de vista se puede explicar el nuevo tipo de militantismo de personajes políticos que representan a un poder, es cierto, pero no al estado, en su imagen tradicional de mediación. Piénsese en el tipo de terror utilizado por los coroneles en Grecia, basado, no en el secreto y en la negación (dentro del territorio), sino en la publicidad y en la ostentación del mecanismo intimidatorio, organizado de forma que ponga al mayor número posible de personas en contacto con el riesgo físico. (Los porrazos en la terraza de la calle Baboulinas, es decir, la picota.) Hasta la total reserva de la «junta auténtica» que, como lugar del poder, en Grecia está a espaldas del gobierno, parece una reproducción en miniatura de situaciones (el gobierno invisible) que algunos oficiales griegos han creído ver en otros lugares y poder emplear con un útil margen de anticipación contra una amenaza de revolución, al cambiar (liquidar) el estado antes de que llegase a estar disponible para una gestión nueva. Cuando la sociología neutral se enfrenta a fenómenos extraordinarios de tal alcance, no puede dejar de mostrarse ciega con respecto a las causas, y permanece alejada de toda posibilidad de diagnóstico. Pero sus instrumentos registran a distancia las oscilaciones de un sistema misterioso y profundo. Ejemplo de ello es el singular «error», en el estudio de Feierabend, Feierabend y Nesvold sobre la *curva de la violencia,* observado por Richard Drinnon *(The Rethoric of Evasion,* Lewisburg University, 1969). Los tres autores creen poder extraer de las variantes de la curva en 84 países, en los últimos treinta años, un orden de explicaciones sobre el fenómeno de la violencia. Llegan a la conclusión de que la violencia es mínima en los estados tradicionales y en las sociedades industriales avanzadas, y máxima en las sociedades en transición. Pero, como vacilan a la hora de reconocer el carácter de sociedad en transición (es decir, en movimiento hacia lo desconocido) a los países más avanzados socialmente, se encuentran con una distancia llamativa entre teoría y datos: la violencia en las sociedades industriales avanzadas es alta y va en aumento en un punto de la curva en el que el valor debería ser mínimo. Y, en lugar de la hipótesis de que quizá esté sucediendo algo inédito, prefieren imaginar un «*demonstration effect*» extraordinario de los nudos de tensión del mundo sobre las subculturas minoritarias interiores de las sociedades avanzadas. En cualquier caso, el sismógrafo ha registrado una sacudida potente, aun cuando no consiga describirla. Semejante cantidad coherente de violencia no sería posible, si los territorios y las poblaciones en cuestión no se hubiesen visto implicados en una transformación mu-

cho más profunda que las indicadas por el lenguaje político tradicional y por el análisis sociológico normal.

4. La vida en los territorios neofeudales

¿De qué forma puede haber cambiado el trabajo la nueva situación? Ante todo, la fragmentación de las identificaciones y de los símbolos que estaban en relación con la continuidad y la estabilidad del estado (desde un centro ideal y jurídico hasta las estructuras económicas e industriales) debe de haber provocado una «clarificación» especialmente para quienes estaban acostumbrados a reconocer una participación personal y creativa en su trabajo de «dirigentes». Es decir, puede haber contribuido a consumir hasta la evaporación la euforia de la función directiva, creativa, semicreativa y de investigación, basada en contribuciones imaginadas como originales. En realidad, han faltado de improviso la dimensión horizontal común (un mundo de valores homogéneos en que todas las instituciones son capaces de provocar círculos concéntricos de adhesión, admiración, atracción, respeto, en la comunidad general) y una dimensión vertical (carrera) que tiene valor de «*erga omnes*» (un dirigente industrial lo era, igual que un coronel de húsares, aun fuera de la fábrica, con lo que recibía un prestigio que podía gastar en cualquier moneda). La desaparición de esas dos referencias ha reducido hasta las funciones más prestigiosas al hueso de la relación jerárquico-asalariado de dependencia, con lo que ha producido una serie de diferenciaciones: la raíz creativa tiende a disociarse del lugar de trabajo en una hendidura cada vez más amplia en que uno u otro de los dos términos acaba por perderse (la persona se reduce a un ejecutor subordinado para humillarse en el interior del grupo de poder, o bien exacerba los caracteres creativos, individuales, incompatibles, que la oponen a la organización); por eso, los creadores tienden a desacreditar la función directiva-integrada, aunque prestigiosa, y el fenómeno provoca un florecimiento del neoartesanado. Por otra parte, esa serie de desdoblamientos no producirá probablemente una crisis de la sucesión en las funciones directivas, sino una concretización intensa de caracteres humanos: se cerrarán y, después, se opondrán culturas diferentes y extranjeras, privadas progresivamente de la mediación de los creadores intermedios, de los semiasimilados y de los semidirectores. Los nuevos adeptos el neoartesanado irán a poblar la parte no estructurada de los nuevos territorios y se situarán con recursos para la supervivencia en el denso florecimiento de los grupos. Y los directores, depurados de los componentes culturales espúreos, se verán cada vez más constreñidos entre el impulso a la militarización y el deseo de indentificarse a lo largo del recorrido trabajo-apartamento-televisor. La identificación (ser nadie, ser anónimo, ser invisible) se convierte, de hecho, en el recurso para escapar al choque social, al encontronazo con grupos exteriores formados y caracterizados por la creatividad hostil, para quienes «han quedado en medio» y querrían no tener un uniforme. Por eso, llegará a ser necesario fortificar tanto el lugar de trabajo como la vivienda, mientras que la función «ventana abierta al mundo» de macroimagen y de macrohorizonte seguirá confiada a la televisión (el nuevo fresco, la nueva capilla). Un panorama homogéneo, amplio y accesible, en proporción al avance social, se transforma en lugares pequeños y fijos, por un lado, y en imágenes inalcanzables e incontrolables, por otro, un orden semirreligioso de información contra la fijeza limitada de un pueblo cuyas entradas están vigiladas, cuyo exterior es peligroso. *La fortificación del lugar de trabajo* es un fenómeno extenso que presenciamos en muchos puntos delicados de las sociedades industriales complejas, sujetas al tipo de transformación descrito (anunciada de antemano por tarjetas, salvoconductos y controles de todas clases).

La fortificación de la vivienda resulta motivada por la intensificación del desorden social, y la cantidad de defensas se convierte en el índice del valor auténtico de los apartamentos. El caso de Crystal City, en Washington, donde decenas de miles de personas pueden

vivir, trabajar, comprar y llevar una vida social limitada, pero completa, sin salir nunca de una zona completamente controlada por redes de guardias y de cámaras de televisión, es un ejemplo llamativo de la tendencia: «En el trascurso de unos años», se lee en el Informe de la Comisión Nacional sobre las causas de la violencia en América, «esta será la imagen de la ciudad: torres y recintos urbanos protegidos por guardias privados y por dispositivos de seguridad, unidades fortificadas para ciudadanos de sueldo elevado».

En cualquier caso, la red de relaciones individuo-estado, individuo-comunidad, individuo-partidos políticos, individuo-prescripción común de la ley queda interrumpida y desviada por recorridos profundamente transformados en que dominan las polarizaciones entre grupos diferentes y entre antagonismos múltiples.

En esa situación, las comunicaciones son, primordialmente, la pantalla encendida, es decir, una cantidad continua y difusa de contacto, que precede a la información específica, de igual forma que la religiosidad precede a la elección teológica y a la denominación religiosa particular.

La pantalla-techo-cielo, que ocupa la imaginación, la fantasía y la atención en el interior de las zonas protegidas es la única luz general sobre la torre o sobre el pueblo particular en que cada uno ha quedado bloqueado por los acontecimientos.

A los creadores, la televisión-catedral los atrae y repele, al establecer relaciones densas y ambiguas con el neoartesano y su grupo. Los neoartesanos, atraídos por el hormigueo del trabajo, extraños a la imagen general, depositan con fascinación y reluctancia en la «fábrica» nunca acabada de la televisión sus contribuciones parciales, perfectamente acabadas y estructuralmente incoherentes. La imagen general se convierte en el símbolo de un poder evasivo y antagonista que en cierto modo intenta servir sólo a sí mismo, polaridad elástica que cuenta con sobrevivir a las incursiones violentas a causa de su naturaleza varia.

Cuando la medievalización es completa, la información oscila, en ciclos apretados, entre apología, reticencia y autonomía, e intenta pagar los tributos que se le imponen sucesivamente, mientras deposita los testimonios del pluralismo de las contribuciones y de diversidades evanescentes y variables, en contenido y en estilos, al servir a diferentes señores. De esa forma, la pantalla encendida asume una función de ilustración épica, indirecta, agitada. Pero también redundante, exuberante, rica. No satisface a nadie con su mensaje, pero satisface a todos por el hecho de existir, con tal de que proporcione una presencia estable. En las pantallas la imagen del desequilibrio se recompone, al dar sensación de plenitud en lugar de vacío, de protección en lugar de peligro, de coherencia y continuidad en lugar de fragmentación, de luminosidad en lugar de ceguera. Entonces, el estudio de TV aparece como cero de la catedral, luces, rostros y espectáculo ritual de palabras, en torno al carácter sagrado del televisor encendido (la lucecita roja).

«La transformación de los horrores del mundo en espectáculo» (Morin) imprime coherencia y unidad a las muchas tragedias de la fractura, y, entretanto, las exalta al remitirlas al cielo de la transmisión. De esa forma, contextos y órdenes culturales diferentes (China, América, URSS, como francos, romanos, longobardos) se vuelven comparables y comunicables a la luz de la teología unificadora de la imagen.

Desde ese momento, cualquier acontecimiento, aunque sea trágico, adquiere una connotación estética que se vierte en la conciencia de los nuevos protagonistas de cualquier episodio de rebelión y de separación. Por eso, la presión de las imágenes se mueve en el mismo sentido de la disgregación, a la que proporciona un orden sugestivo de referencias visuales y de representaciones estéticas, en el ámbito alterado —por tanto, lleno de ecos y de reverberos— del espacio dilatado y del tiempo comprimido. Se alzan entonces los «enemigos de la información», que, presas del torbellino de la sugestión estético-religiosa, confunden la televisión con

el origen de la crisis. Y, como los monarcas débiles, vengativos, que tenían la costumbre —y la obsesión— de dejar ciegos a los reyes prisioneros creyendo poder preservar así la unidad del imperio, intentan continuamente apagar la pantalla. Cuando y donde lo consiguen, se encuentran entre las manos el guiñapo de un fantasma inerte, mientras los episodios del desquebrajamiento, sus reflejos, su narración épica, continúan en otro lugar.

Entretanto, el enciclopedismo y la manualística representan el intento de trabajo de los grupos desalojados o que están emigrando de las sedes institucionales de la cultura. Es el intento de reconstrucción de un saber universal que pueda desmontarse en partes móviles, dislocarse en estructuras portátiles, capaz de soportar la intensa carga pedagógica de los expertos separados de sus propios instrumentos, que de forma más o menos deliberada, más o menos consciente, se mueven hacia el autodidactismo de los nuevos grupos: las clases excluidas de siempre, que penetran a través de los muros rajados del trauma del desequilibrio, y las generaciones más jóvenes. Para todos esos grupos la conciencia de tener que crear una nueva ciencia, capaz de enfrentarse a la nueva vida, puede quedar, a veces, sumergida por desórdenes y tempestades síquicas (la tentación de la locura, de la magia, de cualquier otra compensación privada e interior al desquebrajamiento social) y por olas de regreso de la cultura antigua que sigue proyectando la imagen de estructuras sólidas y coherentes. Y, sin embargo, la tendencia a la búsqueda de una nueva ciencia, comenzando por la necesidad de recuperar inmediatamente un orden de experiencias inéditas, vuelve a presentarse persistentemente. De hecho, las experiencias inéditas se manifiestan de modo violento e inevitable en el trauma de la imposibilidad (la escuela imposible, la medicina imposible, la casa imposible, la ciudad imposible, la investigación imposible) e impulsan a buscar, aun de las formas más elementales, una nueva organización, mental y práctica, mientras se extrae de las estructuras vacías o perdidas, y se cataloga, todo lo que todavía puede ser útil.

La creatividad queda casi totalmente absorbida por la exploración de las nuevas actitudes vitales, de los espacios disponibles, de las diferentes soluciones organizativas. Y, por esa razón, queda limitado el espacio y el interés para el empleo de la energía creativa en aventuras fantásticas (literatura, poesía, novela). En el desafío entre realidad e imaginación prevalece la invitación a una realidad «fantástica» por lo que tiene de misteriosa, peligrosa e inédita (y también porque el impulso hacia el compromiso directo lo proporcionan las trombas sucesivas y compactas de acontecimientos dramáticos que demuestran que se está entrando en una época nueva). Pero la búsqueda apasionada de modelos que colocar en el vacío conduce a una intensa producción hagiográfica: héroes, dirigentes, rebeldes, liberadores, así como santos y teólogos, para indicar puntos altos («avanzados») capaces de dar un sentido a la dificultad y al esfuerzo de la nueva experiencia.

¿De qué forma sobreviven o se reorganizan los comercios en la situación neofeudal? Es evidente que las nuevas concentraciones del poder, después de haberse asegurado el derecho a controlar la regulación y el intercambio de la riqueza y de haber privado todas las decisiones fundamentales de relación alguna con el mercado, no tienen intereses esenciales y directos en la vida comercial. En consecuencia, cualquier grado de desorden afecta mal y poco a las nuevas concentraciones, lo cual reduce mucho las razones para intervenir en la protección de las actividades y de los intereses privados. En las nuevas condiciones neofeudales el dato que hay que calcular es un riesgo más físico que económico, al cual el comercio, que tiene estructuras difusas y descentralizadas, y un problema continuo de dislocación de los productos, está expuesto de forma especial. Como el coste de la protección individual es tan alto, que resulta imposible, una vez más se busca el punto de equilibrio entre el aumento del riesgo y el aumento del interés.

Los ensayos para una nueva organización de la vida estimulan, en las zonas avanzadas, consumos de todas clases (aun cuando muchas veces los productos se usen fuera del contexto original para el que estaban previstos), producen una destrucción y un derroche febriles, imponen nuevos usos, nuevos empleos, nuevas costumbres. Los grupos de la sociedad desquebrajada no están al principio en condiciones de producir, pero influyen indirectamente, a través de los modos y caracteres de su éxodo, de su reorganización y de su reconstrucción y desmantelamiento continuos, en las expediciones comerciales que atraviesan y abastecen sus territorios. El nuevo comercio tiene por fuerza que aceptar estabilizarse en una serie de equilibrios provisores y de reajustamientos sucesivos. Por el lado de los intereses de categoría muestra todavía su cara hostil a los cambios, a la búsqueda de garantías, protecciones y seguridades autoritarias, y desempeña la función tradicional de conservación. Pero, en el campo, sabe actuar preferentemente al descubierto, sabe que la destrucción del supermercado es una iniciativa como cualquier otra a disposición de los diferentes contendientes (incluidos los grandes núcleos del nuevo poder feudal) e intenta pactar. En cualquier caso, se producen alteraciones llamativas en las curvas tradicionales de la demanda. La nueva curva muestra una depresión en el centro (la demanda de productos de larga duración) y sube en los dos márgenes, el de los productos de primera necesidad (comida, vestidos, artículos e instrumentos para la supervivencia) y el de los relativamente superfluos, de especialización tecnológica ligera y refinada (*software* electrónico, tomavistas, magnetofones, transmisores, instrumentos de reproducción y comunicación), es decir, el material indispensable para la organización de nuevas autonomías. Hasta que el fenómeno acabe por extenderse de la captura de un producto por la violencia o mediante el hurto (o de la presión sobre las formas de organización y de distribución de los productos de utilidad inmediata) a la reorganización por grupos y por bloques de los puntos de venta. Por ejemplo: los supermercados completamente protegidos de Crystal City, y, en los territorios exteriores, las tiendas de artesanía de los nuevos grupos, prefiguración y anuncio de un desdoblamiento cada vez más profundo de las diferentes polarizaciones, en que cada grupo tenderá a consumir directamente lo que ha producido.

5. La decadencia en la formación y en la vitalidad del consenso, como señal de cambio

La crisis evidente del aparato del consenso comercial y económico motiva, por otra parte, la sospecha legítima de que *todo* el consenso sea igualmente accesorio, no necesario y eliminable. O, mejor, de que esté reducido a condiciones operativas de calidad marginal, si todas las decisiones de importancia definitiva, así como los límites, los niveles, las direcciones de la investigación, y las zonas del desarrollo tecnológico son secretas, remotas y *privatizadas*, en el interior de centros que ya no muestran interés ni incentivo alguno hacia el compromiso con los intereses de todos.

En el estado moderno nadie ha trabajado nunca desde dentro para destruir su propio margen de credibilidad, su propia imagen, fundada o ilusoria, de imparcialidad, su propio derecho, aunque sea aparente, a la representatividad más amplia posible. De hecho, en términos de política tradicional, semejante empresa debería considerarse suicida. Pero si un fenómeno así se produce, *si hombres encumbrados de un país muy estructurado democráticamente, de estructuras delicadas y sensibles basadas en la mediación, deciden producir sacudidas explícitas, violentas, ostensibles de forma llamativa, de polarización impulsada hasta la ruptura, entonces el gobierno no es sino un comando, un núcleo militante entre otros, y el proceso de disgregación, tanto del consenso general como de las instituciones «de todos», ya ha comenzado.* La pesada mano del poder privatizado tiende a usar brutal y abiertamente a todos los grupos por igual, unos contra otros, hasta la última gota de

sangre, aun cuando se mantengan los ritos de las instituciones tradicionales. En ese caso, el resultado tenderá a ser un centro ciego, inmóvil y sin fuerza, rodeado de grupos vitales, pero alejados de las posiciones de lucha y sin interés por evitar el desastre.

En ese cuadro, la imprevista y evidente reivindicación de autonomía en cadena por parte de grupos situados en el interior de las estructuras esenciales (las burocracias, las policías, las magistraturas), que antes estaban situadas a lo largo de líneas compactas y coherentes, suena como un «sálvese quien pueda», como un crujir del imperio que precipita dentro una reorganización de polaridades neofeudales. Puede también no llegarse al final apocalíptico de esa línea de perspectivas, e imaginarse que quede disponible el espesor protector de un amplio margen de tiempo entre las primeras señales y la verificación de la hipótesis. Y, de hecho, sigue existiendo una diferencia muy grande —por lo menos en cuanto al grado de maduración de ese fenómeno— entre unos países y otros. No obstante, el repertorio de dichas señales revela su clamorosa novedad. Por eso, no es injusto interpretar, en este sentido, ciertas señales de decadencia en la formación y en la vitalidad del consenso. El consenso —fundamento del estado democrático— aparece desvalorizado, reducido a una *opinión* formada bajo una *presión* y usada como una *decisión*. Al final de dicho proceso, la decisión aparece por lo menos tan irrelevante como un parecer consultivo, un punto de vista privado.

En ese contexto, no destruye el consenso una ideología que lo rechace en nombre de exigencias y ritmos de la historia diferentes (la agresión desde el exterior contra el procedimiento democrático-liberal), sino un marchitarse interior determinado por el abandono del poder: una *ghost-town**, que perdió su significado esencial, desde el momento en que (en caso de que esta hipótesis tenga algún fundamento) el poder trasladó a otro punto sus garantías, sus intereses y sus defensas, desde el momento en que su economía no requiere controles ni los puede tolerar.

* «Ciudad desierta, abandonada.» (N. del T.)

6. Algunas noticias de las zonas del desorden. El drama jurídico

Un gigantesco impulso a la reorganización social que parte de una fractura en el centro tiene por fuerza que producir un fuerte impacto en la fisiología de las zonas marginales. Su desquebrajamiento, vivido en varios grados de conciencia política, desde el nivel complejo de la ideología al del simple cambio existencial, nacería, por tanto, no sólo de los impulsos que desde el exterior presionan con el furor de la reinvindicación contra el muro de la exclusión, sino también de un proceso de disgregación que libera constantemente nuevas polaridades autónomas, cargadas de potencial creativo y destructivo. La disposición de los fragmentos —o puntos de nacimiento de los nuevos grupos— traza un mapa inestable que se superpone a la imagen tradicional de la realidad, en que las estructuras sociales siguen pareciendo sólidas y coherentes, siguen influyendo también en la lectura ideológica y en la iniciativa política.

Sin esa percepción del fenómeno de la disgregación que se realiza y desarrolla a través de aberturas en el repertorio interior de las estructuras sociales, resulta difícil explicar la explotación contextual de la imaginación destructiva, precisamente en las zonas de la cultura más difusa y avanzada, y la rebelión de los estratos semiproletarios y de las subculturas conflictivas, precisamente en las zonas donde parecía posible la solución gradual y la integración.

Esa es la razón por la que el proceso judicial, tan imperfecto en su inadecuación legal y política, puede considerarse como el momento imaginativo más llamativo de la cadena de aberturas y de los momentos de nacimiento de las nuevas culturas. Porque permite una confrontación clamorosa entre orillas que se alejan, y

porque su descripción-celebración es el material de una nueva imaginación épica. Y se puede hablar de *drama jurídico,* de la representación teatral que se celebra en los tribunales y cuyos actores son la policía, la clase media y los nuevos rebeldes, como zonas igualmente autónomas que se juzgan recíprocamente, asentadas sobre las ruinas de las estructuras vacías del estado.

A esa representación épica, que tiene sus documentos y su arte, pero vive más en el reverbero oral y de imágenes que en la página escrita, corresponden sistemas organizativos separados, cuya referencia son las comunicaciones entre grupos dispersos que se ofrecen servicios comunes recíprocamente.

Y, en el centro del *drama jurídico,* se repite la señal del furor agresivo, pero también misionero y declamatorio, con que los rebeldes intentan decir, en el proceso, la acción absurda de que todos, hasta las otras partes, son protagonistas y sujetos.

Julius Lester ha intentado hacer una primera sistematización histórica de las oleadas de desquebrajamiento sucesivo que conducen hacia una distribución completamente inédita de los nuevos grupos y de su infinita capacidad para generar otros grupos. Al principio, en América, el Movimiento se componía de amplias formaciones unitarias, a través de estructuras extensas y de intereses prevalecientes de mediación (compromiso no violento, propaganda, persuasión, presión hacia el interior del cuerpo social, impulso hacia las instituciones, criticadas por elecciones estratégicas, pero revestidas de confianza en lo referente a la autoridad, al significado y a la función). El Movimiento tenía fuertes concentraciones territoriales (las masas pobres en amplias zonas del sur) y una marcada distinción entre masas y *leadership* (burgueses e intelectuales de la clase media a la cabeza de los pobres). Tenía proyectos complejos y articulados, que se extendían en el tiempo y radicaban en un lugar *(Mississippi Freedom Party, Mississippi Summer Project,* y todas las iniciativas más importantes de Martin Luther King). La fase final de ese ciclo de la historia del Movimiento fue la primera rebelión de

Berkeley (1964) y el *Free Speech Movement:** una manifestación ya clamorosa y completamente nueva (la «falta de respeto», el «lenguaje inaudito»), pero todavía dirigida a la conquista de espacio interior.

La segunda fase se abrió cuando los vínculos con las estructuras políticas empezaron a dejar de funcionar. El impulso, que iba del «exterior hacia el interior», se convirtió en éxodo agitado, fuera y lejos del centro de las estructuras sociales.

Entonces, el Movimiento se volvió autónomo, porque se convirtió en una polaridad diferente de la sociedad política regular. Pero, una vez perdido el contacto con los intereses de mediación, la exigencia de identidad tenía que producir por fuerza una radicalización progresiva. «Entonces, el Movimiento se convierte en una sociedad separada, con sus periódicos, su estilo de vida, su moralidad». Pero el rechazo de las mediaciones, y la disminución de la atracción hacia el centro, es también la pérdida de un modelo unitario (las instituciones y su organización y coherencia) y el impulso hacia la gran diversidad. La enorme diversidad deja emerger y desarrollarse, en busca de otros modelos, grupos siempre nuevos, con una autonomía cada vez más marcada y más fuerte. El gran rechazo —*que ciertos acontecimientos internos de importancia en la sociedad organizada han vuelto inevitable*— tiene que producir por fuerza un gran desequilibrio, y dicho desequilibrio se expresa en un desquebrajamiento amplio y compacto, que es la negación directa de las estructuras desacreditadas y abandonadas. En resumen, la sistematización histórica de Lester parece confirmar desde fuera, mediante la observación exterior, las consecuencias de la abertura producida en el interior y en el centro de las estructuras sociales.

Una prueba de esa situación es el ferviente aumento de los dirigentes locales, de base, de barrio, de grupo.

Una segunda prueba es el estado de las informaciones. Los medios de comunicación de masas y los grandes

* «Movimiento en pro de la libertad de expresión.» (N. del T.)

periódicos, que en su encarnación liberal y progresista habían podido convertirse en vehículos de información de la primera parte de la historia del Movimiento, ahora ya no son, ni siquiera de forma indirecta, la voz de los nuevos grupos. Ahora la voz son muchas voces, de extensión limitada y de alcance local, pero totalmente autónomas.

El Movimiento no es otra cosa que un territorio, el territorio libre de la capacidad de control y de gestión coherente por parte de las instituciones, recorrido por las incursiones del militantismo represivo espontáneo, por las policías, por los funcionarios aterrorizados, y a intervalos misteriosos (de acuerdo con una lógica remota y extraña), invadido por los proyectos de represión y de destrucción de los nuevos poderes neofeudales. El territorio explota en muchos puntos locales sus instrumentos de información, reduciéndolos, en caso necesario, hasta al paso de la noticia de boca en boca. Por esa razón, por lo menos al nivel de la percepción fisiológica del fenómeno, es difícil individualizar una organización, un grupo, un instrumento (¿violencia? ¿no violencia?), una fórmula que sea *la revolución.* Son revolución los grupos estables (establecidos en el interior de la ciudad desquebrajada e inhabitable) y los grupos errantes (que individualizan hasta en el nomadismo la extraña linde de la nueva existencia); los grupos existenciales sin interés por definir las razones de la separación que viven y del choque que experimentan, y los grupos políticos, que vuelven a definir continuamente las razones de su cambio total (pasando por grados sucesivos de diferenciación y de desquebrajamiento a cada nuevo esfuerzo de sistematización cultural); las comunas de supervivencia, que escogen para vivir lo que es posible, y las comunas misioneras, que intentan prefigurar la forma racional de vivir. Pero hasta los «vigilantes», los comerciantes armados, los «padres de familia» que quieren organizar una defensa, las escuadras que comparecen de improviso para realizar dicha defensa, espontáneas u organizadas «en otro lugar» como alternativa útil en el «juego del conflicto».

Todo eso hace que sea muy difícil catalogar los nuevos comportamientos con los instrumentos de la cultura tradicional, torpes e imprecisos como las «manos» del experimentador atómico que intenta manejar fragmentos radioactivos delicados con movimientos mecánicos rudos. ¿Es más ridículo el episodio del aprendiz de una ciudad de provincia francesa que se prendió fuego, al verse cogido entre la amenaza de perder el trabajo y la orden de cortarse los cabellos, que el de Jan Palach, o que el de los jóvenes sudvietnamitas que realizaron el mismo gesto tremendo después de una declaración política? ¿O muestran todos ellos la misma intuición deslumbrante y terrible de haberse visto arrojados por un violento movimiento desequilibrador en un enredo insensato en que el cuerpo (para vivir o para destruir) es por lo menos una identificación racional y humana?

Es probable que, en un primer censo, el fluir persistente y evanescente de los grupos se distinga sobre todo por la vitalidad creativa o destructiva que —en el vacío de modelos culturales de la nueva situación neofeudal— da preferencia a los comportamientos antes que a las declaraciones.

El potencial liberado —de creatividad y destrucción— de todas las polaridades producidas por el desequilibrio es el nuevo material social que contiene, como una célula viva, todo el secreto del futuro.

El movimiento desequilibrador de las nuevas concentraciones del poder iba dirigido a la anulación de un obstáculo: el control que habría impedido la apropiación de la investigación y de las zonas avanzadas de la tecnología, el control que habría permitido participar en la decisión con respecto a los recursos y a la organización del futuro.

El desequilibrio ha permitido la privatización del poder y de sus instrumentos más preciosos (el conocimiento científico y las elecciones tecnológicas determinantes), pero al mismo tiempo ha puesto al descubierto la perentoriedad de las exigencias sin condiciones, de la creatividad hostil, de la autonomía antagonista, de la búsqueda desesperada de nuevos niveles de con-

ciencia, conocimiento y organización. Toda la energía, toda la invención, todo el dolor, toda la voluntad, toda la provocación, toda la inteligencia, toda la agresividad emergen sin moderación del edificio desquebrajado de las armonizaciones imposibles.

Como raras veces ocurre en la historia, el furioso impulso inventivo de la nueva creatividad, privada de mediaciones, tiene libertad para afirmar sus pretensiones increíbles, su exigencia total, y está expuesta al riesgo extremo de dar o recibir la destrucción total. El poder de los nuevos castillos es inmenso, pero el desafío procede de lo que ha liberado involuntariamente y ya no puede controlar.

Los nuevos grupos han perdido el centro, el gobierno, los señores, los símbolos, las defensas institucionalizadas y las protecciones por delegación. En el abandono y en el vacío encuentran, para existir, la base elemental de la supervivencia que debe reinventarse, el punto de partida desde cual todo vuelve a ser posible.

Si todo eso ha ocurrido, ha comenzado ya la aventura peligrosa y nueva de la Edad Media post-tecnológica.

FRANCESCO ALBERONI

Escenario de poder

A. HIPÓTESIS SOBRE LA DISTRIBUCIÓN DEL PODER

1.

Durante los últimos ciento cincuenta años la potencia de una nación, vista en perspectiva a largo plazo, ha estado determinada fundamentalmente por el grado de desarrollo tecnológico y por la dimensión de su territorio:

$$P = f(S, T)$$

Pero el territorio es aquello sobre lo que se ejerce la autoridad soberana del estado. Es decir, que los territorios extraestatales, protectorados, colonias, subordinados económicamente, no cuentan; lo único que cuenta es el territorio metropolitano en sentido estricto, entendido no sólo jurídica, sino también históricamente.

Los únicos países que tenían esas condiciones a finales del siglo XIX eran la URSS y USA.

La nación hegemónica, Inglaterra, tenía un vasto imperio, es cierto, pues su territorio metropolitano era muy

modesto. Y lo mismo ocurría con Alemania. Después de las dos guerras mundiales, ambas naciones perdieron su carácter de potencias mundiales.

El colonialismo y el nacionalismo de comienzos del siglo fueron intentos de suplir aquella carencia, sobre todo cuando se intentó (Argelia, Angola) extender la zona metropolitana con artificios jurídicos. La ideología del *Lebensraum* expresaba la conciencia de la importancia del territorio para la determinación de la potencia futura.

Después de la guerra mundial, sólo China representa las mismas características. La constitución del estado chino en su territorio histórico lo convirtió en una potencia como USA y URSS.

En los próximos cincuenta años podrán encontrarse en situación semejante sólo Australia, India y Brasil. No Japón, pues carece de T.

2.

La integración política (estatal) de un territorio es la base de su potencia. El estado es un factor esencial del desarrollo económico. Tanto la planificación socialista como la política macroeconómica en los países capitalistas son las consecuencias de ese hecho.

La modalidad de unificación nacional en el siglo XIX presupone el desarrollo de un mercado, de hecho o de derecho (ej.: *Zollverein* *), pero después hace falta la conquista efectiva de una organización estatal preexistente.

La simple integración económica (mercado) no produce la unidad política. Al contrario, es la unificación política la que da sentido a la economía.

Hoy los países europeos occidentales:

a) Carecen de una dimensión T bastante amplia.

b) Carecen de un núcleo de potencia unificador.

Al contrario, se encuentran en un campo dominado

* **Unión aduanera. (N. del T.)**

por la URSS y USA, que tienen dichas características, es decir, que son estados. Sólo uno de dichos estados podría unificar Europa. USA podría haberlo hecho en 1945. Si pudiese, la URSS integraría todos los países europeos en su sistema político a través de la burocracia de los partidos comunistas. Pero al primero ya no le interesa; al segundo se lo impiden. Como no se ve qué interés conjunto pueden tener para crear una nueva potencia, podemos suponer que ambos obstaculizan el surgimiento de un nuevo estado.

Pero resulta que el desarrollo económico-científico europeo está establecido a un nivel inferior.

3.

La función de potencia P = f (S, T) se refiere al estado. T es importante, porque representa el grado de autarquía posible, es decir, de autonomía posible. Los estados que quieran conseguir el máximo de P, deben obtener el máximo de S (ya que T viene dado) y tienden a la autonomía en el desarrollo técnico-científico.

No deben depender de otros en lo que se refiere a recursos científicos-tecnológicos esenciales. Por esa razón, no existe mercado de los recursos científico-tecnológicos para la potencia del estado.

La relación exportaciones-producto nacional bruto es un criterio para calibrar la dependencia de un estado.

4.

¿Qué sucede, entonces, cuando se produce una escasez absoluta de recursos (a nivel mundial), es decir, cuando el poder de disposición monopolista ejercido por el estado sobre el territorio T ya no es suficiente? Se trata de una hipótesis muy probable en los próximos decenios. Nosotros suponemos, como ley sociológica general, que, en condiciones de escasez, quien tiene un poder de disposición mayor *aumenta* la cantidad de re-

cursos controlados. De ello se deriva que, en condiciones de escasez, se producirá el intento de extender dicho poder monopolista a otros territorios apoyándose en el monopolio de S.

De ello se deriva que se puede prever una *nueva fase de colonialismo directo* caracterizado por la:

a) Gestión a través de una oligarquía de partido burocrática, bajo la primacía del partido del país dominante (burocracias de partido estatales y subalternas).

b) Gestión a través de burocracias militares que, gracias a las alianzas militares y a los honores de gobierno, generan una oligarquía y burocracias estatales militares estatales y subalternas.

Las dos modalidades son ya hoy características: la primera de la URSS y la segunda de USA. Es de prever que la URSS continúe la formación de una oligarquía de partido supranacional con hegemonía en el centro. Los gobiernos de los estados particulares (salvo la URSS) son subalternos burocráticamente. Su «rebelión» es insubordinación administrativa (v. Checoslovaquia, Hungría). La URSS intenta gobernar manipulando el consenso.

Para USA, las alianzas militares, en las que cada vez con mayor frecuencia los miembros son gobernantes de sus países (Grecia, Turquía, Vietnam, Brasil, etc.), podrían ser el punto de partida para la formación de una oligarquía militar en que las oligarquías de cada estado particular (salvo USA) sean subalternas burocráticamente. La rebelión podría conducir a choques armados (v. Corea, Vietnam).

Esa tendencia podría llegar a ser dominante en condiciones de escasez. Si pudiese, la URSS intentaría sustituir la oligarquía de partido china por otra más dependiente burocráticamente. En América del Sur, USA intentará gobernar cada vez más a través de un sistema militar unificado.

En el fondo, ese es el significado de Vietnam (en España, Grecia y Turquía el proceso ha tenido éxito). En Vietnam no se ha implantado ni el modelo ruso ni el modelo americano.

Frente a una nueva fase de nacionalismo. En la primera mitad del siglo los movimientos de unidad nacional se representan del modo siguiente: mejoramiento de la vida = progreso económico = progreso social = = desarrollo científico.

El patrimonio técnico-científico se consideraba accesible a todos, no monopolizado. Con el monopolio dichos países deben intercambiar sus recursos en condiciones de desigualdad. Como lo imposible se declara (en la ideología) indeseable, en los países en que el desarrollo demográfico sea más fuerte y la potencia menor, habrá una ideología del progreso social *sin* desarrollo técnico-económico-científico.

Excepciones: Australia y países en situación análoga.

Esa ideología es posible tanto en una burocracia de partido subalterna como en una burocracia militar subalterna. Cada una de ellas extrae su fuerza tecnológica de fuera.

5.

Ideologías

Tengamos presente que la aparición de una escasez básica a nivel planetario (población, contaminación, falta de determinadas materias), si bien provoca concentraciones del poder, también genera ideologías que racionalizan dichas concentraciones. Por parte de los dominadores tendremos ideologías que subrayan la necesidad de *administrar para todos* los recursos escasos, es decir, ideologías que justifican la acumulación y la distribución de dichos recursos a quien sabe administrarlos bien, por tanto, a los sectores de tecnología más elevada y más productivos para el *estado* y la comunidad de los estados.

Por parte de los dominados tendremos ideologías que ponen en cuestión la acumulación y la distribución a los sectores de tecnología y productividad más elevadas (porque están fuera de su control) e insisten en la necesidad de *distribuir lo existente* entre todos y de

forma equitativa. Esos son los términos de la confrontación. Por un lado: mucho a quien sabe administrar y aprovechar de forma eficaz los recursos y poco o nada a quien no sabe hacerlo. Por otro: ningún privilegio, lo poco debe racionarse entre todos.

Ideología de la administración centralizada por prioridad productiva e ideología de la distribución con aceptación de la escasez chocarán violentamente en los países que van camino de quedar marginados, como los europeos, en los próximos diez-veinte años.

Es probable que, hacia el año 2000, el mundo esté dividido en cuatro grandes zonas:

a) *Los países hegemónicos* (URSS, USA y, quizá, China), en que prevalece claramente la ideología de la administración centralizada con distribución preferente para los sectores cruciales en el plano científico-tecnológico.

En esos países habrá una escolarización muy fuerte, producción de técnicos y automatización extraordinariamente avanzada (por tanto, absorción de técnicos). En los grupos sociales centrales será fuerte la conciencia del papel histórico decisivo que supone la administración del mundo. Los demás países les parecerán «irracionales», necesitados de tutela y de freno en sus «proyectos absurdos de distribución sin producción». Reconocerán la oportunidad de una austeridad en los consumos, la justicia de ideologías pauperistas, pero afirmarán la «necesidad dolorosa»» de que los escasos recursos se utilicen para lo que es esencial para los fines de la supervivencia del planeta. Su comportamiento y su ideología podrían no diferir mucho de los del «comunismo de guerra» soviético.

b) *Los países en vías de desarrollo.* Estos se dividen en dos grupos. Los del primero (Canadá y Australia) se aproximan al primer tipo. Los del segundo grupo (Brasil e India, sobre todo esta última) tendrán una estructura dualista con la población claramente dividida en sector avanzado y sector atrasado.

El primero podrá congregar sólo el 10-20 por 100 de la población; la parte restante quedará fuera del

proceso y, en ciertos países, como la India, abandonada incluso a la simple supervivencia. La clara segregación entre los dos grupos y la total marginación del segundo hará que los movimientos políticos e ideológicos que se constituyan en dicho sector, aunque sean muy activos, no tengan efectos de cara el relevo. A la larga, en dichos países, las ideologías de los sectores marginados serán de tipo consolatorio.

c) *En los países en vías de decadencia* (por ejemplo, Inglaterra e Italia), las ideologías antitecnológicas pauperistas e igualitarias estarán difundidas hasta en la *élite* política, ya que ésta debe administrar el resentimiento hacia los países hegemónicos y justificar su impotencia (objetiva). Por eso, en dichos países, el ambiente político-cultural se verá más desgarrado por conflictos ideológicos con lenta preponderancia de síntesis político-ideológicas pauperistas y distributivas a medida que crezca la impotencia objetiva.

Y en esos países será en los que el problema de la ocupación y de la población no activa se planteará de forma especialmente aguda e ideologizada.

El empresario, el científico, el obrero están en el centro del proceso social. Poco a poco van perdiendo importancia y van quedando sustituidos por funcionarios de la administración pública. El centro del sistema se convierte en burocracia: burocracia de los partidos, burocracia del estado, de las empresas públicas privadas de los honores del beneficio, burocracia académica, sindical, etc. La equiparación normativa entre obreros y empleados es el resultado de la transformación del obrero, no en técnico, sino en burócrata. Como el sistema produce poco y no necesita innovaciones endógenas, hasta los mecanismos de admisión meritocrática se debilitan: la sustituye la admisión de clientela y de interés corporativo. Se admite no a quien produce más, sino a quien ayuda a asegurar la continuidad del poder y la cohesión ideológica.

d) Después tenemos los países que se encuentran en la misma condición que el sector marginado de los países en vías de desarrollo. En dichos países, todavía

durante mucho tiempo, quizá durante todo el período que estamos considerando, el sector tecnológicamente más avanzado será el militar represivo. Este será el que tratará con las potencias hegemónicas para intercambiar los productos escasos (al precio más elevado) por utensilios tecnológicos y, al tratarse de poder militar, dando siempre la prioridad a los utensilios militares que le permitan realizar funciones de policía en el interior del territorio nacional.

B. El caso de Italia

1.

En el escenario que acabamos de describir, Italia ocupa un puesto preciso. Eso significa poner en discusión una opinión compartida prácticamente por todo el mundo durante los años sesenta: la de que el tipo de crisis atravesado era de la misma especie que las existentes en USA o en Alemania, es decir, que se debía a las contradicciones que explotan con el paso a un nivel más alto de desarrollo de las fuerzas productivas. Todos los que habían trabajado en torno al gobierno de centro-izquierda, eran, en el fondo, de esa opinión, y lo mismo creían los estudiantes de 1968. En el terreno de la teoría económica y sociológica, eso corresponde a la hipótesis más general de que las sociedades avanzan siempre del subdesarrollo al desarrollo, por lo que las preguntas que se formulan son de este tipo: ¿ha habido, va a haber, puede haber un desarrollo, un despegue? Ahora bien, no me parece que se haya puesto tanta insistencia y atención para formular una pregunta de este otro tipo: *¿qué sucede cuando un país industrializado se dirige hacia el subdesarrollo?* ¿Cuáles son las fases del subdesarrollo en términos económicos, políticos, de convivencia social y de vida cultural?

El hecho de que, en general, no se formule dicha pregunta es una cuestión que concierne a la sociología del conocimiento.

A propósito de ello, podemos observar que la historia es la historia de los países y de las clases dominantes, de quienes crean o se apropian el fruto de los recursos productivos. Cuando un país o una clase quedan cortados del flujo histórico dominante, sus problemas dejan de ser relevantes; sus estudiosos, insertos en la órbita dominante, ven los problemas con el punto de vista de los dominadores y se ocupan de los problemas de los países dominantes, mientras sus políticos retroceden a formas más arcaicas de gestión del poder.

Por eso, *la hipótesis de la que parte es la de que problemas como los que se plantean en nuestro país, desde el terreno económico hasta lo referente a las ciudades o a las relaciones clases-generaciones, son propios de una sociedad ya industrializada, pero que cae de un nivel superior a un nivel inferior de desarrollo de las fuerzas productivas.*

2.

En mi opinión, se puede afirmar que en los años sesenta se ha producido en Italia la destrucción del sector más avanzado de la investigación y de la tecnología. Desde la muerte de Mattei hasta el fenómeno último de la rebelión estudiantil (el colapso de la Universidad, la expulsión o aislamiento de los científicos más capaces), pasando por el escándalo Ippolito (CNEN), por el de Marotta (Instituto Superior de Sanidad), por la imposibilidad para la Montecatini de explotar en el mercado mundial el adelanto que tenía gracias a la posesión de las patentes Natta, por la retirada de la Olivetti del campo de la electrónica, por el fracaso a la hora de desarrollar un plan por la electromecánica IRI, por la parálisis del CNR en el período 1969-1972, por el desmantelamiento de los equipos napolitanos —uno de ellos el Instituto dirigido por Adriano Buzzati-Traversi—, corre un hilo rojo de destrucción que ha conducido a Italia a verse en dificultades en

casi todos los sectores, a producir doctores sin calificación y a no poder absorber a quienes tienen grandes competencias en su especialidad. Después de haber hecho este retrato, que podría acompañarse de datos sobre las inversiones científico-tecnológicas, datos que pueden encontrarse fácilmente en el informe de la OCDE sobre Italia, debe añadir, sin embargo, que, en el mismo período, un grupo importante de científicos (y yo mismo) había dado cita a la historia, de acuerdo con la hipótesis de un desarrollo de las fuerzas productivas. Algunos incluso (como Sergio Cotta) temían que fuese demasiado impetuoso y se preocupaban de mediar entre lo antiguo y la emergencia amenazante del «desafío tecnológico». En cualquier caso, por encima de las diferencias de sensibilidad, todos compartían la opinión básica. Y, por eso, hacían proyectos a partir de la suposición de un desarrollo de las fuerzas productivas. Lo mismo ocurrió en otros países. Precisamente, mientras compongo esta relación, tengo delante los trabajos de Richta y de Bienkowsky. Ambos autores, checoslovaco uno y polaco el otro, se planteaban el problema de la función de la ciencia y, de forma más general, de la invención como factor de desarrollo productivo y social; más aún: colocaban dicho factor en el centro del proceso.

Ahora bien, observamos que su destino personal corresponde, hoy, al de sus países: tanto ellos como sus países han tenido que renunciar a ser protagonistas del proceso de desarrollo y de decisión (sobre el que escribieron). ¿Por qué? Porque en sus países no ha habido desarrollo de las fuerzas productivas. Porque sus países han quedado cortados del proceso de concentración mundial de los recursos productivos y del poder, han perdido su soberanía de derecho o de hecho. El fracaso de su línea política no es sino la manifestación del proceso de concentración del poder y de los recursos científico-tecnológicos y, por tanto, militares en las manos de unos pocos países hegemónicos. Y lo mismo se puede decir de Italia y también de Inglaterra.

Naturalmente, las consecuencias del proceso de pérdida de la autoridad afectan primero a las zonas que ya son más marginales. Italia ha conocido más movimientos de rebelión que Alemania; los fenómenos más llamativos de rebelión se han producido (y creo que seguirán produciéndose todavía) en el sur, como en Reggio Calabria. Mientras que en el Reino Unido es en Irlanda donde el conflicto se manifiesta de forma más aguda.

He señalado los hechos más llamativos: pero la dinámica político-ideológica, vista desde más cerca, muestra, entre los años 1965-72, las que podemos llamar señales de la *primera fase del subdesarrollo* en todo nuestro país.

a) Al nivel de los partidos, mientras que entre 1950 y 1960 se estaba produciendo una evolución desde la forma de partidos de notables hasta la de partidos de masa, desde hace algunos años se ha iniciado un proceso contrario. El desarrollo de las corrientes ha correspondido cada vez menos a la reagrupación espontánea de interés de clase en partidos (en cualquier caso) interclasistas y sí a la constitución de zonas de clientela que viven como parásitos del aparato del estado y del paraestado para obtener los recursos con que reforzar su propio poder.

b) Los núcleos de corriente parecen moverse todos en la dirección que llamaré de «régimen». Para entendernos, consideremos la Confederación de los cultivadores directos, que ha sido la primera. Esta entidad es a un tiempo asociación profesional y sindicato, y administra tanto la seguridad social como el crédito, se encarga de la distribución y defiende al comprador: dicho de forma más simple, es, a todos los niveles y a un tiempo, gobierno y oposición.

Análogo proceso experimenta el gobierno en que se reúnen personas procedentes del sindicato, de los ministerios, de la universidad, de las instituciones de la seguridad social, de los bancos.

c) El desarrollo del paraestado, que ha correspondido, en mi opinión, a la aparición de una clase empre-

sarial pública católica que ha derrotado o sustituido a la burguesía privada nacional, más débil, después de una fase impetuosa pierde las características capitalistas competitivas y, sobre todo, los criterios de racionalización capitalista para asumir rasgos asistenciales, con lo que el puesto de la meritocracia propia de la racionalización capitalista pasa a ocuparlo cada vez de forma más amplia, no un elemento socialista (que asume totalmente la racionalidad capitalista y la emplea para objetivos diferentes), sino un elemento precapitalista. La nueva burocracia directiva de partido o, en cualquier caso, política presenta características que Max Weber describió con el nombre de «patrimonialismo de clase».

d) Durante ese tiempo, la economía italiana ha evolucionado cada vez más en la dirección de la exportación de bienes de consumo. Ello corresponde a la incapacidad para crear una demanda pública interior (dado el desquebrajamiento de la clientela corporativa) y para sostener un tecnología que permita la exportación de bienes de producción. De esa forma, el sistema pasa a depender cada vez más de la demanda exterior con su imprevisibilidad, lo cual obstaculiza la planificación.

e) Dicho proceso se vio sacudido en 1968-69 por la rebelión estudiantil, primero, y obrera, después. Pero la ideología expresa, sobre todo de los estudiantes, rápidamente presentó características «populistas». Los grupos de la izquierda católica descubrieron el marxismo bajo el manto del pauperismo de los países del Tercer Mundo, mientras que los grupos marxistas se deslizaron hacia módulos ideológicos de comienzos del siglo XIX, o bien semejantes a los de los guerrilleros sudamericanos. Ya en 1970 hasta Irlanda se convirtió en un ejemplo.

En mi opinión, ocurrió así, porque cuando surgió la conciencia colectiva del movimiento, *ya estaba produciéndose la decadencia de las fuerzas productivas.* Los jóvenes escolarizados que, precisamente por el aumento de su número, pensaban encontrarse, dado el desarrollo técnico, en el papel de proletarios técnicos, como sus colegas alemanes o americanos, advirtieron que en realidad el sistema productivo no tenía necesidad verdaderamente de competencias de ese tipo y que la escuela, en lugar de ser el eslabón más débil del sistema productivo, no era verdaderamente un eslabón, sino que producía profesores para producir profesores, totalmente separada del proceso productivo. Desde 1969, la separación objetiva entre sistema escolar y sistema productivo iba a hacer que incluso la relación obreros-estudiantes, en cuanto grupos organizados, se debilitase.

3.

La última afirmación muestra que tengo tendencia a interpretar los fenómenos colectivos italianos en términos de *revival* o de movimientos colectivos regresivos o populistas; no ya como «respuestas» a la destrucción provocada por el impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas, como ocurrió en Inglaterra en el siglo XIX o en USA en los últimos cien años, sino como respuestas a un proceso (de ese tipo) que *se detiene.* La literatura sobre la ciudad, que nos llega de los países de lengua inglesa, insiste sobre todo en el primer factor. En esos casos, el proceso de desarrollo capitalista trastorna las estructuras y las culturas locales, las desintegra. Pero, al mismo tiempo, crea nuevas instituciones.

La ciudad se ve perturbada continuamente por el cambio de los intereses y de las corrientes de beneficio, por lo que unas veces el centro lo ocupa la fábrica, otras veces la banca y otras el *shopping centre.* Los momentos de desintegración son más acentuados en USA, donde la falta de estructuras preexistentes permite un cambio más rápido, pero también una reconstrucción intensa. Allí es donde se produce totalmente la «destrucción creadora», de acuerdo con la expresión de Shumpeter. Pero la ciudad, como lugar de los símbolos, se reconstituye continuamente y, aunque se trate de un tejido tan móvil, sigue siendo «el centro» donde tanto los intercambios como el poder, así como la materialización de los valores, son máximos. En la actualidad, los manifestantes procedentes

de todos los puntos de aquel país inmenso se ponen en marcha para desfilar por Washington (y puede también que para impugnar), pero siempre ante los símbolos sagrados de la comunidad. En Europa la reconstrucción se ha producido igualmente. Ciudades como Londres, Amsterdam, Estocolmo, la propia Milán hasta 1960, muestran el predominio del proceso reconstructivo. El auténtico momento destructivo, o el momento en que prevalece la destrucción, se produce cuando y donde decae el impulso inventivo y productivo. Para ver lo que sucede, debemos pensar en ciudades como Nápoles o Palermo y en su vida política, científica, cultural, sindical, en los valores que irradian, en el modelo que proponen al mundo.

La cultura napolitana está ya destruida, aun como folklore: pero eso no es la señal de la irrupción impetuosa de la racionalidad moderna, capitalista o socialista. Incluso se puede lanzar la hipótesis de que si esta última se hubiese afirmado verdaderamente, se habría producido una síntesis entre la cultura antigua y la nueva. Y Piedigrotta * no habría desaparecido, sino que habría seguido viva, de igual forma que en Mónaco ha permanecido la *Oktoberfest* y en Nueva York los desfiles, etc. La destrucción total de las subculturas no corresponde ni siquiera cronológicamente al desarrollo industrial impetuoso del norte, sino, más que nada, al momento en que el proceso de modernización del país y de industrialización del norte perdían terreno, es decir, en un cuadro global de caída de las fuerzas productivas. Lo que sucede en Nápoles no es la expresión de una contradicción de las fuerzas productivas. Eso sería cierto en Harlem. Pero el *ghetto* de Harlem ha producido para la cultura mundial mil veces más que Nápoles en el mismo período, aun cuando Harlem fuese tan miserable, e incluso más, y desde luego más repugnante. Pero era el centro: era un problema colocado en el centro de la ciudad, de la sociedad dominante: era precisamente una contradicción de las fuerzas productivas, no algo cortado del flujo de su desarrollo.

* Fiesta popular napolitana (8 de septiembre) dedicada a la Virgen, que se venera en la iglesia de Santa María de Piedigrotta, en la ladera de la colina de Posilippo. (N. del T.)

Cuando eso ocurre, cuando la ciudad queda cortada de dicho flujo, ya que la ciudad es el centro, el lugar en que se reúnen las relaciones sociales, los símbolos de la sociabilidad y el punto en que los hombres participan en las decisiones sobre su destino, cuando ocurre eso, cuando la decisión se traslada a otro sitio, entonces los símbolos quedan vacíos de contenidos y los ciudadanos se convierten primero en súbditos y después en *clientes*.

La voluntad de acción común se convierte entonces en populismo, o bien en ideología abstracta; la acción para afirmar los propios intereses en una tarea de confrontación racional con la de otros (pensemos en la libertad de opinión en la primera sociedad burguesa) se convierte en intriga o rebelión, exactamente igual que en la ciudad del siglo XVIII en la que la aparición del *mob* * señalaba a los poderosos que se había superado el límite tolerable y había que hacer algunas concesiones o donaciones.

Si este análisis es correcto, el problema de la ciudad en el próximo decenio debe afrontarse teniendo presente que todas nuestras ciudades principales pueden evolucionar en esa dirección.

4.

Hoy ya ha llegado a ser de dominio público, por haberlo tratado los grandes periódicos importantes, el fenómeno de concentración de la población trabajadora en la zona situada entre los treinta y los cincuenta años, y limitada a los hombres. Todos los demás, jóvenes, mujeres, ancianos, salen de las fuerzas del trabajo y no vuelven a presentarse ni siquiera como desocupados.

Se trata de una tendencia presente en todas las sociedades industriales avanzadas y su razón de fondo reside

* «Tumulto.»

en el progreso técnico que, por un lado, ahorra trabajo y, por otro, hace necesaria una larga escolarización y, entre tanto, provoca una rápida caída en desuso técnica.

La constitución de una masa enorme de población no activa juvenil ha provocado en los años sesenta, sobre todo en USA, el nacimiento de una cultura juvenil, como en los decenios precedentes la disminución de la población activa femenina, que permanecía en casa ocupándose de actividades domésticas, había permitido la afirmación de la «sociedad de consumo» centrada en la mujer-madre-consumidora. Aunque las consecuencias de dichos fenómenos se han presentado antes en el campo del consumo, no por ello han dejado de tener otras repercusiones. La rápida escolarización juvenil y las esperanzas de movilidad ligadas a ella han provocado tensiones en la escuela y han creado una zona de superposición de los conflictos de clase y de generación.

Aunque estos fenómenos se hayan manifestado en las sociedades industriales avanzadas, eso no significa que donde se presenten se esté produciendo un vigoroso desarrollo de las fuerzas productivas basado en el impulso científico-tecnológico. También puede ocurrir lo contrario: esa tendencia de fondo puede coincidir, en algunos casos, con una degradación del nivel científico-tecnológico y con una disminución absoluta o relativa del desarrollo de las fuerzas productivas. Entonces, los fenómenos, en lugar de desaparecer, se acentúan de forma paradójica, por lo menos en algunos sectores. Esa me parece que es la situación de Italia, donde la progresiva disminución de la población activa, la exclusión de las mujeres, de los jóvenes y de los ancianos del mundo laboral han sido mayores que las que habría habido en caso de desarrollo.

Por lo que se refiere a la escuela y a la universidad, lo que en ellas sucede expresa la adecuación del sistema escolástico al subdesarrollo. Pero, como las expectativas siguen siendo las de un desarrollo, en los próximos años debemos esperarnos una *exacerbación* de la frustración y de la rebelión estudiantil. En cuanto a los sindicatos y a los laboratorios, precisamente porque su experiencia nace de la producción, podemos esperar, al contrario, junto a una rebelión, también un nuevo examen de las hipótesis equivocadas dentro de las cuales se han movido todos hasta ahora.

5.

El cuadro de referencia que acabamos de presentar constituye un recuadro del esquema de previsión.

En los próximos seis años Italia tiende a asentarse en el nivel más bajo de desarrollo de las fuerzas productivas sin sufrir una desocupación masiva ni una inflación gigantesca. Como el sector más avanzado de la economía se ha reducido y se ha vuelto internacional, el esquema más probable es el de una separación entre dicho sector y el restante. En el primero debería haber una rígida competitividad capitalista con reducción y/o renovación brutal de la clase directiva y concesiones a los obreros de sindicatos fuertes.

En el segundo, una máquina política (un régimen) que sanea y distribuye los recursos producidos creando la estabilidad política máxima. Como esos resultados no se pueden obtener con el consenso ideológico, podrían producirse:

a) Teniendo en cuenta el impulso de los intereses corporativos de las grandes categorías (negociantes, profesores), en cuyos vértices debería haber, en cualquier caso, políticos de confianza.

b) Con una fuerte estructura de clientela que distribuya puestos de trabajo a los servidores fieles del jefe de la clientela, pero en el marco de un racionamiento entre las diferentes corrientes o partidos de la zona de gobierno.

c) Negociando con la oposición los recursos de que disponga y el espacio dentro del cual pueda actuar. En consecuencia, la oposición (sobre todo el PCI) debería acentuar su estructura centralista y hacer un «concordato» con el régimen dominante, como hizo la Iglesia durante el período fascista. Eso supone dificultades para una evolución unitaria de los sindicatos, ya sea por la

diferencia objetiva de intereses de las diferentes clases presentes a nivel nacional, ya sea por la «toma» del sindicato por parte de los partidos.

La fractura entre sectores competitivos y sector parasitario de la economía tiene implicaciones de clase y regionales. En el norte, donde existe una burguesía productiva (pequeño y medio empresariado) y un proletariado industrial, podría haber una aproximación de hecho entre representaciones del capital y representaciones del proletariado, pero es difícil que dicha aproximación se extienda al conjunto del país (es decir, reformas o fórmula de gobierno). Aun sin eso, podría haber, sin embargo, una *reacción contra el subdesarrollo,* por lo menos en el plano del debate cultural y político.

En el sur, donde la estructura burguesa es frágil, y prevalece el patrimonialismo de clase y la administración pública, la empresa pública o paraestatal, debería ser dominante el modelo de clientela, aunque disimulado con apariencias modernas y tecnocráticas.

Por lo que se refiere a las clases, debería haber:

a) Reducción de los puntos de trabajo en la industria, tanto a nivel de obreros como de empleados y de directivos, para reducir los costes. Los sobrevivientes se considerarán privilegiados, pero también explotados, además de por el capital, por las clases parasitarias.

b) Un fuerte aumento del empleo público en parte para obtener el «voto» y en parte para contener el paro (profesores) o represivo (policía, etc.).

c) Prolongada expulsión de los jóvenes del sistema productivo, expulsión de las mujeres (por ejemplo, con la introducción de la jornada laboral completa también en la escuela), eliminación de los ancianos.

d) Reaparición de un proletariado precario en algunas zonas, unido a bolsas de pobreza urbanas.

e) Fuerte cohesión de la clase «patrimonial» de origen político-burocrático-burgués.

De acuerdo con este análisis, las zonas explosivas son: el norte más industrializado y amenazado de desclasamiento (Milán) y el sur amenazado de depauperización.

Giuseppe Sacco

Ciudad y sociedad hacia la nueva Edad Media

El modelo americano

Frente a los problemas de las grandes ciudades y a las perspectivas del desarrollo urbano en los países occidentales, los expertos europeos contemporáneos tienen tendencia —demostrada y confirmada durante los últimos veinte años por numerosos ejemplos— a referirse constante, y casi exclusivamente, al modelo americano, a las grandes ciudades de Estados Unidos, a su crisis actual y a los intentos de renovación realizados al otro lado del Atlántico.

Eso se debe a toda una serie de motivos: y en primer lugar al hecho de que son precisamente las ciudades americanas las que, en el mundo occidental, han conocido en los últimos años el proceso de desarrollo, de transformación y muchas veces de decadencia, más rápido y trastornante. Y, en segundo lugar, parece poco discutible que la mayoría de los males y de los inconvenientes que podemos encontrar en todas o casi todas las aglomeraciones urbanas de los países desarrollados —e incluso en algu-

nas de las ciudades del Tercer Mundo— presentan sus manifestaciones más graves y extremas en las ciudades americanas.

A nivel más general, cuando se plantean los problemas de las sociedades avanzadas, esa referencia sistemática al ejemplo americano puede explicarse fácilmente, si se piensa que la economía y la sociedad de Estados Unidos han conocido, durante los últimos decenios, un proceso particularmente rápido y profundo de transformación, del que han emergido caracteres absolutamente nuevos y originales; y, sobre todo, si se piensa que todas las sociedades occidentales, de Europa, de Asia (especialmente, el Japón) y quizá también las de los países atrasados, han entrado ya en dicho proceso de transformación.

Más aún: en dichos países, el modelo de la sociedad americana, no sólo en el terreno específico del consumo, sino también en el del desarrollo económico-técnico y de progreso social, cultural y científico, figura como un ejemplo que hay que imitar y, muchas veces, se configura como un objetivo hacia el que hay que encaminarse. Todo eso induce con frecuencia a considerar que también en Europa tendrán que replantearse casi automáticamente en un futuro próximo los problemas de orden cualitativo (y los problemas de la ciudad pertenecen a esta categoría), que derivan directamente de los desarrollos cuantitativos de la sociedad industrial avanzada, de la que se considera correctamente a Estados Unidos como el ejemplo más conspicuo y más claramente caracterizado.

Por último, tampoco hay que olvidar que la mayoría de los técnicos y de los estudiosos que se interesan por los problemas de la ciudad (los economistas, los sociólogos, los urbanistas) son de formación americana. Se podría, incluso, añadir, que algunas de dichas disciplinas —especialmente la sociología, que desde hace algunos años está teniendo enorme éxito en Italia— en cierto sentido las importó Europa de Estados Unidos. No sólo los primeros y mejor conocidos sociólogos europeos han adquirido su especialización en las universidades de Estados Unidos, sino que incluso la literatura y los estudios disponibles en este sector son prevalentemente de origen

americano, o, de forma más genérica, anglosajón. Por lo demás, muchas veces hasta la metodología que utiliza la investigación sociológica para interpretar y conocer las sociedades europeas no es sino una metodología empírica creada por las realidades y los problemas americanos y muy difícil de adaptar a situaciones sustancialmente diferentes.

Semejanzas y diferencias a ambas orillas del Atlántico

La idea de que todo el mundo está destinado a evolucionar a lo largo de las líneas ya indicadas por el único ejemplo existente de sociedad industrial avanzada y la idea de que dicho proceso es fatal e irresistible derivan en gran parte de esa costumbre difusa de utilizar sistemática, y ya casi inconscientemente, ejemplos y modelos americanos, cuando se trata de analizar realidades y fenómenos que se producen en otras sociedades. Ese prejuicio, tan arraigado, acaba fatalmente por producir un efecto deformante, sobre todo cuando se va en busca de la visión de conjunto de una sociedad, es decir, cuando se trata de delinear un cuadro geográfico o histórico-político.

Así, pues, la idea que nos hacemos de las sociedades industriales avanzadas resulta ser fundamentalmente preconcebida, sea cual sea su régimen político y social y sea cual sea en su interior la libertad de acción y la influencia política y económica de esas mismas fuerzas (grandes empresas de intereses mundiales, etc.) que han dado a la sociedad americana las características que la convierten actualmente en una especie de país-guía. Esto es aplicable no sólo a los países de Europa occidental, sino incluso a los países del este europeo. De hecho, ya está ampliamente difundida y aceptada la idea de que la vida social de los países comunistas está destinada a parecerse cada vez más, en todos sus aspectos, a la de la sociedad americana, por lo menos a partir del momento en que la creciente elevación del nivel de vida permitirá también a

los pueblos de la Europa oriental aceptar «el ideal» de la intensificación cuantitativa del consumo, con escaso interés por su calidad, ideal considerado hasta ayer por la mayoría de la gente como típicamente americano.

Puntualmente, esa convicción —tan difusa— de una analogía sustancial entre las tendencias de desarrollo y de transformación existentes en los países de ambos lados del Atlántico e incluso en algunos países del este europeo, revela su presencia también en los estudios dedicados al desarrollo y a los problemas urbanos de Europa occidental.

El resultado no es de los más brillantes, dado que de esa forma se acaba por omitir, en una transposición mecánica de metodologías y de problemas, un hecho esencial: el de que, tanto en los países desarrollados como en los atrasados, la mayoría de las características de la realidad urbana —ya se trate de la estructura física de la ciudad o de ese vasto conjunto de cuestiones político-sociales que se reúnen bajo el nombre de problemas urbanos— depende íntimamente de la fisonomía cultural y política, y de los condicionamientos históricos, en resumen, del «carácter» de cada sociedad. Y, entre un país y otro, en el ámbito del mundo occidental e incluso del pequeño continente europeo, cultura, comportamientos, economía y política difieren considerablemente en la base, a pesar de la homogeneización cada vez mayor pero bastante superficial, de las formas de vida.

En resumen, engañados por esas semejanzas, sólo superficiales en definitiva, entre formas de vida y de consumo, con frecuencia acabamos por olvidar las diferencias profundas y esenciales que subsisten todavía en el seno del mundo occidental.

Tipos de consumo y morfología urbana

Para ilustrar de forma clara los tipos de consumo que contribuyen a dar una fisonomía a las ciudades en que habitamos, nos referiremos más adelante a un ejemplo ya clásico: el de los medios de transporte privados, tan difundidos en los países occidentales y que, según la opinión europea y americana, representan la máxima ambición de los pueblos de Europa oriental.

Precisamente a dichos medios de transporte y a su difusión se atribuye la mayor parte de la responsabilidad de la crisis por la que atraviesan las ciudades, y sobre todo las ciudades americanas. Se ha creado así un nuevo tipo de determinismo, en que cierta tecnología de transporte y su gran difusión se consideran responsables tanto de los problemas existentes como de las dificultades con que se enfrentan los arquitectos, urbanistas y «programadores» contemporáneos en sus esfuerzos para inventar y planificar de forma concreta la ciudad de nuestro tiempo y del futuro inmediato.

Si se acepta ese determinismo simplista se puede asumir como elemento discriminante entre los problemas urbanos del pasado y los de hoy el hecho de que, antes de la difusión del automóvil, la velocidad media de los traslados humanos era de unos cinco kilómetros por hora, mientras que actualmente es de 60 kilómetros. Por tanto, la difusión del automóvil individual, con las consiguientes transformaciones en masa de los habitantes de las ciudades en «automovilistas» resulta ser un cambio cualitativo capaz de determinar una mutación cualitativa del ambiente y de la sociedad urbana. Al parecer, no sólo la dimensión urbana, sino también el arte de vivir y trabajar en una ciudad y el arte, quizá igualmente complicado, de inventar, planificar, diseñar y construir dicha ciudad, de forma que resulte a un tiempo moderna y habitable, va a renovarse radicalmente.

Pero, una vez aceptada esa relación de determinismo tecnológico entra velocidad de traslados, difusión del transporte privado y revolución de la morfología urbana y de la forma de vivir en las ciudades, la conclusión lógica e inmediata sería: bastaría generalizar y proyectar en el futuro las *trends* * de la difusión del automóvil durante los últimos veinte años en los diferentes países europeos para concluir que las condiciones actuales de las ciudades americanas son las de las ciudades europeas

* «Tendencias.» (N. del T.)

de mañana y que sus problemas de hoy nos serán muy pronto familiares en toda su gravedad; en resumen, que también desde este punto de vista Estados Unidos resulta ser la encarnación contemporánea de nuestro porvenir.

No obstante, persisten algunas dudas. Aun admitiendo una relación estrecha entre el progreso de las técnicas de trasporte, por un lado, y, por otro, la evolución de las preferencias sociales y de la morfología de la ciudad, resulta clara y evidente la consecuencia de que no se puede aceptar sin verificación —y sin algunas dudas con respecto a su autenticidad— la idea de que el índice de crecimiento de la motorización individual en Europa pueda deducirse mediante simples extrapolaciones y proyecciones en el futuro de los datos correspondientes a los últimos veinte años; aun cuando las hipótesis de la relación entre automóviles y poblaciones a que se llega con dichas extrapolaciones resulten confirmadas por las ya existentes hoy en Estados Unidos.

Base física, herencia histórica e instalación de la población en Europa

De hecho, cuando se acepta como lógica, y se da por descontada, la hipótesis de que la motorización privada seguirá en Europa las mismas tendencias que la motorización americana, se olvida el dato —no poco importante— constituido por la «base física» en que se apoyan las sociedades europeas y que resulta ser sustancialmente diferente de la «base física» de Estados Unidos.

Sin embargo, antes que nada, hay que colocar aparte a la Unión Soviética, que pertenece sólo en parte a la realidad europea (y en la cual, por lo demás, el desarrollo de los medios de transporte privados sigue siendo un hecho en gran medida hipotético, dado que no es en absoluto cierto que los soviéticos tengan como máxima aspiración los frigoríficos y el Fiat 124, como se considera en Europa occidental). Si se deja a un lado la Unión Soviética y, en general, los países de Europa

situados más allá del ex telón de acero, al visitante europeo le resulta fácil observar que la dispersión territorial de la población, del *habitat,* de las actividades económicas (tanto en el ambiente rural como en el urbano) es mucho mayor en América que en Europa, y mucho más favorable a la difusión de los medios de transporte privados.

Esto no sólo se debe a una historia de la población y de la apropiación de la tierra radicalmente diferente de la de Europa, sino que corresponde también a las dimensiones y características diferentes de las «bases físicas» de Estados Unidos y de los países europeos.

Naturalmente, es fácil objetar que, sobre todo en el caso de la distribución de la población urbana de Estados Unidos, la relación de causalidad entre población y motorización se presenta en términos exactamente opuestos: el hecho de que ciertos episodios de desarrollo urbano (en California meridional, por ejemplo) hayan coincidido temporalmente con el desarrollo considerable del uso del automóvil privado, parecía probar, de hecho, que, por lo menos en lo que se refiere a los episodios del proceso de desarrollo urbano más recientes, son precisamente la existencia y la difusión del automóvil las que determinan la forma dispersa de la población, y no al contrario. Por tanto, con respecto a los desarrollos futuros de las ciudades de los países occidentales, sería fácil prever que las condiciones técnicas, las formas de vida y los tipos de consumo predominantes seguirán teniendo una influencia decisiva, capaz de determinar el nacimiento, tanto en Europa como en Estados Unidos, de otros fenómenos urbanos del tipo de Los Angeles, tipo hasta ahora completamente desconocido en esta parte del Atlántico.[1]

[1] Si acaso, las residencias secundarias de Europa pueden dar vida a fenómenos de urbanización difusa del tipo de Los Angeles. Pero el hecho de disponer también de una residencia en núcleos urbanos densos altera de forma sustancial la cuestión de la movilidad. (Los desplazamientos pasan a ser dos a la semana en lugar de dos al día, afectan a toda la familia y no sólo al adulto que trabaja.)

Sin embargo, esta observación no parece tener mucho sentido ni valor. Basta observar la expansión reciente —en plena «era del automóvil privado»— de Roma y de París (por no hablar de ciudades como Génova, cuyo ejemplo podría considerarse anómalo) para darse cuenta de que las ciudades europeas, aun en períodos de enorme difusión y de incremento del automóvil privado, mantienen un carácter compacto y nuclear mucho mayores, una densidad raras veces alcanzada al otro lado del Atlántico. Se trata de una diferencia sustancial que Jean Gottman había señalado hace ya unos años y que no se puede atribuir sólo a la prevalencia de diferentes condiciones técnicas y, especialmente, a una difusión menor del automóvil privado. En el origen de ese fenómeno urbanístico está la «base física» sobre la cual está fundamentada la civilización del viejo mundo, y que explica en parte esta mayor densidad de la ciudad europea.

Así, pues, es evidente que, para explicar los caracteres «básicos» y para conocer el condicionamiento que éstos ponen a los fenómenos de desarrollo urbano, deben tomarse en consideración no sólo los fenómenos naturales sino también la historia.

Así, por ejemplo, en el caso de Nápoles y de Génova, su enorme densidad de población se puede atribuir fácilmente a la morfología física del territorio; pero ya en el caso de Nápoles hay que tener en cuenta el hecho de que la distribución de la población rural en su espacio interior no habría permitido una expansión de la aglomeración urbana más amplia. Efectivamente, la densidad de la población rural sobre la estrecha faja de suelo volcánico que rodea la ciudad es sofocante; en Estados Unidos es muy difícil encontrar una densidad semejante, *¡ni siquiera en un ambiente urbano!*

En el caso de París, como en el de Roma, las características plasmadas por la historia sobre dicha «base física» condicionan el desarrollo urbano con mayor fuerza que los propios factores físicos. Efectivamente, esas dos ciudades se resienten todavía de las decisiones tomadas en una época en que las formas de vida, las técnicas y el consumo eran muy diferentes de los actuales, y, aunque los tiempos estén cambiando, dichas decisiones siguen teniendo repercusiones enormes. Por ejemplo, el cinturón de instalaciones militares, dispuesto en torno a la capital francesa durante la Tercera República con el fin de evitar la repetición del *blitz* prusiano de 1870, aunque no pudo impedir la fácil conquista de París por parte de los nazis en 1940, consiguió de forma excelente, en cambio, obstaculizar la expansión de la periferia parisina, y contribuyó a reforzar la utilización intensiva del territorio, hoy ya habitual, y las preferencias de la población por un tipo de vivienda radicalmente diferente del que es más corriente y preferido en Estados Unidos. Basta haber visto las grandes H. L. M. *(Habitations à loyer modéré* *) que se han construido prácticamente por todas partes durante los últimos siete u ocho años en terrenos sustraídos al patrimonio militar; basta haber visto el *Grand Ensemble du Maine-Montparnasse* y haber visitado Sarcelles, ciudad satélite de unos 60.000 habitantes al norte de París, para darse cuenta de hasta qué punto es fuerte y está arraigada la tendencia a ocupar el suelo de forma intensiva, aun cuando no existan condicionamientos físicos, y ni siquiera condicionamientos históricos, en lugar de utilizarlo al «modo americano». Y eso a pesar de que la expansión urbana actual se está produciendo en un momento en que el uso del automóvil no sólo está muy difundido, sino que además va creciendo a un ritmo excepcional.

Características del centro y evolución de la periferia

Evidentemente, ese carácter «compacto» de las nuevas zonas parisinas (igual que las romanas) está en relación con la estructura del antiguo centro de dichas ciudades. Es cierto que no sabemos si quienes han pla-

* «Viviendas de renta limitada.» (N. del T.)

nificado las nuevas zonas residenciales de París y de Roma han tenido en cuenta conscientemente esa relación, pero está claro que el hecho de haber construido un número tan elevado de complejos residenciales —demasiado densos como para que se pueda utilizar el automóvil fácilmente— no es independiente de la situación de los centros de las ciudades, donde, a causa del uso cada vez mayor del automóvil, los problemas de circulación y de aparcamiento son de tal intensidad, que hacen que a quienes deben trasladarse a ellos cada día, la mayoría de los cuales son además *banlieusards* *, les resulte prácticamente imposible utilizar un coche, dado que el mayor número de lugares de trabajo del sector terciario se encuentra en pleno corazón de la ciudad.

Así, pues, un *habitat* de tipo diferente, morfológicamente semejante al *habitat* de la clase media americana, creado y hecho posible por el uso generalizado del automóvil privado, resulta inconcebible en torno a Roma y a París, dado que es fundamentalmente incompatible con la inexistencia en el centro de las ciudades de las instalaciones que exige el uso intensivo del automóvil.

Ocupémonos ahora de la segunda característica que distingue las ciudades europeas de las ciudades americanas, y que nos interesa subrayar: el ritmo diferente de acuerdo con el cual se produce la renovación de las zonas residenciales y, sobre todo, del centro de los negocios y de las actividades comerciales. Una vez más hay que recordar que ya Jean Gottmann había insistido en la rapidez de renovación de los *down-town* ** de las ciudades americanas. Se trata de una observación cuya autenticidad puede comprobar fácilmente cualquier turista, con sólo que se moleste en observar el gran número de rascacielos en construcción, prácticamente por todas partes, en las ciudades americanas: en Nueva York, igual que en Los Angeles (donde la *skyline* ***

* «Habitantes de la periferia.» (N. del T.)
** «Centro comercial.» (N. del T.)
*** «Silueta en el horizonte.» (N. del T.)

está cambiando de forma rápida y sustancial), en San Francisco e incluso en Washington (más adelante explicaremos la razón de este «incluso»).

En cambio, la lentitud con que se renuevan los centros de las ciudades europeas constituye naturalmente una fuerte estrangulación para la utilización, que va en aumento, de los automóviles como medio de transporte para los desplazamientos cotidianos. En consecuencia, dicha lentitud —y a veces se trata incluso de ausencia o imposibilidad total o casi total de renovación, por lo menos en lo que se refiere a las necesidades del tráfico automovilístico— influye de forma decisiva en la distribución de las zonas residenciales, con lo que reduce su dispersión, aun cuando las zonas periféricas se hayan proyectado y construido recientemente, ya en la época de máxima fortuna del automóvil individual.

Vale la pena observar, en este sentido, que la lentitud y falta de renovación de los centros de las ciudades no influyen en la distribución de las residencias secundarias, dado que, para ese tipo de viviendas, los medios de transporte individual siguen siendo, en cambio, de importancia fundamental. Por tanto, la geografía de las zonas de residencia secundaria en Europa sigue reglas de ubicación bastante semejantes a las de la suburbanización de la población americana, con la única diferencia, importante, desde luego, de que en Estados Unidos las residencias secundarias son muy raras y sus características tienden a hacer que se las confunda a veces con el *sprawl* * de las periferias residenciales, empujadas por el crecimiento de las ciudades a distancias muy grandes con respecto al centro de las propias ciudades.[2]

Por otra parte, la diferencia sustancial que sigue subsistiendo entre Europa occidental y Estados Unidos, en cuanto al uso de las zonas densamente pobladas, queda bien demostrada por el destino diferente que

[2] Naturalmente, la movilidad individual es sólo uno de los elementos que condicionan la morfología urbana, pues los intereses relacionados con la especulación del suelo desempeñan un papel igualmente importante.
* «Amplitud, dispersión.» (N. del T.)

están conociendo los transportes ferroviarios a ambos lados del Atlántico. En relación con esto, permítaseme hacer una rápida digresión para subrayar que, si el destino del automóvil parece no querer y no poder ser igual a ambos lados del Atlántico, lo mismo ocurre con los transportes ferroviarios.

La ciudad entre el automóvil, el tren y el avión

Que los ferrocarriles están en crisis es un hecho evidente tanto en Estados Unidos como en los países europeos, pero las dos situaciones siguen siendo fundamentalmente diferentes. En América, la decadencia del ferrocarril ha alcanzado un nivel verdaderamente muy grave, sin que se manifieste síntoma alguno de recuperación, ni redescubrimiento o relanzamiento serio alguno de dicho medio (con la única excepción del *Metroliner* entre Nueva York y Washington, que en definitiva ha sido una experiencia bastante decepcionante). En cambio, en Europa, dicho medio de transporte ha conseguido encontrar, todavía antes de decaer en picado como en Estados Unidos, un espacio propio de expansión, con detrimento no sólo del automóvil privado, sino incluso del avión, por lo que se refiere al «corazón» de Europa.

La función que el tren, en competencia con esos otros dos medios de transporte, consigue todavía desempeñar en Europa, y aun la que parece que está por reservarle el futuro, resulta ser muy significativa y aclara muy bien la diferencia entre las situaciones de ambos continentes, sobre todo porque indica un comienzo de decadencia del avión.

Aunque la utilización del avión sea menos habitual para los europeos que para los americanos o para los soviéticos, no obstante ya ha alcanzado una gran intensidad a este lado del Atlántico. Así, en los reducidos espacios aéreos de las zonas urbanas de Europa comienzan a producirse fenómenos de congestión bastante semejantes a los americanos. Desde ese punto de vista,

así como del de la contaminación que produce, el avión asemeja extraordinariamente a los medios de transporte individuales, aunque un solo avión pueda alcanzar la capacidad de 500 pasajeros. El hecho de que destruya dos bienes aparentemente sin valor económico, pero cuyas reservas no son infinitas, es decir, el aire puro y el silencio; el hecho de que el piloto de cualquier avión tenga un grado enorme de autonomía; el hecho de que la mayor concentración de tecnología radique en la máquina y ya no (como sucede en los trenes modernos) en la línea o en el rail, todos esos hechos asemejan mucho el tráfico aéreo al automovilístico, y también los problemas de congestión parecen igualmente difíciles de resolver en ambos casos.

Esa idea de la semejanza entre el automóvil y el avión o, para ser más precisos, entre el tráfico automovilístico y el aéreo, que puede parecer sorprendente a primera vista, parece hoy ya algo aceptado, por lo menos al nivel del sentido común. De hecho, cuando se pretende demostrar la relativa seguridad del avión, siempre se compara con los accidentes automovilísticos, para sacar la conclusión de que, en resumidas cuentas, existen más probabilidades de morir a bordo de un automóvil que a bordo de un avión. En cambio, nunca se ha oído hacer la misma comparación con los accidentes ferroviarios y, siempre que se intenta proponerla, se recibe sistemáticamente la respuesta de que la comparación carece de sentido porque «el tren es otra cosa».

En resumen, en Europa los ferrocarriles han empezado a ser de nuevo funcionales, para menoscabo del avión, mucho antes de haber tocado el punto más bajo de la parábola descendente trazada por los ferrocarriles americanos. La decisión, ya firme, de construir un túnel ferroviario bajo el canal de la Mancha es una señal muy significativa de este relanzamiento del tren en detrimento del avión. De hecho, Londres, junto con Roma, Dublín y Copenhague, había quedado como la única capital de la Europa comunitaria a la que resultaba más fácil de llegar por avión que por tren, a partir del

«corazón» de Europa. Una vez realizado el túnel, esa condición de inferioridad (debida a la incertidumbre de los horarios y a la dependencia del avión de las condiciones metereológicas) del enlace Europa-Londres quedará superada, y Roma verá acentuado su carácter de periferia de la Comunidad europea. Por lo demás, el tren es, como se sabe, no sólo una alternativa al avión (en los recorridos del orden de algunos centenares de kilómetros), sino también del automóvil, sobre todo en los trayectos metropolitanos. Por eso, nos parece que se puede prever un próximo descenso en la difusión y en la aceptación del automóvil a este lado del Atlántico, sin que los países europeos alcancen nunca las relaciones entre población y número de automóviles características de Estados Unidos.

Esa evolución diferente del tráfico ferroviario y aéreo a ambos lados del Atlántico se debe a la «base» física e histórica diferente en que se apoyan los desarrollos tecnológicos de Europa occidental y de América del Norte. A causa precisamente de las pequeñas dimensiones de Europa occidental y de la enorme densidad de las mallas de la red urbana, la intensidad del tráfico, con todas las repercusiones derivadas de la congestión, ha alcanzado en Europa niveles intolerables mucho antes de que la demanda de transporte «nueva» quedase satisfecha totalmente, antes de que las inversiones en el sector de los transportes hayan alcanzado un carácter sustancialmente sustitutivo. De hecho, hoy en Estados Unidos las inversiones públicas y privadas en el campo de los transportes van dirigidas fundamentalmente a la sustitución. No es que la cantidad en conjunto de los automóviles no aumente, pero se trata de segundos o terceros automóviles de familias cuyos componentes adultos usaban ya el automóvil antes de tener uno por cabeza y cuyo presupuesto para transportes está ya orientado fundamentalmente hacia el medio de transporte privado. No es que no se invierta en el sistema de autopistas, en estacionamientos, etc., pero se trata de mejoras aplicadas a un sistema de transporte ya claramente caracterizado. En resumen, en Estados Unidos el automóvil ha conseguido satisfacer la necesidad de movilidad de la población en conjunto. En cambio, en Europa, a causa precisamente de la menor amplitud de la «base» física, de la limitación mayor impuesta por las herencias del pasado (ciudades históricas, etc.) y de la fragilidad mayor del ambiente natural, el coste social impuesto por el automóvil ha alcanzado niveles mucho más altos que los americanos y, en cualquier caso, en gran medida intolerables, antes todavía de que la demanda de movilidad quedase satisfecha íntegramente. Esa parte alícuota de demanda de transporte no puede encontrar respuesta en el sistema basado en el medio de transporte individual y, por esa razón, tiende a constituirse en fuerza de presión para una reorganización sustancial del sistema, con el recurso a técnicas alternativas.

El hecho de que el transporte de personas de una ciudad a otra se base en el medio ferroviario o en el aéreo influye —naturalmente— en la trasformación de los centros urbanos. En el caso de las ciudades americanas, en las que el tren ha sufrido una decadencia muy grave, muchas actividades relacionadas con el tráfico de pasajeros ya han abandonado la zona de la estación, que a veces ha dejado incluso de formar parte del centro de las actividades, aun cuando siga encontrándose inserta en él. A este fenómeno corresponde —en los casos en que el avión ha pasado a ocupar claramente el puesto del tren en el transporte de personas— el traslado, sobre todo hacia el aeropuerto, de muchas de las actividades (económicas o de otro tipo) que dependen de la posibilidad de enlaces rápidos con otras ciudades, además de todos los comercios y las actividades relacionadas con el tráfico de pasajeros o dirigidas a una clientela turística o de paso. El ejemplo más característico (pero también ejemplo límite, que, por tanto, hay que aceptar con cierta prudencia) es el de la prostitución de nivel medio que tradicionalmente aprovechaba —en los alrededores de la estación— las

horas muertas de los pasajeros en espera de la coincidencia, además de la sensación de libertad sicológica que proporcionaba al cliente el hecho de encontrarse en un ambiente diferente del habitual. La decadencia del tren, que ha pasado a ser medio de transporte de los emigrantes y, en cualquier caso, de los pobres, ha alterado radicalmente la «geografía del pecado» en las ciudades: los niveles más bajos se han trasladado a los cruces de autopistas situados al final de la periferia más lejana, para seguir a la clientela que se haya pasado al medio de transporte individual, mientras que las prostitutas más refinadas y caras frecuentan ahora los aeropuertos, confiando en las «razones técnicas», en la niebla o en el viento que —cada día y en todos los aeropuertos— obligan a centenares de *executives* a algunas horas de ocio forzado. Por esa razón, la prostitución permanece en torno a las estaciones sólo en los casos en que éstas hagan de punto de encuentro para algunos componentes particulares de la población (como en Roma los inmigrados).

Otro, y diferente, ejemplo es el de las compañías de alquiler de automóviles, cuya localización en el interior del tejido urbano es extraordinariamente sensible a la primacía del medio ferroviario o aéreo. Análogo fenómeno se produce en lo relativo a las grandes compañías aéreas, que deben mantenerse en estrecho contacto tanto con la ciudad como con el aeropuerto. Efectivamente, la sede de Alitalia en Roma se encuentra en un rascacielos un poco solitario en el límite extremo de la ciudad en dirección a los aeropuertos. Evidentemente, en este ejemplo la fuerza de atracción del aeropuerto es muy grande (a pesar de que Alitalia deba permanecer accesible a los empleados de la oficina y mantenerse a distancia razonable de las muchas actividades comerciales con las que una compañía aérea mantiene contactos más o menos regulares e intensos). Pero toda otra serie de actividades experimenta —aunque en forma limitada— dicha atracción que las hace salir fuera del centro de las ciudades.

Funciones nuevas, ciudades antiguas

El hecho de que, en Europa, una parte importante de los traslados de personas de una ciudad a otra siga realizándose por medio del tren contribuye a aumentar la capacidad de resistencia al cambio de los centros antiguos, ya en transformación muy lenta. [3] Evidentemente, no nos referimos a casos como Venecia o Siena, ni a los de Oxford y Brujas, sino una vez más a Roma y a París, o a Amsterdam y a Viena, o sea, a ciudades que tienen todavía una vida propia y desempeñan un papel propio en la sociedad industrial, que no son ciudades-museo, pero cuyo ambiente es absolutamente único y de tanto valor cultural, que hace que cualquier transformación o alteración resulte prácticamente inconcebible.

Aunque las ciudades del Nuevo Mundo no hayan tenido tiempo todavía de acumular testimonios arquitectónicos tan numerosos o de desarrollar una originalidad tan acentuada del paisaje urbano, también los americanos empiezan a advertir la dificultad de cualquier clase de modificaciones del patrimonio urbano, ambiental y monumental heredado del pasado. Así, también en Estados Unidos está germinando un interés nuevo, y que va en aumento, de la opinión pública por la conservación (y, en algunos casos, incluso la reconstrucción y la imitación) de panoramas urbanos típicos de su, a pesar de todo, breve historia. Basta pensar en el desorden que contribuye a crear, en el tráfico ya convulso de San Francisco, una institución vetusta y venerada como el *cable car* * para hacerse una idea de la fuerza que puede tener la voluntad de conservar lo más semejante a sí mismo que sea posible un paisaje urbano capaz de evocar la atmósfera

[3] La lentitud de la renovación, que, como hemos dicho, se convierte a veces —cuando se trata de adaptarse a las exigencias de la circulación automovilística— en ausencia absoluta de cambio, es fácil de comprender, si se tiene en cuenta el valor histórico y monumental de la mayor parte de dichos centros urbanos.

* «Tranvía.» (N. del T.)

de la vida americana a finales del siglo XIX, a pesar de que esa política «de conservación» suponga el pesado costo de complicar todavía más los problemas cotidianos del habitante de las grandes metrópolis contemporáneas. De hecho, en Washington, ciudad en la que casi todos los edificios tienen un valor simbólico y evocan algo preciso en la tradición de la vida civil de Estados Unidos, la renovación del centro urbano es mucho menos rápida y tumultuosa que en las otras ciudades de América.

Evidentemente, el hecho de que la mayoría de los paisajes urbanos irrepetibles y de los monumentos del pasado se encuentren en los centros urbanos y de que, por tanto, el centro sea el barrio más difícil de renovar, impone una coacción física excesiva a las actividades comerciales, administrativas, etc. Así, que se pueden trasladar dichas actividades a otro lugar. Pero, por lo menos en las ciudades europeas, esa operación, a pesar de haberse intentado más de una vez, ha dado resultados muy parciales. En general, las actividades que se pueden trasladar del centro de París a la *Défense,* o de la Roma barroca al Eur mussoliniano, pertenecen al sector administrativo burocrático o, lo que es lo mismo, al único tipo de actividad que se puede trasladar por medio de un decreto. Pero, está por ver si dichas actividades específicamente burocráticas, sedes de ministerios, etc., seguirán caracterizando como «centro» una parte determinada de la ciudad, y en qué medida. En realidad, se podría pensar que el centro será ya el lugar donde se concentrarán las distracciones, las actividades recreativas y culturales, es decir, las actividades que parecen destinadas a ocupar una parte cada vez más importante de nuestro tiempo y de nuestra atención.

Población y «cultura» del centro de las ciudades

Tanto en términos de tiempo como en términos de vitalidad y de energía, los habitantes de las grandes

ciudades se dedican hoy mucho menos al trabajo que a las distracciones, por lo menos en comparación con el pasado. Y, en definitiva, una parte muy importante de nuestros recursos físicos y financieros se gasta precisamente en esas actividades de descanso, de distracción y de recreos culturales (en el sentido amplio de la palabra) que sólo pueden encontrarse en el centro de las grandes ciudades. Aunque las actividades burocráticas se alejan de dichos barrios, las actividades a las que dedicamos nuestro tiempo libre siguen concentrándose y multiplicándose en ellos; a veces, incluso, precisamente el alejamiento de las oficinas, de los bancos, de las sedes de esos servicios relacionados de una u otra forma con la actividad laboral es lo que permite su expansión.

La propia población que va a establecerse en esas partes más centrales de la ciudad (y, en Europa, será generalmente el centro antiguo) está orientada principalmente, incluso en lo que se refiere a su fuente de ingresos, hacia las distracciones, la instrucción, el arte, el comercio de lujo (y a veces incluso la droga). Esa fracción particular de la población urbana encuentra, a un tiempo, en dichas actividades su sustento y una nueva dimensión cultural.

Así, cuando se revela posible un mínimo de renovación ambiental, esos barrios resultan reorganizados completamente, con lo que dan vida a paisajes urbanos verdaderamente extraordinarios, que tienden a parecerse cada vez más a ciertos barrios de las ciudades islámicas, barrios que están aislados incluso físicamente del cuerpo de los antiguos «focos de la ley y de la fe», en los cuales la población se encuentra y se reúne para actividades «pecaminosas» como los comercios, las diversiones, el intercambio de informaciones. Como los *souqs* *, los *caravenserail,* las «ciudades prohibidas» que gravitan, como auténticos satélites en torno a los muros de las ciudades de Oriente Medio, dichos barrios centrales están habitados, en definitiva, por una pobla-

* «Zocos.» (N. del T.)

ción a veces seminómada, siempre provisional, sobre todo joven, multinacional y multirracial, que sólo de forma irregular o tan sólo en proporción mínima se ocupa en actividades laborales del tipo de las que dan de vivir a la mayoría de la población de las ciudades.

Esas comunidades difíciles de definir, pero para las cuales se han usado con frecuencia los términos *bohème, beatniks* o *hippies* (bastante vagos, sin embargo, y poco precisos) proclaman muchas veces su separación y oposición al ambiente que las circunda e intentan contraponer, aunque sea de forma burda, discontinua e ingenua, una *counter-culture* suya, una cultura opuesta a la de la sociedad que las rodea. No por ello produce menor fascinación su estilo de vida en la gente «integrada en el sistema», en el *establishment* (término que ya ha pasado a significar simplemente el mundo del trabajo regular), que determina, por lo menos en las horas libres y en los días festivos, un auténtico *rush* * de toda la población, que deserta no sólo los barrios de trabajo, sino también los de residencia. Las ciudades de la «contracultura», donde pululan los cines para hombres solos, pero también los espectáculos *underground* de cierto valor cultural y, en general, el arte no oficial y la *non conformity,* se convierten así en el auténtico centro urbano hacia el cual converge todo el mundo, hasta el punto de que, para llegar y para entrar en él se está dispuesto a aceptar un *commuting* lento y exasperante y, en cualquier caso, mucho más molesto que lo que se habría considerado más que intolerable para llegar al lugar de trabajo.

Y, además, a esos barrios es a los que se dirige no sólo la afluencia de los turistas (que ahora constituyen en cualquier estación del año una parte considerable de la población de las ciudades europeas), sino también un gran número de personas procedentes de las clases económicamente más favorecidas, que muchas veces instalan su residencia (o una de sus residencias) en pisos antiguos, lujosamente restaurados, situados en

* «Afluencia.» (N. del T.)

el propio corazón del centro histórico. En este sentido, piénsese en casos como Trastevere y el Portico d'Ottavia —el antiguo *ghetto* de Roma— o en la isla de Saint-Louis y el Marais de París; en Chelsea o Kensington en Londres; en Gamla Stan, en Estocolmo. Y todo eso contribuye a dar a dichos barrios un aspecto y un ritmo de vida típicos del centro de la ciudad, con animación y comercios a cualquiera hora del día y de la noche, con una multitud joven, despreocupada, por lo menos aparentemente, variada y vestida de forma fantástica. En rotundo contraste con la desolación de los barrios exclusivamente laborales o burocráticos, cuya vida está estrictamente limitada al arco que va de las nueve de la mañana a las cinco de la tarde.

En Europa sería imposible encontrar el fenómeno del «desamor» por el centro antiguo, que es evidente, en cambio, en las ciudades americanas. Y, sobre todo, en Europa no se encontraría la fragmentación de la colectividad urbana en subgrupos que rechazan la ciudad y tienden de forma clara y manifiesta a organizarse en comunidades semiautónomas y separadas territorialmente. En nuestra opinión, ese es el elemento de diferencia más importante entre el *urbanizado* americano y el *ciudadano* europeo: el escaso éxito del sentimiento antiurbano en Europa, que caracteriza a toda la América de hoy[4] y no sólo a algunas comunidades *hippies* (que a veces han abandonado verdaderamente las ciudades para refugiarse y reorganizar su propia existencia en localidades semidesérticas, sobre una base a veces tribal, pero casi siempre nómada). Y este elemento de distinción resulta ser de extraordinaria importancia y hace dudar poderosamente de la validez de la afirmación según la cual, tanto en este sector como en otros, los problemas y la realidad de la América actual son los problemas y la realidad de la Europa de mañana.

[4] Véase el célebre libro de los esposos Morton y Lucia White, *The Intellectual versus the City,* Harvard U. P. y M. I. T., Press Cambridge, Mass., 1962.

Ese carácter fragmentado —y esa tendencia permanente a la fragmentación [5]— de la sociedad americana no es sólo exclusiva de hoy, sino que se relaciona con fenómenos análogos, ya vistos en el pasado y que existen —aunque en menor medida— también en Europa. No obstante, en Estados Unidos no se trata únicamente de fenómenos relacionados con la serie de olas de inmigración que han determinado la población del continente. Indudablemente, éste es un factor importante. Todavía hoy los *ghettos* portorriqueños en las ciudades del Este, los *ghettos* chinos —y orientales en general— en las grandes ciudades del Oeste e incluso los *ghettos* negros fuera de los estados del sur pueden considerarse como campamentos provisionales de grupos étnicos o nacionales, que todavía tienen que establecerse y que, por razones particulares, encuentran dificultades que retrasan su proceso de integración en la sociedad americana. En cambio, para los fines que aquí nos interesan, resulta mucho más interesante el fenómeno de los nuevos *ghettos,* a los que están dando vida personas de diferente origen nacional y racial, y que, aun estando bien integradas en la sociedad de Estados Unidos, tienden ahora a separarse de ella como resultado de una elección libre y desde luego no por imposición o necesidad. Es un fenómeno complejo, en que intervienen muchos factores, uno de los cuales —muy importante— es el reciente regreso a la popularidad del ideal pionero simbolizado por la figura del *cow boy,* de la relación directa entre hombre y ambiente natural.

Nacimiento de los «nuevos valores»

Esta afirmación puede parecer en contraste con la amplia popularidad que ha encontrado —precisamente en América— el *slogan* lanzado hace algunos años por

[5] Véase la teoría de F. J. Turner, expuesta en la conclusión de su libro *The sections in American History,* Henry Holt and Company, Inc., 1932.

el economista americano Kenneth E. Boulding, [6] que preconizaba el paso del espíritu americano de la mentalidad del *cow boy* a la del astronauta. En realidad, la sociedad augurada por Boulding, completamente impregnada por la conciencia de vivir en una frágil navecilla espacial, cuyos equilibrios y recursos limitados han de preservarse cuidadosamente, es una sociedad gran parte de cuyos rasgos culturales proceden de la visión de la naturaleza típica del *cow boy.*

A propósito de la cultura y de los códigos de comportamiento de los pasajeros de la *spaceship earth* *, se ha hablado de nuevos valores, de una nueva actitud del hombre frente a las ciencias y a las técnicas, por un lado, y frente a la pureza de la naturaleza que lo rodea, por otro, y la creciente voga de las preocupaciones por la contaminación ha dado gran popularidad a esa idea. Con urgencia casi dramática, se ha planteado el problema de una sustitución de valores, considerada necesaria para que la humanidad no se destruya a sí misma en la carrera a la autoafirmación mediante el dominio de la naturaleza y la posesión y destrucción de cosas materiales.

Si todo eso es cierto, si la alarma no es infundada (y no parece serlo) ni el catastrofismo excesivo (como parece serlo), si verdaderamente una revolución «cultural» está en puertas, si verdaderamente hay que conseguir valores alternativos, códigos de comportamiento diferentes, dichos valores y códigos parecen haberse identificado ya en los de las microsociedades ascético-monásticas que florecieron a comienzos de la Edad Media. El modelo histórico que, consciente o inconscientemente, se nos invita a seguir es el del paso de la era clásica a la propia Edad Media, con la congelación del progreso técnico-científico, y hasta con su retroceso en

[6] Kenneth E. Boulding, «The Economics of the Coming Spaceship Earth» en el volumen Henry Jarret (ed.), *Environmental Quality in a Growing Economy,* Johns Hopkins Press (Resources for the Future), Washington, 1966.

* «Nave espacial Tierra.» (N. del T.)

muchos campos, y con un cambio claro en el orden de las prioridades con detrimento de los bienes materiales y a favor de los espirituales. En resumen, la contraposición de la calidad a la cantidad acaba por no diferir sustancialmente de la insistencia en los bienes de otro mundo en detrimento de los bienes de éste; la condena del desarrollo vuelve a hacer eco a la condena de quienes habían sido los «primeros» en la sociedad clásica y a la elección de los «últimos», a quienes se prometía la primacía en la ciudad de Dios; el «proceso a la tecnología» repite la idea de la beatitud infalible que premiaría a los pobres de espíritu.

Fenómenos ascético-monásticos son ya evidentes en las sociedades occidentales, muchas veces como consecuencia de las preocupaciones ambientales. Valga por todos el ejemplo de algunos de los firmantes del manifiesto lanzado por la revista inglesa *The Ecologist* con ocasión de la conferencia de Estocolmo —titulado *Blueprint for survival* *— que consideraron debían pasar del dicho al hecho y crearon una «comuna ecológica» en Cornualles.

El hecho de que la némesis histórica haya provocado precisamente delante de dicho refugio incontaminado una dramática catástrofe ecológica añade un matiz paradójico, pero no disminuye el significado de la iniciativa. Aunque la nave española *Germania* hubiese ido a naufragar en otra parte y hubiese diseminado por otro lugar sus 3.000 barriles de sustancias tóxicas y explosivas, las apasionadas prédicas del profesor Mishan, ideólogo oficial del grupo, habrían parecido menos paradójicas, pero no por ello menos significativas.

El proceso a la ciencia, como responsable de los males del hombre, desemboca ya en la reivindicación, ya que no del «retroceso tecnológico», por lo menos de la «abstinencia tecnológica», y es una vez más Mishan quien expresa consecuentemente la lógica de esa posición, cuando propugna el abandono de los medios de

* Publicado por Alianza Editorial bajo el título *Manifiesto para la supervivencia.*

transporte modernos y la restauración de la tecnología del caballo y de la carreta. Y su insensibilidad hacia el coro de los comentarios irónicos de quienes observan que la contaminación equina, es decir, el estiércol, sofocaría en el plazo de pocos meses a los habitantes de hasta las ciudades pequeñas, sólo puede compararse con el fanatismo estoico con que los primeros cristianos afrontaban las persecuciones de un imperio, el más poderoso de la historia, cuyas leyes, valores, y hasta su propia idea, se atrevían a impugnar.

Sin embargo, el «reino» que, con el abandono de los valores antiguos, se nos proponía construir sobre las ruinas del mundo clásico, tenía la característica, como había dicho su ideólogo, de no ser de este mundo, a pesar de que la jerarquía de valores introducida por el cristianismo iba a influir poderosamente en los reinos de este mundo durante casi mil años en el sentido de bloquear el progreso científico y técnico y de renunciar a la persecución con demasiado ardor de los bienes terrenales e incluso de condenarla.

En cambio, los «nuevos valores» de que se habla a propósito de la crisis ambiental y de la explosión demográfica se refieren a este mundo terrenal nuestro. A diferencia de la Edad Media tradicional, en la filosofía de la nueva Edad Media el horizonte está limitado a esta tierra: ni siquiera la pureza que se promete a través de la renuncia a los bienes materiales tiene nada de espiritual; es sólo la pureza del cielo, del agua y de la pradera. Aunque Boulding contraponga, en su «The Economics of the Coming Spaceship Earth», la concepción del *cow boy,* como concepción del *free rider* * (condenada universalmente por los economistas del bienestar) a la de la frágil *spaceship* en que hasta el más fiero de los *cow boys* deberá someterse a la rígida disciplina común, el hombre de la navecilla espacial ha heredado gran parte de la filosofía del *cow boy,* de su concepción y de su relación con la naturaleza incontaminada.

* «Jinete libre.» (N. del T.)

Por tanto, no nos encontramos frente a un fenómeno cultural nuevo, en el caso de América. Al contrario, ésta *es* la misma concepción que alimentó la cultura, la literatura, el pensamiento político y la reflexión histórica y sociológica de Estados Unidos hasta finales de la primera mitad del siglo XIX: la concepción de la libertad religiosa y espiritual como asociada íntimamente a una relación libre y no mediata entre hombre y naturaleza. De esa concepción desciende al nivel político la limitación originaria de voto exclusivamente a quienes poseían y trabajaban la tierra, porque sólo podía escoger con plena libertad de conciencia quien dependiese exclusivamente —para su supervivencia material— de su trabajo y de la naturaleza. Bastará releer el debate desarrollado entre 1820 y 1830, en los diferentes estados de la Unión, sobre el problema de la extensión de los derechos electorales también a los habitantes de las ciudades, para darse cuenta de lo arraigada que estaba y lo apasionada que era aquella convicción, para calibrar el grado de aversión y de desconfianza que las masas urbanas provocaban en el «espíritu americano». Y, sin remontarse tan atrás, para volver a encontrar las huellas de dicha convicción de la superioridad ética de quienes viven en relación directa con la naturaleza, bastará recordar las dificultades que a finales de los años 50 encontró la Corte suprema de los Estados Unidos en su intento de romper la supremacía y la mayor representación de los electores rurales con respecto a los de las grandes ciudades y para imponer la regla del *one man, one vote.* *

En resumen, toda la tradición intelectual americana se alimenta de los mismos temas que vuelven a surgir hoy en el neoascetismo, en el rechazo del ambiente urbano, en la *counter-culture* tanto de los grupos marginados como de los grupos que tienden a la automarginación. Y el mito de la *garden-city* ** que Lewis Mumford contrapone —en el último capítulo, de tono inspirado y profético, de su *The city in history*— al «mito de megalópolis» coincide perfectamente con la tradición intelectual americana; y no es casualidad que sea de los «*ghettos*-jardín» en que se aislan los *radical chic* * y de los *campuses* sumergidos en el verde, de donde se eleva la acusación dirigida —en el terreno político— a la América oficial: la acusación de ser *unamerican,* es decir, de renegar de la tradición política y civil del país.

* «Un hombre, un voto.» (N. del T.)
** «Ciudad-jardín.» (N. del T.)

La alienación de la vida urbana.

Todo eso lo ha revelado con mucha eficacia James Vance[7]: el fenómeno de la alienación de la vida urbana, ha subrayado, interesa a grupos siempre nuevos y cada vez más numerosos. Efectivamente, ya no se trata de un desamor hacia la vida ciudadana que brota de la actitud de desapego aristocrático típica de la *country-gentry* ** inglesa derribada y extinguida por la revolución industrial; tampoco se trata únicamente de una idealización romántica de la *wilderness* ***; se trata, más que nada, de un rechazo de la civilización urbana análogo al de franjas características de todas las civilizaciones industriales como los *barboni* **** o los *clochards* *****. Sin embargo, en América, dichas franjas —desde los *beatniks* hasta los *hippies*— han dado vida a formas alternativas de «cultura», que han demostrado cierta capacidad de contagio y de expansión más allá de los límites de las granjas sociales. Y ello, a pesar de los límites que la «filosofía» de dichos grupos marginales ha manifestado, al demostrarse incapaz de desarrollar en un sistema económico alternativo el intere-

[7] Profesor de geografía en la Universidad de California, Berkeley, en un informe presentado al 66.° Congreso de la *Association of American Geographers,* San Francisco, 1970.
* «Gauche divine.» (N. del T.)
** «Nobleza del campo.» (N. del T.)
*** «Selva, estado salvaje.» (N. del T.)
**** y ***** «Vagabundos, mendigos.» (N. del T.)

sante principio, que siempre vuelve a surgir, del relanzamiento del artesanado, ni de identificar —a partir de la preferencia por las dietas vegetarianas, las comidas macrobióticas y los productos *pollution-free* *— una relación diferente tecnología-sociedad que contraponer a la de la llamada civilización de consumo.

A pesar de todo, ese fallo sustancial no ha reducido la fascinación de la *counter-culture;* al contrario, como decíamos, el mito de la *wilderness,* el mito de «una relación de tipo nuevo del hombre consigo mismo, con los demás hombres, con la sociedad, con la naturaleza y con la tierra»[8] se extiende a estratos cara vez más amplios de la sociedad americana, insensibles al hecho de que, entre sus primeros adeptos, *beatniks, hippies, freebes, freaks,* dicho mito ha sufrido una auténtica degeneración y ha desembocado en una especie de *drug culture* y en una especie de búsqueda de la belleza y de la *wilderness* fuera del mundo natural, en una dimensión de espontaneidad y de sensaciones oníricas inexploradas: la dimensión de la naturaleza espontánea, de la *wilderness* incorrupta interior del hombre, que sólo la droga permite descubrir y percibir mejor.

Así, exactamente igual que lo que ha ocurrido con los adeptos a la «expansión de la personalidad», este nuevo rechazo de la civilización urbana ha conducido al nacimiento de nuevas identidades culturales de pequeño grupo, con la formación de complicidades y solidaridades reguladas por códigos de clan, no escritos, pero no por ello menos precisos, rígidos y constrictivos que los que proceden de la «cultura» dominante. En conclusión, lo que parece más interesante es el hecho de que esa actitud cultural, esa ideologización del rechazo de la vida urbana, la nueva fortuna del mito de la respuesta individual al desafío del ambiente circundante no interesa ya sólo a los grupos de la *counter-culture* de inspiración más o menos literaria, sino que

[8] Charles A. Reich, *The Greening of American,* Bantam Books, 1970.

* «No contaminados.» (N. del T.)

se ha extendido a minorías de otro tipo, étnicas, por ejemplo, como en el caso de los negros.

Pero en este caso se produce un cambio importante que no podemos omitir: hasta ayer el aislamiento —no sólo en determinados barrios de la ciudad, sino también en un *ghetto* cultural— de la minoría negra constituía una situación impuesta y sufrida contra la voluntad de la mayoría de la población urbana de color, mientras que hoy se descubren en su interior afinidades y originalidades culturales que los blancos no pueden compartir, es decir, tomar conciencia de su propia personalidad colectiva. De ello se deriva, al nivel de la acción política, el abandono de las antiguas estrategias tendentes a la integración, y al nivel de los comportamientos individuales (y hasta en el modo de peinarse y de vestirse), se trata de la búsqueda de una forma de ser afroamericano (con la multiplicación también de las instituciones culturales y de los cursos universitarios dedicados a Afroamérica); por último, al nivel de la concepción de la comunidad, resulta evidente un esfuerzo para crear un estilo peculiar de vida colectiva, basado en una separación voluntaria por parte de la minoría negra de la sociedad de los americanos blancos, a partir de la idea de un barrio de residencia libre de control exterior alguno e incluso de la creación de programas autónomos de ayuda mutua, alternativas a la seguridad social del estado.

¿Una nueva Edad Media?

Desde el punto de vista de la morfología urbana, resulta así evidente un regreso a la situación e incluso a la concepción medieval de la ciudad dividida en «cuarteles», perteneciente cada uno de ellos a una familia o clan, cuyas leyes y códigos de comportamiento se forman autónomamente, en lugar de venir impuestas del exterior. Después de que los Panteras Negras la formulasen de forma bastante explícita, dicha concepción se ha difundido a otros estratos de la sociedad urbana

que —aun estando perfectamente fundidos en el crisol racial americano—, paradójicamente, estaban también buscando un factor cultural de diferenciación y de unificación, un *ghetto* propio del que «los otros» estuviesen excluidos. *The student protest movement,* señala Vance, *that began in Berkeley in 1964, depends to a considerable degree on the idea of the academic turf protected from the sway of a wider policy and culture* *. Y paradójicamente, a medida que el movimiento de oposición de los estudiantes, iniciado dentro de la mejor tradición liberal americana, como *free speech movement,* degeneraba, por un lado, en formas de protesta extrema y, por otro, en *drug culture* con conexiones inquietantes, aunque vaguísimas, con «culturas» como la de la «familia Manson», entonces precisamente la reivindicación de un *turf* ** por los estudiantes contagiaba estratos sociales más amplios y, traspasando los límites del *campus,* adquiría la forma de la lucha por el *people's park* de Berkeley.

En aquella, como en otras ocasiones, se demostraba que en la sociedad industrial avanzada se está formando una relación de tipo nuevo entre categorías estudiantiles y sociedad. Todavía a través de todo el período *entre deux guerres,* el período postbélico y los años 50, el carácter transitorio de la condición estudiantil había seguido siendo evidente y predominante, si bien se había pasado de la concepción lacrimosa del adiós a la juventud a la de la preparación para la vida profesional, con la consiguiente propagación, sobre todo en la Europa continental, de la concepción del estudiante como «trabajador intelectual» y de expresiones como «presalario». Hacia la mitad de los años 60 fue cuando la distancia entre aquella concepción y la realidad llegó a

* «El movimiento estudiantil de protesta, que comenzó en Berkeley en 1964, se basa, en gran medida, en la idea del reducto académico protegido contra el predominio de una política y una cultura más amplias.»

** En argot americano, «barrio considerado por una banda de la calle como su propio territorio, que debe defender contra otras bandas». (N. del T.)

ser inaceptable. Ya con el *G I Bill of rights,* la ley a favor de los ex combatientes americanos en la segunda guerra mundial, había resultado evidente que las universidades podían servir como válvula de escape para el exceso de mano de obra. Pero entonces se había tratado de un fenómeno no duradero, si bien gigantesco y no comparable con el que iba a producir la evolución posterior de la economía de Estados Unidos. La evolución cada vez más rápida hacia la sociedad industrial, a veces llamada «postindustrial» o incluso «tecnetrónica», y el enorme incremento de la productividad provocan la aparición de la necesidad de un mecanismo enorme de redistribución para la sociedad en su totalidad de la renta producida en el sector industrial, sin que entre quienes deben entrar en esa enorme masa de reserva —y que deben entrar quizás sin haber estado nunca, por razones de edad, en «servicio efectivo» en el sector productivo— se difundan todos esos males sicológicos que van unidos al sistema de pensiones propiamente dichas y al subsidio de paro. Para poder dividir la renta sin dividir de forma irracional los *jobs* * en los sectores verdaderamente productivos, se infla desmesuradamente el sector de la administración pública (que asume así el carácter de una especie de institución de beneficencia), mientras que la parte más joven de la población queda recluida en las universidades, de igual forma que en el pasado, para no dividir la tierra, se enviaba al convento a los hijos segundogénitos.

Así, por motivos muy diferentes de los que originaron el fenómeno análogo en el pasado, renace como grupo social numéricamente importante la categoría de los «clérigos», masa parcialmente estirilizada por el punto de vista productivo y demográfico, pero ineliminable de la dialéctica política de la sociedad. Al contrario, precisamente por estar confinada a una especie de «*ghetto* superestructural», dicha categoría nueva está desti-

* «Empleos.» (N. del T.)

nada —igual que el clero hasta la Revolución Francesa— a ejercer una influencia y una función decisivas en la cultura de la sociedad, en sus valores y códigos de comportamiento, en sus tensiones y luchas civiles. La sociedad industrial, que, aunque con infinitas gradaciones de «tener» y «no tener», es sustancialmente una sociedad de dos estados, vuelve a descubrir, en definitiva, en el momento de pasar a la situación post-industrial, el embrión de una cultura de tres estados —es decir, de tipo medieval, fundamentalmente—, caracterizada por el nacimiento de una especie de nuevo clero, hoy como en el pasado portador en flujo continuo de nuevas ideologías y nuevas herejías, dividido, pendenciero, propenso a invocar a cada paso cruzadas y guerras santas, y a entrometerse en las cuestiones políticas.

El otro grupo que, al mismo tiempo que los estudiantes, tiende a separarse de la comunidad urbana y de la cultura, lo constituye la faja de renta media alta de la población blanca, que vive en las periferias residenciales. Dentro de esa renovación del culto totalmente medieval por el espíritu de clan, no hay que extrañarse, afirma Vance, de que gentes totalmente integradas, blancos acomodados, muchas veces protestantes, acaben por apropiarse, en la búsqueda de una nueva identidad de grupo pequeño, un elemento característico y central de la *counter-culture* como dicho mito de la naturaleza.

En nombre del redescubrimiento de la naturaleza, florecen en la América de hoy toda una multitud de subsociedades de origen fundamentalmente burgués, que tienden a distinguirse culturalmente y a separarse topográficamente en el tejido urbano. Indudablemente, uno de los aspectos de dicho redescubrimiento de la naturaleza, el aspecto de la acción para preservar el ambiente natural, es fortísimo hoy al nivel de toda la sociedad americana en su conjunto, y no sólo al de las subsociedades particulares. Más aún: el compromiso ecológico se presenta, especialmente en los tiempos más recientes, como un nuevo factor de unificación de la gran mayoría de la sociedad americana: lo prueban el enorme éxito de iniciativas como la del *Earth day* * o la aprobación concedida en amplios estratos de opinión a los grupos que llevan a los tribunales, y muchas veces con éxito, al propio gobierno federal con la acusación de violar la legislación sobre la protección ambiental.

Sin embargo, aunque sean menos conocidos, por ser menos para constituir noticia en los medios de comunicación de masas, existen otros fenómenos que indican la difusión en todos los estratos sociales del rechazo de la sociedad y del ambiente urbano, y que a veces se convierten en fenómenos de fragmentación cultural de la sociedad.

En los barrios-jardín en que se refugian y se aislan las clases burguesas medias (MacLean, en la periferia sur de Washington, o Westwood en Los Angeles) existen regulaciones establecidas de común acuerdo que imponen la obligación de regar el prado todos los días y de podarlo determinado número de veces al año, de no dejar el cubo de la basura delante de la puerta de la casa por la noche, en lugar de por la mañana, y otras semejantes. Por su parte, los jubilados se refugian en ciudades como Santa Fe, en Nuevo México, o St. Petersburg, en Florida, donde luchan por tener una calle de tierra, en lugar de asfalto, delante de sus casas. Así, dichos grupos burgueses, partiendo de la búsqueda de una relación más libre e inmediata con el mundo natural, acaban por dar vida, en perfecta analogía con lo que sucede con grupos muy marginales, como los drogados o los homosexuales, a microsociedades con reglas internas y costumbres propias, que muchas veces acaban volviéndose más restrictivas y difícilmente tolerables por la disciplina que regula la vida de las metrópolis modernas.

Todo eso es fundamentalmente diferente de lo que sucede en Europa y confirma nuestra opinión inicial de que, ante una multiplicidad tan grande de factores de diversificación, no es posible —en el marco de una

* «Día de la Tierra.» (N. del T.)

discusión sobre el futuro de la ciudad— aceptar el lugar común según el cual América, con su carácter y sus problemas actuales, representa nuestro porvenir. Los factores de diversificación que hemos indicado parecen demasiado importantes; pero eso no quiere decir naturalmente que no existan tendencias evolutivas comparables, ni que la transformación de los centros urbanos en Europa y en América no presente rasgos aparentemente comunes, aunque originados por situaciones diferentes, por la herencia histórica diferente, por las «bases» físicas y culturales diferentes en que se apoyan las civilizaciones occidentales de ambos lados del Atlántico.

La ruptura del «consensus» en las sociedades europeas

En vano buscaríamos en Europa la ideología de tipo nuevo que se está formando en Estados Unidos, de igual forma que la *counter-culture* y la nueva solidaridad de grupos pequeños, que en América están provocando la inevitable fragmentación física de la ciudad y su transformación en «nebulosa urbana» de poquísima densidad, resultan más raras y en gran medida imitativas. No obstante, existen fenómenos de ruptura del *consensus* en la sociedad europea, igual que en la de Estados Unidos, especialmente a nivel político.

Si el arte de vivir y de trabajar en una gran ciudad es difícil en Estados Unidos, la situación no es fundamentalmente menos compleja en las sociedades europeas, donde se forman —o renacen— hoy grupos que han roto toda clase de vínculos con el pensamiento político y la herencia histórica de la Europa occidental. Nos referimos en este caso no sólo a los movimientos de clara inspiración nazi o fascista, sino también a los grupos que se consideran de izquierda y que, en Francia, en Alemania y en Italia, han ido adquiriendo carácter cada vez más sectario después del fallo de las grandes esperanzas de 1968. En este caso la idea del regreso a la *wilderness* incorrupta no desempeña papel alguno (si

exceptuamos casos raros, como el de los «populistas» escandinavos). Al contrario, dichos grupos no renuncian en absoluto al ambiente ciudadano. Efectivamente, ni los subproletarios que alimentan la sublevación *sanfedista* * de Reggio Calabria, ni los «anti-familia» franceses, italianos o alemanes, ni los guerrilleros de inspiración «tupamara» se instalan en el campo. Al contrario, su sede preferida es el propio corazón de las grandes ciudades, de igual forma que los agresores fascistas de Italia o la banda Bader-Meinhof buscan refugio en el anonimato de las metrópolis; más que síntomas de un rechazo del ambiente, son factores de fragmentación del tejido urbano y de la sociedad en general. De hecho, la intolerancia de las pequeñas minorías tiende a excluir prácticamente de zonas enteras de la ciudad a quienes no forman parte de dichos grupos.

Muchas veces el acceso a determinadas instituciones o centros universitarios se vuelve imposible, y simultáneamente, por intervención de la derecha tradicional, resulta muy peligroso, para quien lleve barba o cabellos largos o presente cualquier otra característica que pueda identificarlo como extraparlamentario de izquierda, el acceso a otras partes de la ciudad y a otros barrios o instituciones universitarias.

Naturalmente, esos fenómenos no se limitan a los ambientes universitarios o estudiantiles, y podríamos multiplicar los ejemplos de grupos «espontáneos» y «anarcosindicalistas» en los ambientes obreros. La desintegración de la solidaridad de clase de los trabajadores industriales que de ello se deriva ha hecho que lleguen a ser frecuentes las huelgas «corporativas», que más que dirigir, sufren las grandes organizaciones sindicales, o las interrupciones «salvajes» de la producción. Y a veces dichas discordias entre obreros llegan a ser muy violentas, especialmente cuando grupos de estudian-

* «Reaccionaria, antiliberal y clerical»; ese era el adjetivo con que se designaba los motines contra la República Italiana de 1799 por parte de hombres del pueblo organizados en el *Esercito della Santa Fede.* (N. del T.)

tes se presentan a la salida de las fábricas para apoyar la acción de los obreros más extremistas. Esa dificultad de relación entre esos dos grupos sociales, de privilegios tan desiguales, corre peligro quizás de desembocar en prohibiciones recíprocas de frecuentar determinados barrios de la ciudad, por lo menos en los momentos de tensión o de crisis.

Naturalmente, todo eso no podría suceder, si no existiesen, en el trasfondo de las sociedades industriales europeas que se han desarrollado de forma demasiado veloz y —a veces— caótica en los años 50 y 60, fenómenos que han vuelto muy desigual la evolución que está conduciendo al proletariado industrial hacia la condición, los usos y el consumo de la pequeña burguesía comercial y profesional. Por el contrario, en la Italia del Norte, en Alemania, en Francia, en Suiza, el propio *boom* industrial que ha hecho posible la promoción social de categorías obreras aparece basado en la importación masiva de mano de obra barata del Mediodía, de Africa del Norte, de Turquía, de Grecia, de España, de Portugal e incluso de África, de las Antillas, de Perú, de Afganistán. Hoy, en Europa existen por lo menos dos razas en las fábricas, en los barrios obreros y (en parte) en los sindicatos: la de las aristocracias obreras, que por fin están realizando el sueño de consumir como el empleado de banco y de asemejarse a su modelo más típico, y la de los subproletarios que acaban de pasar a ser ciudadanos, amontonados en las barracas, extenuados por los viajes largos y lentísimos, o hambrientos por sus frugales economías, exasperados por la total ausencia de perspectiva futura y por la conciencia de que, después de los cuarenta años, cada vez será más difícil encontrar un trabajo de lo más precario. Y a esa raza de condenados de los «milagros» europeos, auténtico empedrado del camino que abre a las aristocracias obreras de Europa el acceso a la sociedad de consumo, es a la que —naturalmente— se dirige con mayor éxito la llamada de las franjas «extrasociales». Y, vistos desde este punto de vista, con los ojos de esa masa sin dignidad, sin representación, sin esperanza, ni derecho a la esperanza, el egoísmo, la aspiración al privilegio y el ansia de poseer cosas que caracterizan hoy la «cultura» del proletariado industrial resultan intolerables y odiosos. En los barrios de barracas de Wolfsburg y de Stuttgart, en los *bidonvilles* de París, de Fos y de Ginebra, en los *ghettos* italianos de Zurich, en las *coree* milanesas o en las *Molinette* turinesas, la llamada *tupamara* en pro de una regeneración «cultural» de la sociedad mediante un período prolongado de luchas civiles sangrientas resulta cualquier cosa menos ilógica. Y tampoco es casualidad que sea en esos sitios donde se puedan reclutar los provocadores fascistas y los cómplices (verdaderos o falsos) de una acción de sabotaje.

El sistema urbano de una sociedad desquebrajada

Pero la formación de «grupúsculos» en las universidades, en las fábricas o en los barrios obreros no tiene sólo la doble repercusión —espacial y temporal, morfológica y social— que hemos visto en la fragmentación de las ciudades particulares: el nacimiento de *ghettos* y la ruptura del *consensus*. Las consecuencias del nacimiento y de la acción de dichos grupos marginales pueden observarse también al nivel del sistema de las ciudades y de la organización del territorio europeo. A ese nivel, naturalmente, los plazos de tiempo son más amplios; pero, si la acción de los «grupúsculos» debiese continuar y si los efectos ya evidentes de dicha acción debieran multiplicarse, el resultado a la larga podría ser una transformación de las *trends* * de desarrollo de las zonas y de las regiones a medio evolucionar de la Europa «fuerte», con una alteración fundamental de las tendencias actuales del desarrollo urbano en el viejo continente.

Sin embargo, eso sería una consecuencia casi paradójica de la acción y de la ideología de dichos grupos

* «Tendencias.» (N. del T.)

«espontáneos» que normalmente no preconizan la lucha contra el urbanismo y contra las grandes metrópolis ni desean regresos a la naturaleza y a la *wilderness*. Al contrario, en Europa, la aspiración a la relación directa entre el hombre individual y el ambiente natural, además de ser imitación de América, es siempre de inspiración política fundamentalmente conservadora; en cambio, en la izquierda, se habla siempre de «masas» y se sueña con una situación de «guerrilla urbana», en la que el revolucionario nadará entre la multitud como el pez en el agua.

Así, pues, los efectos de la presencia de la acción de los grupos política y socialmente marginales, que tienden a disminuir la velocidad del desarrollo de las grandes metrópolis europeas, son paradójicos, pero no por ello menos fáciles de advertir. No es necesario ir muy lejos para encontrar ejemplos: bastará recordar la decisión de localizar, finalmente, en el Mediodía las nuevas instalaciones industriales que la Fiat —grupo tradicionalmente insensible a los esfuerzos de la política meridionalista— originariamente había previsto para la periferia de Torino. Se trata de una decisión que, sean cuales sean las motivaciones —siempre complejas en casos así—, responde también a la necesidad de no concentrar un número todavía mayor de inmigrados en una metrópoli en que la formación de *ghettos* es muy fuerte y la tensión social creciente y en que el aparato industrial (industria mecánica de procesos «maduros» con trabajo parcelado y «cadenas» muy dependientes unas de otras) es especialmente favorable y está especialmente expuesto a acciones «salvajes» de pequeños grupos. No es casualidad que las zonas del Mediodía escogidas para la localización de dichas instalaciones sean aquellas en que una emigración terriblemente fuerte y selectiva ha apagado no sólo el dinamismo social y político, sino también el demográfico.

En resumen, últimamente las consideraciones políticas han empezado a desempeñar un papel cada vez más importante en la elección de las localizaciones industriales en Italia y, a través de ese mecanismo, la ruptura del *consensus* y el nacimiento de inquietudes e impaciencias en estratos cada vez más amplios del país real con respecto al país oficial y de las fuerzas políticas ha empezado a influir en las tendencias de desarrollo del sistema urbano italiano, con lo que ha alterado una disposición territorial en que, hasta hoy, se podía leer solamente el predominio del «capitalismo miserable» del norte, basado en la explotación intensiva de masas cada vez más amplias de obreros recién inmigrados, e inextricablemente vinculado a la renta especulativa.

En cualquier caso, hay que observar el territorio europeo en su conjunto para darse cuenta de esa repercusión de la ruptura del *consensus* social italiano en la distribución territorial de la industria; efectivamente, ha sido en Magna Grecia, es decir, en la zona del Mediodía más controlada políticamente, donde finalmente ha encontrado localización una gran empresa química, originariamente prevista para la zona situada entre Milán y Bérgamo.

En cambio, Brescia y Bérgamo entran en este cuadro por otro episodio, que demuestra también la repercusión de la evolución «cultural» de la sociedad en el sistema de organización territorial. Efectivamente, en esas dos ciudades se han creado las nuevas instituciones universitarias de Lombardía, que han recibido el estímulo y el apoyo de los ambientes políticos milaneses, a pesar de que su existencia no podrá dejar de ejercer cierta competencia con respecto a las cuatro universidades de Milán y de provocar una disminución de la velocidad del desarrollo de la capital lombarda como centro de estudios superiores. En este caso específico, el temor al extremismo estudiantil y el deseo de evitar contactos demasiado fáciles entre estudiantes y grupos obreros «marginales» han sido los que han aconsejado facilitar el nacimiento de las dos nuevas universidades en las provincias más católicas y conservadoras de Lombardía, antes que aumentar la población universitaria milanesa.

Se trata de un episodio que viene a interrumpir una tradición en la historia de los localismos provinciales. A pesar de las numerosas razones que aconsejan utili-

zar las superficies urbanas para cualquier objetivo, menos el de crear universidades (que, incluso en la época de *Addio giovinezza,* siempre han sido muy poco interesantes desde el punto de vista de la hacienda local, y además —hoy como entonces— crean problemas de tráfico, provocan el aumento de los alquileres, etc.), Milán no había sentido nunca la necesidad de fomentar la descentralización de sus instituciones universitarias. Al contrario, el largo duelo con Pavía, continuado ininterrumpidamente desde la unidad hasta después de la segunda guerra mundial, demuestra el carácter de *status symbol* que los milaneses habían atribuido siempre al hecho de ser un centro importante de estudios universitarios. Pero esa idea empieza a vacilar en 1968, en el momento en que —bajo la influencia de los acontecimientos parisinos— el compromiso político de los estudiantes extraparlamentarios de izquierda, que habían entrado en contacto con los grupos «marginales» de recién inmigrados, cambió de carácter, y los choques con los extremistas de derecha y con la policía comenzaron a arreciar diariamente en torno al Duomo y a la Scala, a San Babila, en vía Larga, en vía Festa del Perdono, y se transformaron muchas veces en teatro de batallas sangrientas y fatales.

Todavía pocos años ha, los habitantes de cualquier ciudad de Italia consideraban el hecho de ser sede de una universidad, y el de que ésta se desarrollase progresivamente, como un símbolo importante de la calidad del nivel urbano, de la importancia de la ciudad y de su prestigio cultural. La creación de nuevas facultades y las financiaciones necesarias para el desarrollo de las ya existentes constituían objeto de batallas encarnizadas entre las *élites* políticas de los centros urbanos más importantes. De improviso, y no sólo en Italia, parece haberse olvidado y casi haberse abandonado; y hoy las preferencias colectivas con respecto al desarrollo de las universidades parecen orientarse hacia las ciudades pequeñas y medias más que hacia las grandes —vencedoras tradicionales en el pasado de los encuentros a que hemos aludido—, mientras que parece afirmarse la tendencia a crear en provincias esas nuevas sedes que pueden hacer de «desagüe», o por lo menos de barrera, para limitar el crecimiento, demasiado rápido, de la población universitaria en los mayores centros metropolitanos del país. La lucha por tener universidad hoy es un hecho casi folklórico, típico de las ciudades más atrasadas y que siempre llevan el retraso de una guerra; no es casualidad que participen en dicha lucha Catanzaro contra Cosenza o Teramo contra Chieti. Y basta echar un vistazo a un mapa de las localizaciones universitarias para darse cuenta de que éste no es un sector cuyo desarrollo interese al noroeste del país, es decir, las provincias verdaderamente ricas y avanzadas, mientras que en el Véneto, en el sur, y, sobre todo, en la Italia central las universidades se multiplican a un ritmo tan rápido que sólo puede compararse con la velocidad con que aumenta la descalificación de los estudios y la dificultad para los doctorados a la hora de encontrar cualquier empleo.[9]

Estos son ejemplos que muestran la relación existente entre la ruptura del *consensus* político-ideológico, la aceptación de la violencia como único medio de lucha social para los grupos «marginales» y los modos de desarrollo tanto de las ciudades particulares como del sistema de las ciudades. En el caso italiano, que hemos examinado, igual que en otros casos, resulta bastante claro que, sobre todo si debiese llegar a ser más desesperada la condición y más oscuro el porvenir de grupos sociales que, por una u otra razón, se sienten marginados de las categorías dominantes, la geografía de las localizaciones industriales, la geografía de las instituciones universitarias, todos los capítulos de importancia capital de la geografía urbana y de la organización territorial del país, sufrirían modificaciones profundas. Y si, por un lado, se invirtiera probablemente la tendencia al desarrollo acumulativo de las grandes

[9] Con respecto a esto, véase G. Sacco, «Geografia delle università e politica del territorio», in *De homine,* Roma, Sansoni, 1970.

ciudades del norte, a las que la propia complejidad y madurez de los utensilios industriales vuelve demasiado débiles —a pesar de los intentos para encontrar «nuevas formas de hacer el automóvil»— frente a la violencia; por otro lado, también quedaría invertida inevitablemente la tendencia a volver a dar función y vida a las herencias más antiguas y preciosas dejadas por los arquitectos del pasado a través de la transformación de la ciudad-museo en ciudad universitaria. La estructura urbana de Siena o de Venecia, por ejemplo, se presta muy bien para los estudios y para la investigación; más aún, ésas son las únicas funciones que pueden devolver la vida y, por tanto, salvarlo, al patrimonio que constituyen. Pero se trata de ambientes que sería imposible proteger el día en que la violencia llegase a ser habitual y extrema en el mundo universitario, el día en que todo el mundo advirtiese claramente que en Europa el vínculo entre universidad y sociedad se ha interrumpido y que en esta orilla del Atlántico estamos condenados a vivir del reflejo y de la imitación de Estados Unidos, en la incapacidad para buscar y elaborar concretamente —devolviendo a la universidad su función de «laboratorio social» y quitándole su carácter de envoltura retórica y de excrecencia parásita— los «nuevos valores» sobre los cuales restablecer el *consensus*.

La mutación cultural a ambos lados del Atlántico

El nacimiento de esos grupúsculos extremistas en las universidades y en las fábricas no es completamente desconocido al otro lado del Atlántico. No obstante, parece más grave y profunda en el Viejo Mundo (sobre todo en Alemania, en Italia y en Francia) que en Estados Unidos, donde, para conocer su amplitud e intensidad auténtica, habría que calibrarla, cuando se aplaque la tensión del conflicto vietnamita. Si es cierto que después de dicha guerra América nunca podrá volver a ser la misma, igualmente es cierto que la evolución política de Estados Unidos en los próximos años (dentro

de las posibilidades que existen de preverla sobre la base de las indicaciones de tendencia existentes, como las aplastantes victorias demócratas en las elecciones para el Congreso y para los gobernadores de los Estados particulares) parece destinada a reanudar, después de la pausa representada por Nixon, el camino del reformismo democrático inaugurado por Roosevelt, y continuado, después de la pausa Eisenhower, por los «cabezas de huevo» kennedianos.

Además, quedan por señalar otras dos diferencias fundamentales. En primer lugar, el extremismo de izquierda en América no afecta a los ambientes obreros, a pesar de la sucesión mutua de grupos étnicos y nacionales diferentes no sólo en las cadenas de producción, sino también en el control de las centrales sindicales; al contrario, los ambientes obreros son aquellos en que más evidente es la supervivencia del *American dream* *, tanto en el sentido de que el proceso de asimilación sigue siendo rápido y total, como en el sentido propiamente político, dado que la clase obrera ha asumido el papel de intérprete ortodoxa, literal y acrítica de la tradición política americana.

En segundo lugar, la oposición política de los estudiantes radicales se debe muchas veces —como decíamos— al convencimiento de que los dirigentes de Estados Unidos se están alejando de la tradición americana en el campo de la política exterior. No obstante, no reniegan aquélla; no se interrumpe el vínculo con la gran masa de la opinión pública. Lejos de degenerar, como ocurre en Europa, en pequeñas sectas en guerra contra toda la sociedad y, por la misma razón, impulsadas fatalmente hacia el terrorismo, los que en América [10] se llaman movimientos «radicales» de iz-

[10] Con el adjetivo *radical* los americanos quieren decir extremista, tanto de derecha como de izquierda. Por eso, no hay que confundir con los radicales italianos, ni mucho menos con los franceses del siglo XIX. Si acaso, el sentido americano de la palabra ha entrado en Italia en los últimos años, precisamente desde que los radicales pasaron a ser un movimiento de opinión.

* «Sueño americano.» (N. del T.)

quierda tienden, en cambio, a transformarse en movimientos de opinión y vencen precisamente cuando una secta o un grupo de poder queda derrotado, es decir, en el momento en que las fuerzas políticas parlamentarias empiezan a ver interés político en robarles (al apropiárselo) su programa.

Se puede estar de acuerdo o no con la interpretación (más o menos superficial) de la historia y de la «ideología» americana dada por las franjas radicales, por los «grupúsculos» de allende el océano, pero es un hecho difícilmente discutible que la posición de dichas minorías es radicalmente diferente de la de los movimientos «espontáneos», «neotrotskistas» e incluso «nazi-maoístas» que pululan en la Europa continental. Y la alienación verdaderamente total de estos últimos con respecto a la tradición política y civil de Occidente hace pensar en una ruptura del *consensus* social más grave y más duradera, de consecuencias más amplias y potencialmente más peligrosas.

Los observadores europeos subestiman sistemáticamente la capacidad de la sociedad americana para absorber y dar respuesta a ese tipo de inquietud; esos mismos observadores que tienden a exagerar sistemáticamente la posibilidad de que se reproduzcan en el Viejo Mundo los fenómenos típicamente americanos que ya hemos descrito a propósito del nacimiento y de la difusión de un sentimiento profundamente antiurbano. En los casos en que dichos fenómenos pueden parecer, a primera vista, difundidos también en Europa, no son sino la consecuencia de un fenómeno de imitación de América, que es parte integrante, aunque no confesada, del conformismo pequeñoburgués del europeo medio; es decir, que siempre revisten el carácter de un hecho superficial, que nunca supone una alienación con relación al ambiente social. Por el contrario, la imitación de extremismos políticos de allende el océano forma parte de todos los esfuerzos de asimilación y de integración del *establishment.*

En resumen, existe un matiz que resulta indispensable tener en cuenta a propósito de lo que hemos dicho; un matiz que se añade o se pierde, cuando comportamientos políticos, o *slogans,* de origen, procedencia o imitación americana, se difunden en Europa y cambian fundamentalmente de contenido al atravesar el océano. Sólo en ciertos casos pueden, después de cierto período de tiempo, echar raíces más profundas en este nuevo terreno y perder el carácter de imitación.

Algunas de dichas costumbres, que todavía hoy aparecen como típicamente americanas, pero que podrían encontrar entre nosotros terreno favorable para arraigar (y quizás ya lo encuentren), interesan directamente a la morfología y a la patología urbanas. No obstante, se trata, en su mayor parte, de fenómenos de gran importancia que afectan a la sociedad en conjunto y cuyas repercusiones superan ampliamente los límites de las cuestiones relativas a la morfología y patología urbanas.

No obstante, eso no significa que podamos omitirlas aquí, si queremos dar verdaderamente un cuadro completo de las alternativas posibles para la evolución del tejido y de la morfología urbanos en Europa. De hecho, las alternativas que se seguirán en el dominio de la planificación y de la proyección de las ciudades del futuro acabarán por reflejar las opciones más generales presentadas —de forma más o menos consciente— con respecto al tipo de sociedad considerado deseable para el porvenir. Y, si dichas opciones generales no estuviesen ya claras en el momento de seguir las alternativas para el futuro de las ciudades, las propias decisiones en el dominio de la morfología, de las funciones y de las redes urbanas acabarán por convertirse en decisiones políticas generales para el futuro de la sociedad, ya que no es posible dar un aspecto a una ciudad sin comunicar determinados rasgos culturales a la sociedad que deberá habitarla. Pero serán decisiones generales deformadas por planteamientos sectoriales, por el carácter incompleto de las informaciones, por la falta de conciencia de su propia importancia política general.

Efectivamente, no es posible esperar que los urbanistas —cuya especialización profesional muchas veces se limita exclusivamente a los problemas técnicos de

la planificación urbana— hagan frente solos a la tarea que incumbe a toda la sociedad y, en particular, al sistema político. En caso contrario, existirá el peligro de que las decisiones así tomadas sean al mismo tiempo desordenadas y casuales y carentes del más mínimo planteamiento y análisis de los problemas con que se enfrenta la sociedad europea.

Hipótesis sobre la sociedad de mañana

Por tanto, la investigación de las opciones de carácter general, encaminadas a explicar mediante la observación de los fenómenos de hoy una idea de la cultura de la sociedad de mañana, deberá proceder, al mismo tiempo —y de tal forma, que favorezca el intercambio de indicaciones e informaciones— a la investigación sobre la ciudad en que dicha sociedad estará destinada a vivir y a trabajar, es decir, la investigación que ya estamos construyendo. Si bien la morfología de la ciudad recibe siempre la fuerte impronta de los rasgos culturales de la civilización urbana que alberga, la afirmación recíproca es igualmente cierta: la organización y la estructura física de la ciudad que estamos construyendo hoy no podrá dejar de producir efectos sobre la evolución de la sociedad urbana. Al contrario, la intervención en la morfología urbana y en la organización del territorio es una de las pocas posibilidades de intervención planificada —aunque de forma indirecta— en los comportamientos de cada uno de los componentes de la sociedad.

Efectivamente, la multiplicidad de las decisiones individuales no coordinadas e incoordinables, que es la causa de la mayoría de los problemas de la sociedad moderna, encuentra un límite propio en la organización física del espacio. Así como los instrumentos fiscales y monetarios de la política económica tienden a orientar a corto y medio plazo el comportamiento de los individuos, así también la política de organización territorial puede ser un instrumento para estimular a quien en

dicho territorio vaya a organizar su propia existencia, a preferir la calidad o la cantidad del consumo, la estabilidad o el *commuting* * insensato, ciertos tipos de uso del tiempo libre y de otras cosas, e incluso ciertos comportamientos y preferencias políticos en lugar de otros. En un tejido urbano uniformante y completamente anónimo como el de los *grandes ensembles* franceses, en que el espacio medido al centímetro y el aprovechamiento hasta el último límite de los utensilios obligan a una atención y tensión ininterrumpidas, y a enfrentarse continuamente con alternativas (si entra este cuadro, debe salir aquél; si compro el periódico de hoy, hay que tirar el de ayer) y a tener que manifestar reacciones casi feroces frente a cualquier invasión por parte de un extraño del propio espacio, ya tan limitado. En un ambiente disgregado, caótico y horrendo como el de las periferias construidas en torno a Roma en los últimos veinte años y en todas las espantosas Agrigento de Italia, donde unos bloques se amontonan sobre otros, ya ruinosos antes de ser habitables, sin un árbol ni un espacio verde, ni una oportunidad para el *defoulement* ** físico (gracias a un juego o un deporte agradable), en un mundo en que la ley universal es el predominio de los edificios sobre la naturaleza, de los individuos sobre el espacio y las instalaciones colectivas, de los klaxon sobre el descanso, del tráfico automovilístico sobre los peatones, de los automóviles más potentes sobre los más pequeños, de los automóviles con destornillador sobre los que no lo llevan, es normal que todos los traumas, todas las frustraciones, todas las aspiraciones insatisfechas se descarguen, en los casos mejores, en el fenómeno —que no por casualidad se propaga en coincidencia con los fenómenos más caóticos de urbanización— del travestismo sexual (entrar, por fin, aunque de forma grotesca, en el mundo femenino, en un mundo

* «Los viajes diarios o regulares que realiza una persona entre dos puntos geográficos, generalmente para trasladarse hasta el lugar de trabajo y para regresar al lugar de residencia.» (N. del T.)

** «Desahogo.» (N. del T.)

sicológico en que la virtud, y no la culpa, es ser frágil; bello, y no feo; en que un susurro vale más que el estruendo de un klaxon de dos tonos), y, en los casos peores, en el travestismo de las camisas negras, en el que se puede, por fin, ir armado con un destornillador mayor que el de los demás, en la formación de bandas que, a golpes dados en la proporción de diez contra uno, puedan, por fin, gustar el placer del poder en su forma más grosera y resarcirse de todos los «adelantamientos» sufridos.

En resumen, los fenómenos culturales que se producen en las ciudades que hemos construido bajo el signo de la especulación (grandiosa en Francia o, como es costumbre, miserable en Italia) no son diferentes de lo que ocurre en las *Medinas* del mundo árabe y todavía menos en los campos miserables de los refugiados palestinos. Suma final de todas las opresiones del mundo contemporáneo, a las que se añaden las opresiones tradicionales de la «eterna Edad Media» del mundo árabe y las recientísimas de sus propios «hermanos» que han conseguido apoderarse de una metralleta o de una granada, los palestinos se agolpan a cualquier hora del día o de la noche en los miserables gimnasios que florecen por millares en los campos y en los pueblos de Cisjordania, teatro paradójico y espantoso de la agitación febril, en un sueño imposible de fuerza animal, de centenares de cuerpos harapientos, desnutridos, quemados por el *napalm* y las enfermedades.

Pero la dignidad que, de vez en cuando, la conciencia de encontrarse en el centro de una gran tragedia histórica consigue dar incluso a esas miserias, está totalmente ausente en los *ghettos,* sólo en apariencia menos desesperados, que hemos ido acumulando con los «milagros» europeos y con la construcción de absurdas junglas de cemento deseadas y proyectadas sin ni siquiera preguntarse qué efecto habría causado dicha morfología urbana en la sociedad de hombres destinados a poblarlas; al contrario, ni siquiera se ha pensado. Para los «milagros» industriales del valle del Po, de Suiza, de Alemania, de Francia se necesitaban brazos, millones de brazos, que

se gastasen rápidamente y se pudieran sustituir fácilmente; en lugar de los brazos, llegaron hombres, con la aspiración a mejorar su condición, con la ambición de tener derecho a abrigar esperanzas, con la necesidad —en definitiva— de un esfuerzo colectivo para la construcción de un futuro diferente.

Por tanto, como demuestran esos errores del pasado, la pregunta sobre cuál pueda o deba ser la sociedad de mañana no puede —bajo pena de cargar con costos sociales y políticos gravísimos— dejar de acompañar constantemente los pensamientos de quien se pregunta cuál pueda o deba ser la ciudad que se creará con nuestras decisiones de hoy. ¿Cuáles son los contenidos sociales del proceso de transformación física y morfológica? ¿Y cómo podrán traducirse las hipótesis de carácter general sobre el futuro considerado deseable por la sociedad en iniciativas concretas, en objetivos particulares realizables de forma realista en plazos de tiempo breves y de forma que no provoquen reacciones demasiado bruscas e inmediatas por parte de aquellos cuyos comportamientos, aparentemente libres, se tiende a orientar?

Naturalmente, es muy difícil responder a estas preguntas. Y, sin embargo, resulta imposible vivir nuestra vida de hoy sin una hipótesis de interpretación de los fenómenos de nuestro tiempo y de sus líneas de tendencia. Una vez descartada la opinión, demasiado simplista, de que los fenómenos americanos de hoy constituyen nuestro futuro, un primer indicio quizás pueda encontrarse, sin embargo, en los fenómenos que, después de haberse manifestado inicialmente como simple imitación de lo que sucedía en Estados Unidos, han arraigado en Europa. Así, independientemente del hecho de que, en un principio se trataba de pura imitación, la difusión de las drogas, más o menos ligeras, empieza a convertirse ahora, a este lado del Atlántico, en un problema grave. Y se puede considerar verosímil, y no carente de consecuencias, la perspectiva de encontrarse en el plazo de una generación con un gran porcentaje de

la población en edad activa más o menos entregada a la droga, como sucede desde siempre en algunos países subdesarrollados del Tercer Mundo.

Por otra parte, parece ya evidente que, una vez más a partir de un fenómeno de inspiración americana originaria, una parte importante de la Europa occidental —la más marcada por la Reforma y por las guerras de religión— está atravesando por un período de profunda y renovada angustia por cuanto concierne a las creencias religiosas, angustia renovada que puede provocar divisiones y tensiones civiles mucho más acerbas que las producidas por la proliferación de grupúsculos de izquierda. Una vez más —decíamos— nos encontramos frente a un fenómeno en cuyo origen hay una fuerte influencia americana. Pero también es bastante evidente que en muchos países de Europa —la mayoría protestantes— la crisis de renovación resulta alimentada actualmente por tensiones espirituales específicamente europeas y que sectores muy importantes del mundo católico, como en Holanda, se ven también afectados. Se podría decir incluso, atreviéndose a extrapolar y sintetizar algo audazmente la situación actual, que Europa parece estar a punto de conocer una nueva sacudida revolucionaria protestante.

En resumen, una nueva fuerza revolucionaria estaría brotando de la tradición de la Reforma, y ello, paradójicamente, en el preciso momento en que el protestantismo, después de haber dado vida a la sociedad moderna —por lo menos en América, con las inevitables imitaciones europeas—, parece estar a punto de desembocar en una especie de neopaganismo, cuyo aspecto más evidente y, desde luego, más imprevisible y sorprendente representa el consumo masivo del sexo y de la pornografía.

Pero es muy probable que en Europa el resultado de la crisis actual sea una multiplicación de los códigos éticos. A su vez, el descubrimiento de la relatividad de los valores absolutos, que es inevitable en un período de fragmentación de la cultura de una sociedad, puede

conducir fácilmente a una especie de *backlash* * religioso capaz de reforzar y radicalizar algunas instituciones tradicionales. La propia expansión de la iglesia católica en Estados Unidos demuestra que dicho fenómeno puede producirse sin duda alguna en un período de crisis.

Dicha multiplicación de las «culturas religiosas» es un fenómeno que recuerda el de la proliferación de las sectas más exóticas en los últimos tiempos del mundo clásico, antes de que el cristianismo sobreviniese y restaurase la unidad, al establecer como universales sus propios valores absolutos. Y aun sin llegar demasiado lejos en la previsión y en la analogía, vuelve a presentarse como sugestiva la hipótesis de una especie de nueva Edad Media.

Aun cuando quisiésemos dejar de lado las consideraciones sobre la tensión que podría derivar de la enorme variedad de concepciones éticas, de códigos de comportamiento, de condenas recíprocas, que podría producir la multiplicación de las «culturas religiosas»; aun cuando pretendiésemos limitarnos a tener en cuenta sólo los fenómenos que ya están produciéndose, es evidente que durante un período bastante prolongado habrá una tensión muy fuerte entre los nuevos grupos neopaganos y los grupos tradicionalistas, reforzados por el *backlash* de que ya hemos hablado.

La *drug-culture* en sí misma no será otra cosa que una variante de dichas culturas religiosas, pero su existencia complicará las cosas indudablemente. En conclusión, es muy probable que la fragmentación generalizada de la sociedad, que podría derivarse, sea mucho más profunda y capaz —en lo que interesa a nuestro sector— de influir de forma negativa y decisiva en las condiciones de vida en las grandes aglomeraciones urbanas.

Así, después de una evolución muy original, Europa corre peligro de conocer —pero de forma fundamentalmente diferente de como ha ocurrido ya en Estados Unidos— una amplia fragmentación de la sociedad y el

* «Reacción violenta.» (N. del T.)

nacimiento de gran cantidad de «minorías», diferentes entre sí, pero igualmente frustradas y propensas al desorden.

¿Hacia una transición permanente?

La posibilidad de que el nacimiento de nuevas «minorías culturales» se convierta en un fenómeno constante, por lo menos hasta el día en que triunfe una concepción nueva, capaz de catalizar todas esas inquietudes y de consolidarse como una nueva *conformity*, hace que esa perspectiva sea más inquietante. Y, aun cuando así fuese, no podemos prever el plazo ni, por la misma razón, la duración del período que deberá transcurrir antes de que la unidad y la conformidad de las «culturas» lleguen a restablecerse.

Para lo que nos incumbe aquí, todo eso podría resultar lejano como para ser interesante en nuestra perspectiva y en nuestro horizonte temporal, que siguen siendo los de las alternativas posibles para los treinta años. Si el período de transición debiera prolongarse más allá de ese límite (que es ya muy dilatado para cualquier iniciativa de previsión y de planificación), las sociedades en que vivimos se verían obligadas a hacer planes y escoger alternativas como si nos encontrásemos en período de transformación permanente, de constante fragmentación del cuerpo social, con cambios ininterrumpidos de motivaciones personales, de fines, de códigos éticos y de reglas que influyen en las relaciones entre personas, entre grupos y entre individuo y grupo social.

El aspecto más inquietante de esa situación lo constituye la posibilidad de conflicto entre concepciones diferentes sobre los fines de la vida y del desarrollo de la personalidad humana. Así, por ejemplo, cualquier concepción de ascetismo militante despreciaría, por inmoral, y quizás tendría tendencia a perseguir, por «dañosa para la juventud», cualquier concepción de autorrealización y de desarrollo de la personalidad encaminada a conseguir la felicidad en esta tierra. Otros códigos éticos, a su vez, podrían basarse en la hipótesis de la conquista del poder. En consecuencia, habría peligro de que el resultado de todo eso fuese muy diferente de la sociedad en que el desarrollo de la personalidad es libre para cada individuo y en que dicha libertad se concreta gracias a la existencia de la *conformity* basada exclusivamente en la tolerancia recíproca y en la infinita multiplicidad de los códigos éticos ofrecidos por los diferentes grupos.

Dicha multiplicidad de culturas religiosas y de códigos contradictorios crearía una especie de guerra civil permanente, a veces fría, pero con frecuencia muy caliente: una situación semejante a la que podemos encontrar en algunos países del Nuevo Mundo, y sobre todo en América Latina, donde —después de que grupos hasta ahora excluidos de la dialéctica de dicha sociedad han traspasado el umbral de la existencia histórica— el *consensus* social ha dejado de existir.

Evidentemente, cualquier esfuerzo de previsión sobre la amplitud de dichos fenómenos, cuyas posibles características son ya muy difíciles de vislumbrar, sería muy arduo. ¿Cuál sería la *permissiveness* * de la sociedad europea actual; en otros términos, cuál es su capacidad para absorber, renovándose continuamente, el desafío de las herejías? ¿Hasta qué punto podrán multiplicarse los códigos éticos y dividir a los hombres entre sí antes de que las discrepancias y la contraposición lleguen a ser intolerables? ¿Cuáles serán las reacciones —que ya empiezan a presentarse— a ese neopaganismo vulgar que se basa en el ideal del consumismo que quisiera dar un sentido y un gusto a la vida mediante la posesión y la destrucción de objetos concretos y sobre todo de máquinas que cada vez se parecen más a juguetes? ¿Cuál será la evolución de dicho neopaganismo bajo el impulso de los factores que disminuirán en el futuro la posibilidad de construir y de destruir objetos mate-

* «Tolerancia.» (N. del T.)

riales? ¿Cuáles serán los nuevos fines del desarrollo, una vez que se haya tomado conciencia de sus límites?

Los futuros posibles para las metrópolis europeas

Los ejemplos del pasado no inducen al optimismo, sobre todo si adoptamos, como modelo histórico de referencia, el fin de la era clásica y la reacción que siguió a ella durante los primeros siglos de la Edad Media, con la crisis y el rechazo total de la concepción de acuerdo con la cual el gusto y el sentido de la vida se podían encontrar únicamente en el poder político, en el placer físico y estético y en la abundancia material. En resumen, la semejanza de nuestro tiempo con el período final de la historia grecorromana, caracterizada por la multiplicación de los códigos y por la difusión de las mitologías orientales (que, por lo demás, no se sabe exactamente si deben considerarse políticas o religiosas, o ambas cosas a la vez), sería no sólo exterior o superficial, sino profunda.

No obstante, los elementos a nuestra disposición para la interpretación del porvenir de las sociedades europeas son demasiado inciertos, frágiles y contradictorios como para que podamos —con la hipótesis sobre la nueva Edad Media— ir más allá de una mera indicación de tendencia. Y hace falta mucha cautela, si verdaderamente queremos analizar de forma realista los «futuros posibles» de las metrópolis europeas y valorar nuestra capacidad para intervenir activamente con los instrumentos de la planificación urbana para dar a las sociedades y a las ciudades las características que consideramos deseables.

En la hipótesis de una división profunda, y en aumento, de las mentalidades, las ciudades acabarían asemejando probablemente —como ya he indicado— a las ciudades de algunos países latinoamericanos, en las que la fragmentación del cuerpo social queda evidenciada plásticamente por el hecho de que el portero de los inmuebles suela estar armado. En esas mismas ciudades

los edificios públicos parecen fortalezas, y en algunos casos (por ejemplo, el palacio presidencial) están rodeados —como fortalezas medievales— por terraplenes colosales que los protegen de posibles ataques realizados con armas capaces de destruir fácilmente los muros, como el cañón o el *bazooka*.

Por lo demás, también en Estados Unidos —especialmente en las ciudades industriales con minorías negras importantes— se pueden encontrar arquitecturas típicas de una sociedad en que el desquebrajamiento es profundo. En este caso las explosiones de violencia, que hasta hace pocos años se repetían sistemáticamente todos los veranos en los *ghettos* negros, han obligado a los grandes almacenes a mandarse construir sedes fortificadas de aspecto medieval. En Europa, ese tipo de arquitectura tiene orígenes más antiguos y destino más duradero: basta observar, aunque sólo sea desde el exterior, la sede que los dirigentes comunistas italianos mandaron construir en vía delle Botteghe Oscure, inmediatamente después de la Liberación, para darse cuenta de que se trata de un auténtico fortín proyectado en previsión de un largo período de tensión política fortísima, que en cualquier momento podía degenerar en encontronazo violento.

Obviamente, se trata de ejemplos procedentes de situaciones que difieren en primer lugar entre sí y también de las que hemos tomado como hipótesis posibles para la Europa de mañana. No obstante, son ejemplos de una arquitectura concebida para sociedades modernas, pero profundamente divididas. Todavía mejor que el ejemplo de las cien plazas fortificadas que, con ocasión de otra ruptura violenta del *consensus* civil, tuvo que conceder a los hugonotes el rey de Francia, dichos episodios contemporáneos nos pueden dar una idea de lo que podría llegar a ser, a finales del siglo XX, la arquitectura y la fisonomía de las ciudades.

En cambio, resulta muy difícil construir una hipótesis sobre el porvenir de la estructura, de los paisajes urbanos, del aspecto físico y arquitectónico que tendrán las metrópolis europeas, cuando se haya establecido

un nuevo *consensus* sobre los valores absolutos y sobre los códigos de comportamiento. Para poder hacerlo, sería necesario poder prever cuáles serán dichos códigos y dichos valores absolutos; y es probable que, en una materia tan escurridiza y delicada, cualquier esfuerzo de previsión acabaría inevitablemente por resentirse de preferencias y convicciones personales. Por esa razón, convendrá atenerse a un horizonte temporal menos lejano y, siguiendo con la hipótesis de una sociedad ya sin *consensus* colectivo, intentar identificar las morfologías urbanas que podrían «encarnar» la fragmentación cultural que parece perfilarse para los últimos treinta años de este siglo.

La primera hipótesis que hay que lanzar es evidentemente la de que, a pesar de la fragmentación, pueda ser posible garantizar formas de tolerancia y aceptación recíprocas. A la sociedad en que eso se hubiese conseguido, como quiera que se la defina, podría corresponder una estructura urbana de tipo abierto en que no haya «especialización» cultural ni social de los diferentes barrios, estructura urbana que todavía tienen que inventar en gran parte arquitectos y urbanistas, pero algunas de cuyas características, como la flexibilidad funcional, la interdependencia entre los barrios, etc., quizás podamos ya indicar.

La segunda posibilidad es la de que, después de un período más o menos largo de diferenciación creciente y de contrastes cada vez más agudos —período durante el cual la vida en común se volvería cada vez más difícil y la morfología de la ciudad cada vez más semejante a los modelos sudamericanos—, se afirme un nuevo *consensus* capaz de dar vida a una ciudad de tipo nuevo, caracterizada por la impronta de la nueva *conformity*, del nuevo código y de los nuevos valores absolutos. Los ejemplos históricos de este tipo de ciudad son innumerables, y en todos los casos se trata de ciudades que podríamos denominar «obras del régimen» (de cualquier régimen): la *Medina* islámica, como Fez, no por casualidad denominada «el foco de la ley y de la fe»; la ciudad industrial (Wolfsburg), donde la fábrica domina —hasta físicamente, en el panorama— todo; algunas capitales políticas (como Moscú), espirituales (como La Meca o la Roma de los Papas), y, por último, la ciudad del placer, como Las Vegas, donde las luces, la multitud, la animación se apagan inmediatamente, con lo que recuperan su carácter de cruce desolado entre pistas del desierto, apenas nos alejamos del *Strip*, la bulliciosa arteria donde se alinean las *gambling houses* *.

Lo que sorprende en todos esos modelos de ciudad, que encarnan «culturas» y tipos de sociedad bien precisos, es que, cuando todavía no han adquirido el aspecto de *ghost towns* **, de ruinas de civilizaciones sepultadas, muestran inevitablemente el de estar en plena transformación. En Londres, en París, en Roma y todavía más en Nueva York, las obras públicas para la construcción de «tangenciales», *freeways* *** o metros, han llegado a ser parte integrante y permanente del paisaje urbano. Más todavía, el arte de vivir entre obras públicas se ha convertido en aquel en que sobresalen ya los millones de habitantes de las metrópolis.

Si conseguimos, por un instante, darnos cuenta de que las obras públicas son un elemento que caracteriza el paisaje de la ciudad contemporánea, y comprendemos que detrás de esa actividad frenética de demolición y construcción no hay el modelo de una ciudad, de una sociedad, de una cultura de características definidas, tenemos la sensación verdaderamente de que la nueva *conformity* es totalmente imprevisible, que sólo se puede buscar al tuntún, con un método de grosero *trial and error* ****; se tiene la sensación de que las metrópolis contemporáneas ya no consiguen ser foco de ninguna ley o fe algo duraderas, que sólo pueden ser sede de una sociedad en revolución, sometida a un proceso de cambio intenso, ininterrumpido, destinado a prolongar-

* «Casas de juego.» (N. del T.)
** «Ciudades abandonadas, desiertas.» (N. del T.)
*** «Autopistas.» (N. del T.)
**** «Ensayo y error.» (N. del T.)

se en el tiempo, y cuyo sentido sigue siendo fundamentalmente indescifrable.

Por otra parte, la evolución de las relaciones dentro del mundo industrial indica bien que la sociedad va hacia una fase de fluidez, conflictividad y mutación: en este caso, el *management* ha pasado rápidamente de un paternalismo muy entrometido, que pretendía ocuparse de todos los momentos de la jornada del obrero y de todos los aspectos de su vida, a una actitud de gran discreción y a formas de presencia muy difuminadas y disimuladas, y ello para ofrecer el menor número posible de ocasiones de rebelión y de protesta, que pueden asumir formas tanto más imprevisibles cuanto que pueden proceder de una miríada de organizaciones y grupúsculos muy diferentes. En el interior de las fábricas, hoy existe la orientación hacia técnicas organizativas inspiradas en la de la guerrilla y contraguerrilla. La masa obrera está organizada cada vez con mayor frecuencia en *task forces,* especie de comandos capaces de realizar de forma semiautónoma las misiones que se les confían, con el fin de aumentar su eficacia en una situación en que el sistema en su conjunto se viese sacudido gravemente por agitaciones «salvajes» en otros sectores. Evidentemente, esa es la respuesta de las empresas —y por ahora de las grandes empresas— a la nueva táctica de una clase obrera cada vez más dividida y difícil de controlar tanto por la organización sindical como por el paternalismo patronal. Pero también es un síntoma de las tendencias a la reorganización de toda la vida social y, por tanto, de la vida urbana también, de acuerdo con modelos nuevos, en una situación de progresiva pulverización de las clases sociales y de proliferación caótica y mutable de grupúsculos muchas veces incomprensibles y siempre incontrolables.

La tercera posibilidad para el porvenir de las sociedades y de las ciudades es que se abra un período de «transición permanente». En ese caso, ninguna *conformity* conseguiría prevalecer durante el tiempo suficiente como para permitir a la ciudad (cuyos plazos de evolución son bastante lentos) seguir el cambio social y encarnarlo en el paisaje urbano. Pero hay que tener en cuenta que el ritmo de renovación puede acelerarse con destrucciones más o menos accidentales durante luchas civiles, de igual forma que las matanzas y los tribunales de salud pública aceleran el ritmo de sustitución de las generaciones durante las grandes oleadas revolucionarias.

No podemos saber cuál de estas tres hipótesis puede considerarse probable para la sociedad europea de los próximos treinta años. Sin embargo, sabemos que, para cada una de ellas, se pueden indicar algunas características de la morfología urbana correspondiente.

La forma urbana de una sociedad libre

No se puede pertenecer a una generación determinada, vivir en un siglo determinado, sin tener —consciente o inconscientemente— una interpretación del pasado, una posición con respecto al presente, un proyecto para el porvenir. Y no seríamos hombres de este siglo —es decir, hombres que contribuyen, de buena o mala gana, con conciencia o dentro de la ignorancia, a darle sus rasgos distintivos, a hacer que sea lo que es—, si no tuviésemos una idea de la sociedad considerada deseable, y construida histórica y dialécticamente. Y, como ya he dicho, la morfología y la estructura de la ciudad pueden condicionar en cierta medida la evolución «cultural» de la sociedad. Sabemos, por ejemplo, que una ciudad planificada «por sectores» fomenta la fragmentación del cuerpo social, y que es posible (o por lo menos, se puede intentar) planificar una ciudad que obligue a cada uno de sus habitantes a mantener una serie intensa de relaciones con personas diferentes de las que constituyen su pequeño grupo. Sabemos también que existe en el mundo por lo menos una ciudad que, desde hace centenares de años, gracias a su estructura física exclusivamente, obliga a comunidades que se condenan y se odian recíprocamente a encontrar por lo menos un mínimo de entendimiento.

Dicha ciudad es Jerusalén, donde la fragmentación cultural es extrema y donde cada comunidad religiosa tiene una verdad propia, una regla de vida propia, una esperanza de eternidad y de salvación propia. A pesar de todo eso, por el simple hecho de que los «santos lugares» lo son prácticamente para todos (más aún, para las diferentes confesiones cristianas también son idénticos), un mínimo de acuerdo y de tolerancia recíproca resulta indispensable, así como cierto número de reglas de convivencia aceptadas de forma más o menos tácita. A pesar de todo, a pesar de las divisiones seculares entre las diferentes confesiones cristianas, a pesar del prejuicio de los cristianos y de la envidia de los musulmanes hacia los hebreos, a pesar del recuerdo de las matanzas antiguas, a pesar de la sangre todavía fresca de la guerra entre árabes e israelíes, siempre ha existido y sigue existiendo un mínimo de acuerdo para el acceso a los santos lugares y para su utilización.

Si los arquitectos y los urbanistas contemporáneos llegan a ser bastante ambiciosos como para intentar crear un ambiente urbano que pueda favorecer el nacimiento de una sociedad más libre y tolerante, podrán encontrar en Jerusalén un ejemplo constructivo. Pero Jerusalén es también una ciudad con grandes *ghettos,* y para impedir que sólo ese aspecto pase a las ciudades inspiradas en su modelo, para impedir que vidas humanas puedan agotarse completamente en el ambiente limitado, en los temores, en los odios y en la claustrofobia de uno cualquiera de los *ghettos,* habría que identificar cuáles podrían ser, en la sociedad europea del porvenir, los nuevos «santos lugares», los centros funcionales de la ciudad reconocidos, aceptados y utilizados por la población en su conjunto. En Estados Unidos, donde la «santidad» del paisaje natural es —como ya hemos observado— parte del patrimonio espiritual de todos, el fin de los urbanistas (que en ese caso quizás fuese mejor llamar *landscape engineers* *) podría ser el de inventar nuevas formas de organización de la naturaleza para

* «Ingenieros o técnicos del paisaje.» (N. del T.)

que todos puedan gozar de ella, y la reglamentación de su uso para que no se la destruya. En Europa, donde las ciudades disponen de un patrimonio que hay que defender, muy rico, antiguo y prestigioso, y donde no existe desacuerdo sustancial sobre el hecho de que la metrópolis será el ambiente de vida del hombre del último cuarto de siglo, dicha obra de organización física y funcional del territorio, destinada a favorecer el nacimiento de una sociedad libre, quizás pueda llevarse a cabo a partir del centro urbano.

No obstante, eso implica que el urbanista, aun siendo muy ambicioso, sepa ser también muy humilde: en realidad, es necesario que se avenga a considerar el diseño de la ciudad como un simple momento técnico-instrumental, mientras que el fin seguirá siendo siempre el —más importante que él y que su oficio— de proyectar una sociedad humana. Y es necesario que, al avenirse a considerar sus creaciones como simples instrumentos, el arquitecto y el urbanista estén dispuesto también a aceptar el riesgo de la caducidad de su obra, de una caducidad tanto mayor cuanto más ambicioso sea el plan de renovación de la sociedad, cuanto más amplias sean las transformaciones que, a través de la creación de formas urbanas específicas, se busca introducir en la «cultura» de nuestra sociedad.

Indice